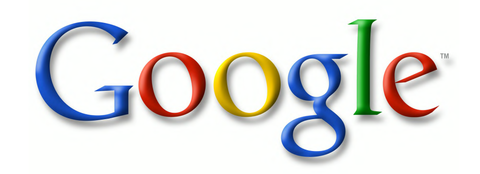


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

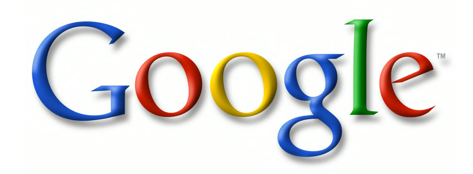
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

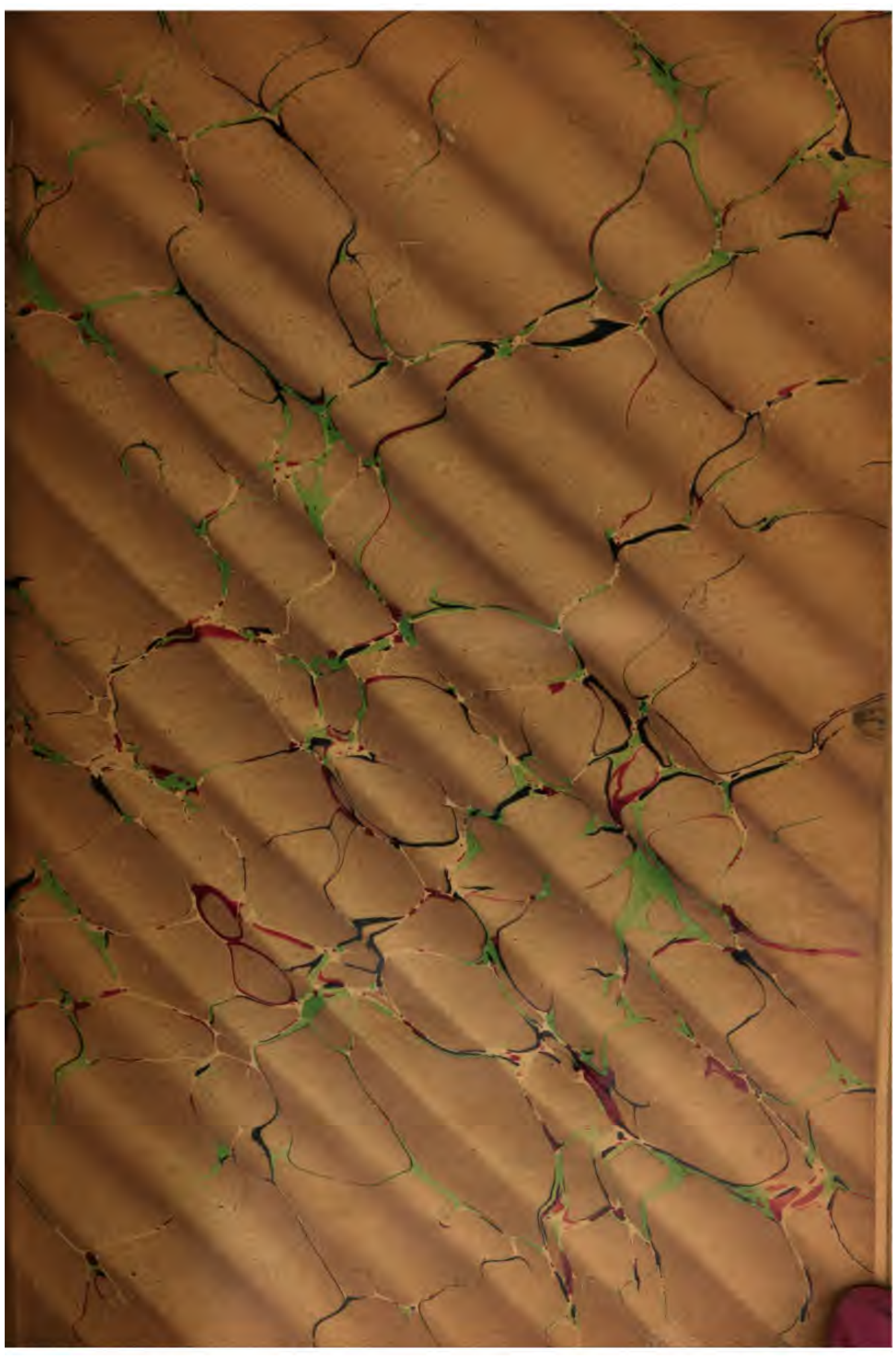
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

$B 65 826


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
789
C1957
p



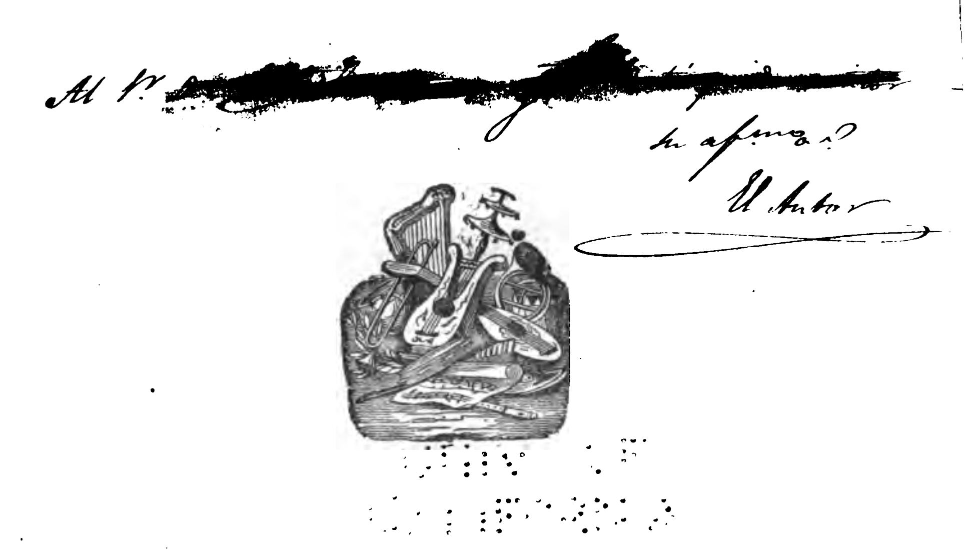
3840

POESÍAS

DE

DON NARCISO CAMPILLO.

Al Sr. [redacted]
su afmo.
El Autor



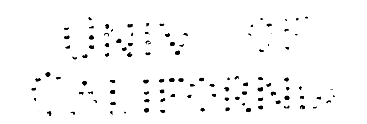
SEVILLA:

Imprenta: Librería Española y Extrangera,

calle de las Sierpes núm. 35.

1858.

Esta obra es propiedad de su autor.

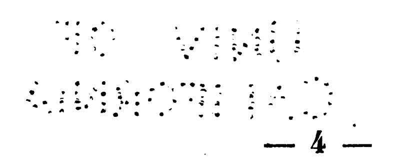


¿QUÉ ES LA POESÍA?

Hay horas de mèlancolía, de suave encanto y divino éxtasis, en que nos alzamos del lodo de la tierra á tan grande distancia, como existe entre lo limitado y lo infinito; entre lo perecedero y lo inmortal. Entónces pasa la naturaleza ante nuestros ojos como un rápido metéoro, alhaga nuestro corazon una desconocida armonía, un espíritu vividor parece que llena el vacío inmenso que sentimos: el alma se eleva á regiones llenas de luz, donde todo resplandece y nada es mezquino, donde la duda jamás infestó el aire con ponzoñoso aliento: se eleva, y suspira de júbilo viéndose inmediata á su Creador. Deja el hombre de ser hombre, para convertirse en ángel; porque estas emociones generosas, son las aguas del Jordan que le purifican y limpian del fango de la tierra: el bálsamo saludable que cicatriza sus llagas. Para pintar estas horas sublimes, quisiera ser uno de aquellos génios que poseen el sello de la inmortalidad y lo graban sobre sus escritos. En estas horas, el poeta conoce que lo és, siente la fecunda llama de la inspiracion, vé mil héroes levantarse del polvo de las tumbas, mira cual cruzan magestuosamente ante su vista las generaciones que fueron y las que serán, contempla el sueño de lo pasado, y viendo sin tinieblas lo futuro y vestido con las galas y colores de su númen cuanto encierra la creacion, oye entusiasmado el himno que suena en lo más profundo de su pecho y le aclama por poeta.

¡Poeta! esta palabra vacía de sentido para unos, mal comprendida por otros, que suena indiferente como las gotas de lluvia para la multi-

349743



tud; pero que algunas almas sensibles saben elevar á su verdadera altura, es la que encierra más ideas despues de la que sirve para nombrar á la divinidad; porque el vate es su vivísimo reflejo y el ser destinado á celebrar sus maravillas y grandeza. Su harpa sonora trina con las aves, murmura con el arroyo, hierve como el piélago, retumba como el rayo y los torrentes, silva como los vientos, exhala el suspiro de la vírgen, los ayes del moribundo: imita la gritería de los vencedores, el fúnebre clamor de los vencidos, el estruendo de la vida y el silencio de las tumbas: es melancólica como la noche, alegre como las alboradas de primavera: rie y llora, se lamenta y canta, contempla lo presente, recoge cual tributos los recuerdos de lo pasado, y trata de lo porvenir como si fuera pasado tambien: nada le acobarda ni detiene; que está henchida de fuego, y este fuego es el tesoro de su existencia.

Estudia el vate, y su libro es la creacion, su consejero, su alma: modula sus tonos por los tonos sublimes de la naturaleza, y canta porque há nacido para cantar, como los rios para fecundar los campos, y las horas para recordarnos nuestra muerte.

En la lucha encarnizada y perenne de la materia con el espíritu, ¿será que pueda este quedar vencido, y estinguirse lentamente sin encontrar ecos amigos los himnos y las armonías del harpa de los vates? ¿Pudiera la poesía dar el último suspiro? No, la poesía lo abraza todo, no tiene límites, y lo que es ilimitado es inmortal. Qué es la poesía?...... No la profanaré con frases inútiles por el vano empeño de esplicar su esencia: ¡hay sentimientos que esperimenta el corazon y no dicen ni el lábio ni la pluma; porque en él se guardan como en un santuario y fuera de él los miramos mezquinas imágenes de un original perfecto y oscuras sombras de un sol claro y brillante. Por sus efectos podreis conocerla, como se conoce al ruiseñor por su acento y la rosa de Irén por sus perfumes.

Viéronla resplandecer los profetas del antiguo pueblo hebreo en los asombrosos milagros de Jehová, en la caida del primer hombre, en el diluvio, en los mares abiertos y tranquilos, en los profundos murmurios del Líbano, en la inmensidad de los desiertos y en los errantes aduares bajo la sombras de las palmeras. Viéronla y la trasladaron á sus cantos: con estro varonil ensalzaron tantas maravillas ante las tribus de Israel: cada portento es un poema: cada poema una jigantesca columna levantada para admiracion de las generaciones. Los profetas son los líricos primitivos del mundo; sus himnos los más inspirados.

Viéronla tambien los griegos: nó vestida de esa pompa colosal, ni ornada con el ostentoso manto de los reyes orientales; sino desnuda y mostrando su belleza, émula de la aurora: pintáronla descuidando la parte espiritual y elevando las formas á una perfeccion desconocida: describen las cosas mil veces mejor que las pasiones de los hombres: vénse volar los carros, óyense los ejes cual rechinan; silvan las saetas: los ayes de los moribundos hieren los oidos y aterran los ánimos: todo, todo se vé como de presente: derrúmbanse los muros y templos de Troya, cual los describe el génio vigoroso de Homero, y la vista se ciega con el polvo y los fulgores de las armas; pero en cambio de tanta maestría y tan prodigiosa representacion de los objetos materiales, vémos á los dioses lidiando con los hombres y á veces abatidos por estos, y yá no son dioses: vémos cuál se lamenta y grita el guerrero Marte, herido por la lanza de Diomedes, y yá no es la divinidad de las batallas; sino un cobarde soldado, más débil que su dolor, exhalando inútiles ayes. El cielo puro de la Grecia, los jardines que como un manto de verdura cubrian aquel dichoso suelo, las costumbres, y la religion, más inclinada á las prácticas que al dogma, produjeron los poémas de Homero, Píndaro, Safo, Anacreonte, Sófocles y Eurípides. Y no hablo de los romanos, porque siguieron servilmente el mismo rumbo, aunque modificado algun tanto por el carácter más severo que distingue á este pueblo.

¿En qué fuentes bebieron la inspiracion los bardos y trovadores de la edad média?.....

El jigante del politeismo habia espirado trastornando el orbe con las últimas convulsiones de su agonía; la tierra degradada con los vicios de una civilizacion bárbara, se encontraba sin vigor para que en ella se alzára el árbol de la fé, único manantial de la poesía y la inspiracion; disolutas las costumbres, enervados los ánimos como los cuerpos, hechas un caos impenetrable y oscuro las ideas, devorándose mútuamente los hombres; con sangre, miseria y esclavitud cual recuerdo de lo pasado, sin dicha en lo presente ni esperanza para lo venidero, yá podia divisarse, y no muy lejos, la mano de la muerte que señalaba la humanidad para su víctima y el mundo como asiento de su trono. ¿Qué aurora bastante clara podría disipar tantas tinieblas? ¿Qué venero de aguas cristalinas purificar las sociedades? ¿Y qué brazo detenerlas en los bordes temibles de un precipicio, cuyo fondo es el polvo de la nada? Solo el cristianismo. Él produce una poesía vírgen y llena de vida, inspirada, original, retrato de una época de creencias y de entusiasmo: esta época

es la edad média, caracterizada por el valor y las jigantescas empresas, por la fé religiosa y por todas las pasiones llevadas al estremo. En ella al lado de virtudes singulares, vemos con dolor grandes crímenes: el fanatismo y el ateismo juntos; la cruz en lid abierta con la media luna, la ciencia con la ignorancia y el mundo antiguo con el mundo que nacía. Esta edad brota de su seno trovadores y bardos, porque necesariamente las magnánimas empresas han de encontrar quien las trasmita á los venideros siglos para ejemplo de las generaciones; pero estos trovadores y bardos, representacion de la poesía popular, única poesía, pues la erudita era solo un pálido reflejo de la griega y la romana, luchaban por sacar tonos vibrantes de una lira de hierro, y sus cantos rudos y toscos, no sujetos á meditacion ni reglas, bastaban para escitar el entusiasmo y recordar acciones heróicas, que era su fin. En ellos se nos presenta la poesía vaga y fantástica, yá guerrera, yá melancólica y agreste: lanza los sones de la trompa de batalla, los de la campana de la hermita, y de las misteriosas brisas de la tarde. Pinta el templo gótico, el rastrillo del torreon, las elevadas almenas, la naturaleza severa y fuerte: todo es varonil y conduce el espíritu á profundas meditaciones y aparta de él cuanto es mezquino y no tiene alas de fuego para llevarle á las regiones de lo sublime. Creo muy bien que los trovadores de esta edad no fatigarian su imaginacion buscando adornos y colores con que engalanar y revestir los hechos que ensalzaban; ¿qué más adornos, qué más colores, galas ni riqueza, que los que estos mismos hechos arrojan de sí, cuando se juntan para realzarlos y darles más valor la religion y las costumbres?

En nuestro siglo, opuesto á todo entusiasmo generoso, los corazones que huyendo del materialismo, triunfante donde quiera, buscan el bálsamo de sus heridas, y sus sueños de virtud y grandeza en la poesía, álzanse á encontrarla en la religion ó en las tradiciones, que son su refugio. Ignoro qué sociedades necesitan más de esta hija del cielo; si las primitivas é incultas, ó las muy civilizadas y corrompidas. Paréceme que ambas igualmente. Las unas porque en ella está toda su ciencia; las otras porque recuerdan lo que fueron y hallan un lenitivo para sus males.

Me preguntareis ahora ¿qué es la poesía? Interrogad á la historia, esa antorcha de los tiempos, y os mostrará claramente que la poesía es todo lo sublime, virtuoso y bello, que se eleva del polvo y vuela al seno de su Creador.

Á DIOS.

¿Cómo pulsar la lira resonante,
cómo, gran Dios, si yá sus cuerdas de oro
vibran ansiosas de ensalzar tu nombre?
Yá un viento rapidísimo mis sienes
enardece y azota con sus alas;
parece el mismo que acogió en su seno
los proféticos himnos del rey santo,
para llevarlos por el ancho mundo
y hacerlos resonar entre los olmos
y los cedros del Líbano, que aun hora
al peregrino atónito y errante
con profundo murmurio los repiten.

¡Oh Dios! ¡oh gérmen increado, eterno!
¿Quién será digno de ensalzar tu gloria?
Polvo soy nada más: cual sombra y humo,
cual seca arista ante la luz del rayo,
es mi vida: cual lágrima en los mares
mi espíritu en tu espíritu se pierde.
..... ¿Basta la fé para ensalzar tu nombre?.....
Basta: yo cantaré.... La lira dadme,
dádmela, que torrentes de armonía

sus cuerdas brotarán, brotarán fuego,
y en éstasis divino arrebatado
hasta el Empíreo volará mi alma.

¿Qué era el orbe, Señor, cuando tu soplo
aun no sentido habia?.... Lodo informe,
planeta oscuro, abismo impenetrable,
dormido en el regazo de la muerte
y envuelto por el manto del olvido.
Velado en torno de vapor aciago
como el que exhala profanada tumba
si sacrílega diestra el mármol rompe,
yerto, sin vida, sin vigor ni forma
yacía, cuando en él tocó tu aliento.

Súbito nace el sol, ardiente lumbre
la esfera inunda, y fueron las tinieblas.
Mil y mil mundos en constante giro
al espacio lanzáronse, ensalzando
tu augusto nombre en inmortal concierto
al son inmenso de sus ejes de oro.
En los aires uniéronse las voces
del cordero inocente y ronco tigre,
del águila altanera y la paloma:
los ecos de las fieras tempestades
y el susurro del áura entre los lirios.

Alzóse el primer hombre: la pureza
en su elevada frente difundía
clarísimo esplendor, cual los reflejos
de la naciente, sonrosada aurora
sobre el terso cristal de manso rio:

alzóse y esclamó: ***Jehováh sublime,***
Jehováh, santo Jehováh.... Por sus mejillas
dos lágrimas corrieron, y en su alma
dulce, secreto, incomprensible, ardiente,
un himno resonó: suspenso el lábio
entonarlo no pudo; mas al trono
subió del padre de la luz y el dia
del áura leve en el primer suspiro.

Del polvo levantóse en que yaciera
el Tiempo, y dió un gran paso: las edades
y los siglos nacieron. Tú su fuente
eres, Señor, y el mar en donde espiran.
Los encumbrados árboles brotaron
rompiendo el seno de la tierra vírgen
hasta perder sus altas cabelleras
en las flotantes nubes: muro frágil
de arena diste al férvido occeáno:
él, sin romperlo, combatiólo al punto,
y al recoger sus ondas yá vencidas,
dejó grabado en lo azotada márgen
con blanca espuma tu glorioso nombre.

Tu nombre, Jehováh, que siempre, siempre
resuena en mis oidos: yo lo escucho
al descender veloz, lumbroso rayo,
si la tremenda tempestad sonante
lleva su carro por los altos vientos:
en el murmullo de tranquila fuente,
en el himno de blandos ruiseñores
al despuntar serena la alborada,
y del leon en el rugir sonoro

que atruena los desiertos arenales.
Yo lo miro en ignotos caractéres
grabado en las estrellas: yo lo miro
siempre brillar ante mi absorta vista
do quiera clave en derredor los ojos.
Tus maravillas mi razon confunden:
desfallezco al cantar tu omnipotencia,
y al levantar mi voz, el torpe lábio
no es intérprete fiel del alma ardiente.

Eterno, Sabio, Creador, Inmenso,
Rey de los cielos, de los hombres Padre,
yo admiro tu poder. Allá en la altura
postrados los arcángeles te adoran,
y ante la viva, inestinguible lumbre
en que te envuelves como en nube parda,
ciegos inclinan el semblante hermoso
y con sus alas de jazmin lo velan.
Hablas: la *nada* humilde te responde
como si fuera yá: su ráudo curso
la máquina del orbe estremecida
suspende con pavor. Así detiene
la planta sorprendido el caminante,
si por primera vez súbito escucha
crugir el alto cedro de los montes
hendido por el rayo que serpéa.
La oscura niebla de la edad en lumbre
se torna ante tus ojos: Jehováh grande,
todo es presente para tí; que todo
de tu seno brotó: la negra noche
es no más que la sombra de tu manto,
y ese sol que los mundos ilumina

débil reflejo de tu escelsa frente.
Las montañas conmuévense en su asiento
y de tus iras con el soplo humean:
su vuelo el aquilon plega temblando,
y el mar serena las azules ondas
si el eco de tu voz lejos retumba.
Cual hoja que el incendio devorante
consume entre sus llamas, como leve
grano de arena que las aguas sorben,
tus enemigos son si tú los miras.
Quebrantaron imperios orgullosos
tus santas leyes, ídolos de cieno
elevando en tu altar: pasaba el justo
seguido del desprecio y la amargura,
y al revolver los ojos á mirarlos
no vió ni el polvo do se alzaron ántes.

Valles de Assúr y Canaám sombríos,
abrasados desiertos del oriente,
tríbus que sobre el Cur y el grande Tígris
os alzásteis soberbias, rumoroso
torrente de Cedron, mar que tus ondas
férvidas detuviste, rebramante
Simoun, nuncio fatal de estrago y muerte,
sol encendido, desmayada luna,
lumbreras de las fértiles regiones
del pueblo de Judá, vosotros todos,
todos oísteis las vibrantes harpas
de los bíblicos vates, ensalzando
las maravillas de Jehováh sublime,
del Dios que solo es Dios. Suenan sus himnos
hora en mi alma conmovida. Cante

tambien mi lira en su alabanza, y suba
tal como el humo de fragante incienso
el himno mio por los aires vanos.

Inmundo lodo es el mortal, si clava
estúpidos los ojos en la tierra;
que es más alto, más noble su destino.
¿Podrá haber pecho de insensible bronce
que al contemplar, oh Dios, tus maravillas
el entusiasmo vividor no agite?
Súbito ardiendo tras alzada cumbre
inmenso globo se levanta y crece,
raudales lanza de brillante fuego,
huye la noche y resplandece el dia.
Anímanse las aguas: yá se visten
de claridad y trémulas murmuran,
yá mil chispas de luz los aires doran.
Rumor sonoro los antiguos bosques
alzan al sacudir sus cabelleras
del hondo sueño: con la copa erguida
que el gran planeta de fulgor circunda,
parece el cedro gigantesca antorcha.
De rama en rama las ligeras aves
trinando saltan: la feraz llanura
húmeda con el plácido rocío
es verde manto que salpican perlas.
De júbilo natura se estremece,
tesoros de belleza la engalanan,
y absorto el hombre al firmamento mira
divisarte creyendo entre las nubes.

Mas ¡ay! que llegará funesta hora

en que todo termine y todo muera,
y en la *nada* vacía se confunda,
y en los abismos hórridos del cáos.
¡Dia terrible! Por los roncos vientos
un eco sonará triste y profundo,
cual el rumor que en los volcanes zumba
amenazando con furiosas llamas;
es el himno del ángel de la muerte
que yá tiende sus alas sobre el orbe.
La tierra con violencia sacudida
mostrando el fuego que yaciera oculto,
en hondas grietas abrirá su seno:
pasto será de los hirvientes mares.
Trémulo, vacilante, conmovido,
cual suspendida lámpara que arroja
pálida lumbre en templo solitario,
el sol contemplará de espanto lleno
lás convulsiones de la gran natura,
la postrera agonía de mil mundos
del sepulcro en los términos luchando
con la inflexible mano del destino.
Vendrán despues tinieblas y silencio,
despues el Tiempo detendrá su planta
y todo habrá pasado cual torrente
que ráudo descendió sin dejar huella.
Solo tú, paraiso de los justos,
tú vivirás, y reinará el Eterno.



Á LA RESTAURACION DE LA RÁBIDA.



ODA. (1)

......Mi lira amante
de lo sublime y generoso, ahora
dirígete sus sones.

Hubo un tiempo feliz en que la España
dictó su ley, magnífica señora,
en cuanto el sol espléndido colora
y el hondo y ancho mar circunda y baña.
Todo era gloria: las nevosas cumbres
de los climas del Norte, dó resuena
el rayo amenazante,
y la abrasada arena
que el astro de la luz vívido enciende,
que tiembla vacilante
si el rápido Simoun sus alas tiende,

(1) Dedicada á la Serma. Sra. Infanta Doña María Luisa Fernanda, que costeó dicha obra.

atónitas miraron
alzarse altivo y fiero
el rojo pabellon del pueblo ibero.
Sí; que la llama de la fé sagrada
pura resplandecía,
el vasto mundo, cuanto existe y vive,
mezquino á su entusiasmo parecía.

Un génio entónces elevó su frente,
tendió los claros ojos
al término apartado de occidente,
y esclamó: «Ved allí cual se levanta
«sobre la espuma de la mar sonora
«de juventud vestida y hermosura,
«una tierra feliz donde natura
«sus galas mas brillantes atesora.
«En ella crece la oriental palmera
«del céfiro al aliento:
«rios de plata sobre arenas de oro
«dó el color de los cielos reverbera,
«murmuran con sonoro,
«con magestoso acento,
«y entre vírgenes bosques solitarios
«suspenden mudos su triunfal carrera.
«Fecundo el suelo, perfumado el aire,
«ricos los montes, de hermosura lleno
«este clima dichoso,
«hora nos brinda su encantado seno.»

Cual tibio resplandor de amiga estrella
que tras las negras nubes se oscurece,
como ilusion de un alma casta y bella

que la verdad terrible desvanece,
hubiérase perdido
de Colon inmortal la inmensa glòria
al perderse su voz, si enardecido
Marchena al escucharla, no la hiciera,
de religioso espíritu movido,
llegar al sólio de Isabel primera.
De la grande Isabel, que desciñendo
las joyas de su frente soberana
para ayudar al héroe sin segundo,
dió insigne ejemplo de saber al mundo,
nuevo esplendor á la corona hispana.
«Vuela, dice á Colon, surca los mares.»
Él, llena el alma de entusiasmo ardiente,
de plácida esperanza,
sereno el corazon, firme la mente,
á las ondas intrépido se lanza.

Cien bravos con él van: yá de la orilla
no se distinguen las veloces naos,
ni la noble bandera de Castilla.
En vano, en vano con su ronco acento
bramando rudo el aquilon sonante,
presagia infáusta suerte:
en vano el firmamento
cruza el vívido rayo centellante,
nuncio espantoso de cercana muerte:
y el piélago irritado
que sordamente gime
al nuevo peso que su espalda oprime,
con ira y rabia suma
arroja al viento la revuelta espuma.

Todo lo vencen: señaló el destino
el venturoso dia,
en que tras tanto afán y lucha tanta
de láuro peregrino
sus sienes ornaria.
Al despuntar la aurora,
cuando el cielo se tiñe en grana pura
y aparece radiante de hermosura
el astro rey sobre la mar sonora,
de júbilo cien voces
«tierra, tierra,» clamaron:
y de la cruz la enseña venerada
las brisas de la América ondearon.

De tan excelsa gloria monumento,
mudo testigo, página brillante,
la Rábida quedó; templo y morada
de la fé y la virtud: mísero, errante,
desalentado y triste,
la noble faz por el dolor surcada,
allí demandó asilo
el génio audáz que un mundo prometia.
Allí un amigo halló: tiernos y acordes
un corazon al otro respondia,
cual de dos harpas las vibrantes cuerdas,
que dulce mueve el vagaroso viento
llenando los espacios de armonia.
Allí sonó inspirado
bajo las anchas bóvedas su acento,
se enalteció su mente,
allí creció la flor de su esperanza,
de allí tendió su vuelo al occidente,

águila que del monte al sol se lanza.

Mas de los siglos la constante huella,
de la ciega ignorancia destructora
la inexorable mano,
y de la guerra la voráz centella,
esta sacra mansion, alto recuerdo,
de gloria sin igual, de ilustre timbre,
hubieran confundido
bajo la férrea losa del olvido.
Sus áridos escombros
la yerba cubriria;
allí el nocturno pájaro agorero
sus fúnebres lamentos alzaria,
y en vano al visitarlos
atónito el viagero
un resto de grandeza buscaria,
si un ángel protector no la mirára
con doloridos ojos,
y de sus lábios rojos
tan dulcísimas voces exhalára.

«¿Fué aquí, decidme, dó el varon divino
«á la Iberia anunció el sublime láuro
¿que la guardaba próvido el destino?
«¿Es este el venerable monumento,
«que de la heróica hazaña
«pudo escuchar absorto el pensamiento?
«¿Y qué? la madre España
«contemplará sin luto su ruina?
«No; por mi mano enaltecido sea:
«con nueva vida y esplendor se vea.»

Dice: á su voz restáurase en un punto
el monasterio santo;
y de júbilo vierten
la augusta religion, la cara pátria,
tierno, abundoso llanto.

Y este ser tutelar, este ángel bello,
que benéfica diestra en torno tiende,
grabando de piedad el dulce sello,
eres tú, Luisa pura:
tú á quien dan más nobleza las virtudes
que tu cuna dorada.
Aquesta es hija de la suerte ciega;
las ilustres acciones
solo del alma por la fé inspirada.
Así mi lira, amante
de lo sublime y generoso, ahora
dirígete sus sones:
y tu nombre, Señora,
la gratitud esculpirá constante
del pueblo en los sencillos corazones.

Sevilla—Mayo—1855.



A LA RESTAURACION DE LA CASA,

DONDE FALLECIÓ HERNAN CORTÉS. [1]

Justo tributo á su recuerdo grato.

Es fama que en las márgenes del Bétis
al desplegar la noche el negro manto,
cuando con voz medrosa gime el viento
los árboles frondosos agitando,
y sobre el ház de la dormida tierra
vuelan los sueños con murmullo vano,
álzase lenta, silenciosa y triste,
fúnebre sombra de la luna al rayo:
lágrimas vá vertiendo de sus ojos,
suspiros brotan de su yerto lábio,
y sus sagradás, venerables sienes
orna de Otumba el refulgente láuro.

La sombra es de Cortés: del gran caudillo

(1) Composicion leida por su autor en el Liceo sevillano, y dedicada á la Serma. Sra. Infanta Doña María Luisa Fernanda, que costeó dicha obra.

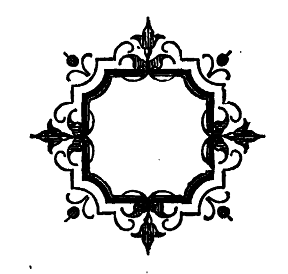
honor y préz del suelo castellano,
que varonil su pecho arder sentia
de generoso espíritu inflamado.
Hijo fué de la gloria y de la guerra:
los aires sus pendones tremolaron,
que, nuncios siempre de inmortales triunfos,
acató con asombro el megicano.
En pueblos cien y cien su fuerte espada
dictó la ley, su acento resonando
de Motezuma el trono conmovia,
como la voz del huracan el árbol.
Él puso fuego á sus armadas naves,
él victorioso penetró en Tabasco,
y de Tlascala enarboló en las torres
la bandera del pueblo castellano.
Indomable, magnífico, valiente,
fué en la batalla: en el consejo, sábio.

Mísero y solo á terminar su vida
del mundo y de los hombres apartado,
vino junto á dó lleva el grande Bétis
las claras ondas y el musgoso carro,
no yá cual se mostrára en otro tiempo
jóven guerrero; sino triste anciano:
y en humilde mansion su antigua gloria
con amargura recordó espirando.

¡Ay! desde entónces en la ciega noche
misterioso su espíritu há vagado;
¡quéjase del olvido indiferente
del pueblo á quien ciñó de eternos láuros!
Mas hoy descansa, venerable sombra,

hoy levanta piadosa amiga mano
esa mansion donde tu noble aliento
elevóse la tierra desdeñando:
esa mansion que desolada y muda
era oprobio no más del nombre hispano.

Héroe, tú desde el sol donde te asientas,
lanza de pura luz benigno rayo,
corona de Luisa la alba frente,
justo tributo á su recuerdo grato:
y de este tu cantor el pecho inunda
de inextinguible, férvido entusiasmo.



Á MI DIGNO MAESTRO Y AMIGO

EL SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Tiene el Bétis laurel: en su ribera
dó el áura dulce amor vá murmurando,
con onda bulliciosa y placentera
lo baña y nutre y lo acaricia blando:
á la sublime voz del grande Herrera,
que aun vive poderosa resonando,
brotó feliz: con las edades crece:
para premiar la inspiracion florece.

Prémiala, sí; miradlo cual fulgura
de vates cien magnífica guirnalda,
lumbre parece entre tiniebla oscura,
iris teñido de amaranto y gualda:
no tan rico se muestra en hermosura
el que de Olimpo en la risueña falda
de pompa cubre y de verdor el suelo,
bajo espléndido sol de claro cielo.

Él circunda tu sien y te corona,
ilustre cisne de la pátria mia,
él tu ciencia y virtudes galardona
y tus versos, tesoros de armonia:
lleve la fama por la ardiente zona,
por la region del hielo triste y fria,
sobre los ráudos vientos y los mares
tus entusiastas, férvidos cantares.

Que tú de Jehová sacro y potente
la gloria enalteciste y la venganza,
cuando al egipcio indómito, inclemente,
como arista quebró la ruda lanza:
cuando partido el piélago rugiente
al israelita libertad alcanza,
y dá en el hondo seno alborotado
tumba al noble caudillo y al soldado.

Tú de la soledad que el alma adora
ensalzaste la dicha y paz suave,
ora pintando la rosada aurora,
ora imitando el gorgear del ave:
ó el rumor de la música sonora
que alzan los bosques con murmullo grave,
si lenta brisa perfumada y leve
las altas copas de los pinos mueve.

La cítara pulsaste lastimera
que enlutára cruel la muerte impia,
rindiendo de amistad la flor postrera
de insignes génios en la tumba fria:
muda escuchó tus ayes la ribera,

los ecos difundieron su armonia,
y en la sublime, celestial altura
sonó tu acento y tu plegaria pura.

Mas luego viste con dolor profundo,
por tierra derribados y deshechos,
entristecer la faz del ancho mundo
nobles recuerdos de gloriosos pechos;
viste arrojados contra el polvo inmundo
ponderosas columnas y áureos techos,
y de la edad vencidas al estrago
Tiro y Sidon y Nínive y Cartago.

Y contempló tu mente la ruina,
y aquella ruda, silenciosa planta,
que incansable y sin término camina
y los muros y alcázares quebranta:
¿dónde fué tu esplendor, Grecia divina?
¿dónde los templos de Salén la santa?
¿dó el cetro que estendió Roma valiente
desde la Gália hasta el remoto oriente?

El tiempo es vencedor: hiende y derrumba
cuanto humilde se esconde ó alza erguido;
no de otra suerte si hórrido retumba
el ronco trueno y rayo despedido,
bramando el huracan airado zumba,
se lanza sobre el orbe estremecido,
y postra á su furor la débil caña
y el roble secular de la montaña.

¡El Tiempo! Tú, *como gigante armado*

que vibra sin cesar su crudo acero, (1)
sobre trono de escombros levantado,
monarca asolador del orbe entero,
de la pálida muerte acompañado
la humanidad llevando al sol postrero,
á los ojos del alma lo mostraste
y de láuro tu frente coronaste.

Tiene ¡oh cantor! tu concertada lira
sonoro timbre de metal herido,
si pinta el batallar y la honda ira
y el suelo con la sangre enrogecido:
y si de amor y languidéz suspira,
semeja el vago viento adormecido,
que riza el ház de plácida laguna
á la tímida luz de incierta luna.

Hijo y vate y ministro del Inmenso,
tu plegaria hasta él con tu himno sube,
como la mirra y aromoso incienso
velando el ara en ondeante nube:
por la region diáfana suspenso,
piadoso los acoge almo querube,
vuela, y tu ofrenda pura, bendecida,
rinde ante el sólio de la eterna vida.

Y hora yá muerto el sábio Anfriso.... hora
que su amigable acento no resuena,
y con triste rumor la onda sonora

(1) Las palabras notadas son de la escelente Oda Al Tiempo, que escribió el Sr. Zapata y dedicó al Sr. Fernandez Espino.

esplaya el grande Bétis por la arena,
la juventud, que sus recuerdos llora
de negro luto y de amargura llena,
cual ántes corre de la gloria al templo,
escuchando tu voz, viendo tu egemplo.

Ráuda, orgullosa, empavesada nave
por sosegado mar las aguas hiende,
y al alhago de céfiro suave
pomposa vela sin temor estiende;
así tal vez alborozada el ave
el alto rumbo hacia el zenít emprende,
batiendo audáz el ala voladora,
que en cambiantes de luz el sol colora.

Bello tropél de génios protectores
entre los recios mástiles vagando,
entonan de placeres y de amores
cánticos dulces con murmullo blando:
reverberan dó quier nuevos fulgores,
pródigos lumbre y vida derramando,
sonríe delicioso el firmamento,
salta el pez sobre el líquido elemento.

Y natura, cual ninfa se engalana,
que el anillo nupcial amante espera,
y de florido Abril en la mañana
desciende alegre á la feráz pradera:
tege los mirtos con la flor temprana,
dones de la naciente primavera,
y su guirnalda embelesada admira,
luego la ciñe y lánguida suspira.

Todo es paz, y la vista penetrante
ávida tiende el marinero en vano;
que ostenta el cielo el brillo del diamante
y tranquilo se duerme el occeáno:
mas ¡ay! espesa nube amenazante
de oscura niebla y de vapor insano,
silenciosa á lo lejos aparece,
y por instantes se levanta y crece.

Cual leve punto se mostró primero,
ó como negro pabellon que flota,
despues su manto desplegó severo
y la lluvia desprende gota á gota:
yá fulguró relámpago ligero,
yá la espalda del mar el viento azota,
el comprimido trueno centelléa,
y ardiendo el rayo vívido serpéa.

Oye crugir la entena combatida
el corazon que se desmaya inerte,
y todos ven huir la dulce vida
y adelantarse la inflexible muerte;
mas, no la frente impávida abatida,
asiendo del timon con mano fuerte,
el piloto condúcela al amparo,
de puerto amigo y relumbrante faro.

Tú mi genio fogoso dirigiste,
como diestro piloto y sabio guia,
entre escollos sin fin sendero abriste
dó pudiese avanzar la planta mia,
en mi entusiasta espíritu infundiste

la noble llama que en tu pecho ardia:
ciencia, virtud, tu acento resonaba,
y yo la ciencia y la virtud amaba.

Cantaré de mi Dios el poderio,
la inmortal religion de mis mayores,
el piélago, el torrente, el sesgo rio,
los terribles volcanes destructores,
el denso bosque de verdor sombrio,
el prado ameno, las lozanas flores,
que al despuntar magnífica la aurora
fecunda el sol y el céfiro enamora.

Yo pintaré la caravana errante
vagando por el árido desierto,
la flexible palmera vacilante
reflejada en las aguas del mar Muerto,
la tierra que dá el oro y el diamante,
y diré bajo ardiente cielo abierto
de árabe guzla á los livianos sones
mil y mil orientales tradiciones.

O yá dejando el agareno trage
por el trage y la lengua de Castilla,
tributaré alabanza y homenage
á tanto heróico nombre sin mancilla:
diré quién puso en el marmóreo encage
de las torres de Córdoba y Sevilla
la vencedora enseña del cristiano:
quién arrancó otro mundo al occeáno.

Ponderaré la altísima muralla,
el ancho foso, el torreon severo,
la roja cruz y la tupida malla
y el rápido bridon del caballero:
la furia y el tropél de la batalla,
el trémulo brillar del limpio acero,
la móvil tienda y polvorosa nube
y el inmenso fragor que al cielo sube.

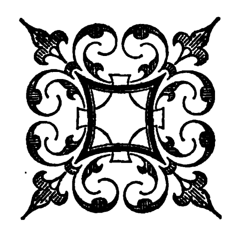
Ni olvidaré la misteriosa reja,
los himnos de galanes trovadores,
el tierno afán y la doliente queja
de los primeros, mágicos amores:
la milagrosa, inmemorial conseja,
el gótico palacio, los clamores
de la humilde campana allá en la hermita,
dó reza el santo viejo cenobita.

Y cuanto el alma del poeta siente,
cuanto abarca el osado pensamiento,
la material generacion presente
oirá de mí con sonoroso aliento:
y si acaso vigor falta á la mente
para cumplir el comenzado intento,
no culparé de estéril la poesia,
mas romperé indignado el harpa mia.

Tal vez... tal vez un tiempo de ventura
ciña el láuro mi frente y la corone,
y luciendo cual astro en noche oscura,

mi fé, mi orgullo, mi entusiasmo abone;
entónces gritaré á la edad futura,
cuando mi acento fervoroso entone,
si triunfo tal y galardon consigo:
Zapata es mi maestro y es mi amigo.

Sevilla—Febrero—1856.



LA INCONSTANCIA.



I.

Yá de veinte primaveras
vió Silvio las gratas flores,
alháganle placenteras
áuras de tiernos amores.

Y del amor en las fuentes
bebe sediento y se inspira;
que son jóvenes y ardientes
su corazon y su lira.

De la vida en el sendero
es errante peregrino:
¿tal vez fulgente lucero
alumbrará su camino?

¿Será en la tierra su guia?
¿Será su encanto...? lo ignora;
mas celestial armonia
suena en su pecho. Él adora.

Y es su cariño primero,
es aquel amor profundo,
grande y noble y verdadero,
luz del alma, luz del mundo.

Ni clarísima alborada,
ni plácida noche pura,
ni céfiro que murmura
revolando en la enramada:

Ni palmera que se mece
bajo espléndido celage,
ni lago que se adormece
sin tormentoso oleage:

Ni la lumbre plateada
de la luna peregrina,
si sobre nube azulada
indolente se reclina;

En hermosura ó pureza
¿cuándo pudieron brillar,
cual tímido amor, que empieza
por vez primera á brotar?

Bella Nápoles galana,
junto al mar, bajo tu cielo,
bien puedes ser la sultana
que muestre Italia en su suelo.

Pareces reina de oriente
que entra en baño perfumado,

risueña la tersa frente,
desnudo el cuerpo nevado.

Son tus árboles frondosos,
fecundas son tus praderas,
los arroyos rumorosos
acarician tus riberas.

De tus montes á la sombra
y en tus floridos vergeles,
brillan sobre verde alfombra
tulipanes y claveles.

Tienes si la noche avanza
y ennegrece el firmamento,
gigante volcan que lanza
su rojo penacho al viento.

El placer en tí se anida
y la blanda primavera,
pasa en tu seno la vida
como sol por limpia esfera.

¿Quién que al nacer há mirado
tu beldad deslumbradora,
no ama cual Silvio estasiado
la muger que le enamora;

Si tú, Nápoles galana,
junto al mar y con tu cielo,
eres la hermosa sultana
que muestra Italia en su suelo?

II.

Bajo dosel que formaron
los árboles seculares,
dó las aves anidaron
y hora ensayan sus cantares;

De tosca peña nacida,
fresca, limpia, transparente,
entre espadañas dormida
arrulla serena fuente.

A su márgen deliciosa
se contempla en sus raudales,
Laura, la jóven hermosa
de los ojos celestiales.

Suelto el cabello de oro
besa su cintura breve,
mientras céfiro sonoro
en crespas ondas lo mueve.

Parece allí la divina
ninfa de la fuente clara,
que su mansion cristalina
silenciosa abandonára.

Y es la hora en que del monte
desciende la sombra oscura,
y el sol en el horizonte
su último rayo fulgura.

Hora que eleva la mente
con su mística belleza,
hora en que el ánimo siente
vago afan, dulce tristeza.

Que al espirar de los dias
llegan recuerdos amados,
cual lejanas armonias
de conciertos ignorados.

Pensativo y mudo viene
Silvio, que nació poeta;
fija la mirada tiene,
pálida la faz inquieta.

Por algun placer perdido,
por tiernísima esperanza,
tras cuyo rumbo atrevido
el pensamiento se lanza;

Su pecho jóven palpita,
y yá desmayado late,
yá borrascoso se agita
cual mar que el cierzo combate.

Solo piensa en Láura bella,
en Láura que le enamora,
de su cielo clara estrella,
única lumbre que adora.

Presa de mortal desvelo
exhala suspiro ardiente,

y al alzar la vista al cielo
hallóla junto á la fuente.

«Láura!» esclamó arrebatado
del ciego amor que le inflama,
mas luego quedó turbado...
quien no se turba, no ama.

«Aurora, le dice, aurora
»clara de mi incierto dia,
»blanda música sonora
»que en mi sueño me adormia;

«Paloma que alzas el vuelo
»por ambiente ilimitado,
»y nunca el lodo del suelo
»con tus alas has tocado;

«Lirio que el valle perfumas
»y de rocío te mojas,
»más blanco que las espumas,
»vestido de verdes hojas;

«Brilla siempre grata y pura
»cual sol de la pátria mia,
»sé presagio de ventura,
»inextinguible armonia:

«Jamás humilles tu giro,
»ni manches las limpias alas:
»jamás, flor, en tu retiro
»pierdas tu fragancia y galas.

«¿Esta llama en que me inflamo
»será por tí comprendida?...
»Habla y piensa que te amo,
»que de tí pende mi vida.»

Calló Silvio: tierna Láura
un ramo le dió de flores,
y un *sí*, que llevóse el áura
murmurando sus favores.

Dulce concierto formaron
los árboles seculares,
las aves que allí anidaron
repitieron sus cantares:

Y en la arena humedecida,
fresca, pura, transparente,
entre espadañas dormida
siguió arrullando la fuente.

III.

Yá en pacífica bonanza,
yá hirviendo en furor insano,
emblema de la mudanza
no eres tú solo, océano.

Que trueca su cáuce el rio,
pierde la luz sus fulgores,
y el denso bosque sombrio
queda sin hojas ni olores.

Desnuda de su plumage
no canta el ave, que llora:
la noche el rico celage
ennegrece de la aurora.

Ayer un sol refulgente
alegraba el firmamento,
niebla impura en el ambiente
hoy flota á merced del viento.

Ayer lozano brillaba
el ramo de Láura bella,
Silvio plácida miraba
de su destino la estrella.

Hoy está mústia su frente,
mústio el ramo, sin colores,
marchito lánguidamente...
¡triste Silvio! ¡tristes flores!

¿Porqué el venturoso amante
libre de afan no respira?
¿Porqué la vista anhelante
clava en el cielo y suspira?

¡Lo ignora! La desventura
en su cuna le meciera,
de su vida la amargura
siempre fué la compañera.

Y hora que en felice giro
áura de amores le alhaga,

por sus lábios un suspiro
en vez de sonrisa vaga.

¿Quién sabe?.. Con planta leve
vá cruzando la espesura;
en tanto el árbol se mueve
y á par del viento murmura:

El arroyuelo escondido
alza rumor á su huella,
y entona en desierto nido
tórtola fiel su querella.

¡Melancólica armonia
que los oidos alhagas,
misteriosa poesia,
cómo la mente embriagas!

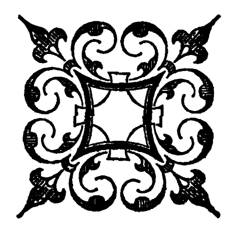
Ya vé la musgosa roca
y el manantial transparente;
mas... ¿qué al furor le provoca?
¿porqué se nubla su frente?

¡Silvio infeliz! mira, mira,
suena plática amorosa,
es un jóven que suspira
á las plantas de una hermosa.

Y ella con ojos de fuego
le promete fé constante;
mírala, crédulo y ciego,
Láura es... Láura... tu amante.

Que con su amiga bonanza,
con su fiero hervir insano,
emblema de la mudanza
no es tan solo el occeáno.

Sevilla—Enero—1856.



ROMANCE.

«Dama del luengo cabello,
la de la toca enlutada,
la que viste negros paños
en vez de sedas y galas,
la que hace bajar mis ojos
con su altanera mirada,
¿porqué tan bella y tan triste?
¿porqué de continuo callas?
No eres tú la que solia
de leve cendal ornada,
correr por el verde prado
sobre una yegua alazana:
no eres tú la que las fieras
en el monte fatigabas;
que hora la color perdida
y mústia la frente clara,
pareces una azucena
sobre el vástago tronchada.
Dime yá, gentil señora,
de tus pesares la cáusa,
dime porqué de repente
entró el dolor en tu alma.

Que en los últimos torneos
aquella celeste banda
que tus manos me bordaron
llevé en mi pecho cruzada,
y nó fuí vencido, nó;
porque de tí me acordaba.
Ni falté á mis juramentos,
ni en la lid volví la espalda,
ni canté letras de amores
en servicio de otra dama.
¿Provocó alguno tu enojo
con descorteses palabras?
Tuyo es mi brazo valiente,
tuya mi cortante espada.
Vuelvan, pues, vuelvan tus ojos
á lucir con nueva llama,
torne la risa á tus lábios
y á tus mejillas la grana.
Renuévense aquellas horas
tan brevemente pasadas,
en que suspensa la luna
con placer nos contemplaba,
vagando en el bosque umbroso
ó en la florida enramada.
Si no atiendes á mis quejas,
si desprecias mis palabras,
pensaré que á mis cariños
diste acogida tan blanda,
por quitarme mi ventura,
por atormentar mi alma.»
Así un jóven trovador
de un castillo al pié cantaba,

aguardando que su reja
abriese una mano blanca:
¡inútil, perdido anhelo!
¡desvanecida esperanza!
Que yá á lo lejos sus voces
llevó vagarosa el áura,
y el castillo permanece
cual mudo, inmóvil fantasma.
Un breve espacio de tiempo
en él fija sus miradas:
hasta que al fin baja el rostro,
se emboza, suspira y marcha.

Sevilla—Setiembre—1853.



Á SEVILLA.

Reina de la encantada Andalucía,
plácidas son tus aves y tus flores,
clara la lumbre que tu sol envía,
gratos tus sueños de placer y amores.
Antonia Diaz.

Hermosa perla, encanto de este suelo,
ciudad de amores, flor de Andalucia,
en cuyo oriente al despuntar el dia
la aurora luce tintas de arrebol.
Lánzanse al aire tus soberbias torres,
tus muros besa murmurando el rio,
por contemplar tu gala y poderío
pára su carro embebecido el sol.

A tí mi pecho eleva sus cantares,
á tí dirijo el fervoroso acento,
que vá en las alas del callado viento
en tu seno bellísimo á espirar.
Yo, cuando abrí los infantiles ojos
á la luz de tus claros resplandores,
absorto vi tus matizadas flores,
tu cielo ardiente del color del mar.

Cielo azul, cielo puro, que del vate
el alma eleva y la sonante lira,
que plácido entusiasmo nos inspira,
gratos ensueños de futuro amor.
Yo te adoro, Sevilla: ¡cuántas veces
me vió tu blanca luna misteriosa
vagar del Bétis por la orilla undosa
que alumbraba con trémulo fulgor!

Y cuántas veces recorrí tu alcázar
régia mansion del opulento moro!
Allí los techos embutidos de oro
con mil calados y labores mil;
Los altòs minaretes, las columnas,
de jaspe los salones relucientes,
el acorde murmullo de las fuentes,
sus jardines, envidia del Abril;

Llenaban de alhagüeñas ilusiones
mi acalorada mente: yá en mi oido
vibraba el melancólico sonido
de las doradas cuerdas del laud.
Y el eco dulce del cantar liviano,
y el blando beso de la tierna amante,
y el suspiro fugáz del palpitante
pecho que anhela plácida quietud.

Y allá á lo lejos distinguir pensaba
á don Pedro, el monarca castellano,
sobre la espada la siniestra mano,
la frente adusta, altivo su mirar.
Que no hay lugar, no hay pórtico, no hay piedra
que no recuerde peregrina historia;
las hay de dicha, de ventura y gloria,
otras que el alma mueven á llorar.

Sí; que en vano los siglos lentamente
uno tras otro sin cesar pasando,
fueron mudos los mármoles hollando
del suelo que la sangre enrojeció.
No pudieron borrar su eterna mancha,
mancha que vive aún, y nos advierte
de un príncipe infeliz la dura muerte,
que de su hermano mismo recibió.

Mas... ¿al alzar los ojos conmovidos
quién borraba mi triste pensamiento?
Eras tú, portentoso monumento,
sublime creacion, torre inmortal.
Eras tú, con tus vidrios de colores,
con tus nobles, magníficas portadas,
de incienso con tus nubes aromadas,
con tu hermosura, inmensa catedral.

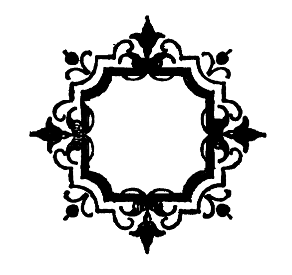
Érais vosotros, fúlgidos destellos
de un rojo sol, espléndido y brillante,
que bañábais mi pálido semblante,
que inspirábais mi ardiente corazon.
Y vosotros tambien, céfiros gratos,
de amor, de paz y dicha mensageros,
que me alhagábais al pasar ligeros,
de vuestras alas con el blando son.

¡Ah! yo entonces, estático, del númen,
de la celeste, la invisible llama,
que del ilustre vate el pecho inflama,
el poder, la grandeza comprendí.
Yo entonces una música suave
de misteriosa, angélica armonia,
llena de encantos, llena de poesia,
lejos, muy lejos, resonar oí.

¡Dichoso aquel, Sevilla, que en tu seno
los juveniles años de su vida
sintió pasar, cual pasa desprendida
cándida estrella el firmamento azul!
¡Feliz, quien vió la mágica ribera
del Bétis y sus ondas silenciosas!
¡Feliz quien vió tus hijas, más hermosas
que las blancas sultanas de Stambúl!

Ciudad donde miré la luz primera,
cuyo ambiente balsámico respiro,
solo te ruego que si acaso espiro
en estraña nacion lejos de tí;
Tierra concedas á mis tristes restos,
paz y descanso á mi ceniza fria,
fúnebres sáuces á la tumba mia;
tu hijo, Sevilla, te lo pide así.

Sevilla—Agosto—1853.



EL SUEÑO DEL TROVADOR.

FANTASÍA.

La vida es sueño.
Calderon.

Dormido está el guerrero,
dormido el fuerte trovador Argante
á orillas del Cedron. De un árbol pende
su lira resonante.
En sus cuerdas el viento de la noche
que alado vaga por el bosque umbroso,
alza su voz. Yá lánguido suspira
con desmayado acento,
con eco armonioso,
como el canto tristísimo y lejano
de tórtola doliente.
Yá más sonoro, rápido y valiente
con desusado aliento
ronco y severo y magestoso suena,
como del ancho mar las crespas ondas
al estrellarse férvido en la arena.
Duerme el guerrero: y tú, luna divina,
lámpara solitaria,

cuyo rayo dulcísimo fulgura
en las torres soberbias del palacio
y en la olvidada losa funeraria,
tú das á su armadura
el trémulo esplendor con que la nieve
sobre las cumbres áridas blanquea.
Grato reposo ahora
gozan sus miembros, que la atroz pelea
cubrió de polvo y de sudor: en tanto
más presta y voladora
que el rudo soplo de aquilon sonante,
se lanza en ráudo vuelo
del blando sueño á la region vacia
su ardiente fantasia.
Mas hora que en su lira con dulzura
vibran las cuerdas de oro,
¿porqué mueve los lábios y murmura,
«Ildara, yo te adoro.»?

Sueña que vé tus costas y tus mares,
Italia bella, y tus herbosos prados,
tus árboles que agitan á millares
los vientos perfumados:
de Nápoles gentil las vagas nubes
de púrpura y de plata,
y la onda azul, ligera, transparente,
dó el cielo se retrata.
Y es el instante en que la tierra duerme
y calla todo acento,
y detiene su curso el manso rio

y nó suspira el viento;
que el sol velado en magestad y gloria
dobló la enhiesta, la fragosa cima
del orgulloso monte,
su rayo se estinguió en el horizonte
y yá relumbra en apartado clima.
Es el instante en que suave aroma
embalsama el espacio, y enmudece
el ruiseñor en el aéreo nido:
es el instante en que la sombra crece
bajando á la llanura,
y de estrellas se viste el alto cielo,
y espíritus sin fin tienden su vuelo
entre la niebla oscura.
Espíritus sin nombre, que despiden
con el rumor de sus batientes alas
al moribundo dia,
cuando la tierra pavoroso cubre
el velo inmenso de la noche umbria.
Una muger hermosa
más que la luz del matinal lucero,
mira tambien, que muda se adelanta:
su tez de nieve y rosa
marchita el dolor fiero,
y al asentar la planta
ni produce rumor, ni imprime huella.
Parece blanca estrella,
aparicion fantástica parece,
onda de incienso, vaporosa nube,
que en la serena atmósfera se mece.
Sobre su rostro brillan
lágrimas tristes de amargura llenas,

cual cristalinas gotas de rocio
sobre fragantes nardos y azucenas.
Llora creyendo que perdió su amante
bajo los muros de Salen la vida,
y que con él se hundieron en la tumba
su gozo, su ilusion desvanecida.
Ildara gime y llora,
así la vé la noche,
así la vé la aurora;
que del osado Trovador la muerte
cantó dó quier la fama voladora.
¡La mísera! no sabe que aun alienta
lleno de amor, y que el corcel fatiga
con vigoroso, ráudo, ardiente vuelo,
por escuchar su acento melodioso,
por ver sus ojos del azul del cielo.
Ella suspira: el lábio silencioso
indica su dolor: ¡ay! deshojando
vá su gentil guirnalda,
que el áura vespertina murmurando
lleva por la pradera de esmeralda.
Tú, desesperacion, con velo oscuro
su espíritu cubriste,
tú á su mejilla en vez del carmin puro
el pálido color del lirio diste.
Mas....yá entona una cántiga....piadosos
génios de soledad, mudos oidla,
calmad su acerbo llanto,
y en los cóncavos senos cavernosos
del monte repetidla.

———

«¿Adonde vás, ave hermosa,
«adonde tiendes el ala?

«Tus trinos suenan más gratos
«que el áura de la mañana,
«tu pecho yá se entristece,
«yá palpita de esperanza;
«¿buscas tal vez á tu esposo
«que la selva solitaria,
«de tí tal vez olvidado,
«presuroso abandonára?
«No dejes el blando nido,
«no dejes la amiga rama,
«ni alces atrevida el vuelo
«á regiones ignoradas.
«Ese cielo azul y puro,
«las nubes de ópalo y grana,
«á la voz del trueno ronco
«sus bellos matices cambian,
«y la lluvia asoladora
«y el rayo espantoso lanzan.
«Nó me escuchas, nó me escuchas;
«bates las trémulas alas,
«por el aire transparente
«altiva y serena vagas,
«mas....de tu seno agitado
«súbito gemido exhalas,
«y el pesar y la amargura
«el corazon te desgarran.
«¿Acaso las plumas viste
«que bajan ensangrentadas?
«¡Ave infeliz, yá tu amante

«el gavilan te arrebata,
«yá no oirás su tierno canto
«escondida entre las ramas;
«tú morirás, que el dolor
«la vida tambien acaba!

«¡Ay de tí, imágen del ave,
«ay de tí, mísera Ildara,
«desposada sin esposo,
«vírgen con toca enlutada!»

Mas yá brota la lira valiente sus acentos
con voz severa y ronca, cual suele el huracan
lanzar gigante y fuerte, cuando los ráudos vientos
al soplo de su ira por los espacios van.

Y sus vibrantes tonos y mágica armonia
el corazon encienden del noble Trovador,
y de su alma huyen la blanda poesia,
las célicas visiones de su constante amor.

Que nó la hermosa Ildara, los fértiles vergeles
dó siempre inquietas bullen las áuras del abril,
dó prestan grata sombra los mirtos y laureles,
hora contempla en sueños su mente juvenil.

Vé por agreste campo, vastísima llanura,
que de encendida sangre bañó la lid cruel,
cruzar un caballero sonando su armadura
al rápido galope de su leal corcel.

Es él: su mismo casco dó el águila campea,
su escudo que deslumbra con refulgente luz,
su espada que en las luchas terrible centellea,
su banda dó se mira la vencedora cruz.

Vá donde honor le llama y á batallar le incita
Muley, que esparce en torno la muerte y el terror,
la sangre de los suyos caliente aún le grita
¡venganza! y más se encienden su furia y su valor.

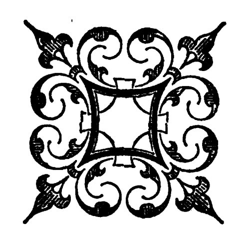
Yá al lejos le divisa que impávido le espera
sobre la dura cima de roca colosal,
ún águila parece que al sol mira altanera,
parece alzada mole de límpido metal.

Y yá la lid se traba: relumbran los aceros,
los montes se estremecen... mas... ¿qué nuevo fulgor
ante sus ojos brilla, y no vé los guerreros
ni escucha de las armas el bélico fragor?

Rico de pompa y magestad se eleva
ceñido el sol de magestad divina,
agitando sus alas voladoras
la noche huyendo vá despavorida;
mientras las ondas, los sonoros vientos,
las aves que colores mil matizan,
los árboles sus copas inclinando,
abriéndose las flores purpurinas,
las nubes ondeando por el cielo,
saludan gratos al naciente dia.

El Trovador despierta: de su mente
las plácidas visiones peregrinas
vé que por siempre rápidas huyeron
como las sombras de la noche fria:
y piensa que á su vez el claro brillo
perderá el mismo sol que le ilumina;
que todos de la edad sienten la huella,
cruzan el occeáno de la vida,
y cual las olas férvidas, se empujan
para morir en la desierta orilla.

Sevilla—Octubre—1855.



Y el gran Pelayo, de la goda raza
Claro explendor, postrados en el polvo
Imploran al Señor de las batallas;
Que el árabe violento sus banderas
Tremola yá por la vencida España.
Sobre esta escena de dolor y angustia
Un ángel tiende las brillantes alas.

Álzase en tanto en ademan severo
El anciano Hormensúl: torva mirada
Dirige en derredor: el brazo tiende
Y con sonora voz airado exclama.
«Próceres, capitanes valerosos,
«Atended un momento á mis palabras;
«Que ni el tiempo fugáz heló mis venas,
«Ni el entusiasmo juvenil me arrastra.
«Con espanto y terror mis ojos vieron
«Por tierra nuestras glorias derribadas,
«Con dolor escucharon mis oidos
«Los ayes lastimeros de la pátria,
«Y el lúgubre clamor de los varones
«Que en los funestos campos espiraban.
«¡Campos fatales! ¡Memorable dia,
«Al recordarte se estremece el alma!
«Airado Dios contra el monarca impuro
«Que el cetro de los godos profanaba,
«Le hundió en el polvo, y solo la memoria
«Quedó de su poder y su arrogancia.
«Hollado, envilecido el rojo manto,
«La diadema con sangre mancillada,
«La carroza real pedazos hecha,
«Y las iberas huestes desbandadas,

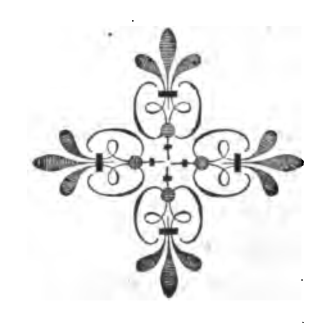
«El triste fin del mísero Rodrigo
«Y del gótico imperio publicaban.
«Vosotros los testigos, héroes claros,
«Que fatigásteis en Jerez la espada;
«Y aun nó rendido el varonil aliento
«Brazo á brazo luchar con la desgracia
«Ansiais ahora, y conseguir el triunfo
«O morir por la gloria y la venganza.
«Ah! si mis votos protegiera el cielo
«El laurel vuestras sienes coronára!
«Mas es inútil el ardiente brio,
«Inútil el valor, la fiera audacia.
«¿Qué alcanzará el esfuerzo de unos pocos
«Contra la inmensa turba mahometana?
«Solo la muerte. Descansad un punto,
«El acero aprestad: la misma pátria
«Mueve mis lábios; nó el indigno miedo.
«Duerma oculto el rencor en nuestras almas,
«Duerma escondido: de repente un dia
«El freno rompa, y al blandir la lanza
«El infame poder del mahometano
«Vacile con pavor, y tiemble y cáiga.»
Dice y cruza un relámpago ligero,
Iluminando con su viva llama
El rostro de la imágen venerable
Que sus rudos acentos escuchaba.
Un confuso rumor se eleva y crece
Al pronunciar las últimas palabras;
Rumor que se asemeja al de los mares
Cuando encrespan sus ondas agitadas,
O al estruendo lejano del torrente
Que al hondo valle rebramando baja.

Mas súbito otra voz férvida suena,
Otro caudillo impávido levanta
La altiva frente: para oirlo el viento
Plegó admirado sus inmensas alas,
Y sus copas altísimas doblaron
Hasta la tierra las robustas hayas.
Reina el silencio: solo entre las nubes
El ronco trueno fragoroso estalla,
Mientras desnudo el fulminante acero
Pelayo así con sus amigos habla.
«Determinado está: seremos libres:
«Libres, ¿ois? á la cruel batalla
«Los brazos esforzad: el aire hienda
«Con áspero silvar la fuerte maza,
«Corra en arroyos la vertida sangre,
«Del mar enturbie las rugientes aguas,
«Moros turbantes, petos destrozados,
«Cuerpos de infieles cubran las campañas,
«Y como turba de acosadas fieras
«Huyendo busquen sus ardientes playas.
«Esto pido, esto quiero; esto ¡oh cristianos!
«Lo alcanzará nuestra iracunda saña.
«Si el piélago espumoso roncamente
«Subiera hasta las cumbres escarpadas,
«Si el rayo resonante en este punto
«Sobre nosotros con furor tronára,
«Temblaríais? Jamás. Al hombre libre
«El peligro, la muerte no le espantan.
«La victoria le sigue. Prometedme,
«Jurad postrados ante el ara sacra,
«Guerra sin fin al arrogante moro,
«Justa defensa á la oprimida pátria.

«Perezca aquel que el juramento rompa,
«La maldicion divina sobre él cáiga.»
Aquí cesó: de cólera encendidos
Fuego sus negros ojos destellaban:
Y el hierro amenazante en la alta diestra
Trémulo brillo en derredor lanzaba,
Como la luna envuelta entre celages
Cuando horrorosa tempestad preságia.

Mil valientes por gefe le aclamaron,
Los aires dividieron mil espadas,
Y el juramento repitió á lo lejos
El eco retumbando en la montaña.

Sevilla—Agosto—1853.



EL ÁNGEL CAIDO.

MARIA.

Yá que el ardor há cesado
de la bacanal impura,
y huyendo la noche oscura
por el aire lenta vá;
Deja que en inquieto sueño
deliren todos, María,
el rayo del nuevo dia
sus párpados herirá.

Entónces verán ajadas
las hermosas y las flores,
y pálidos los colores
de la megilla febril.
Verán pasadas las horas,
verán la verdad sin velo,
y trocarse en lodo el cielo
que amó su afan juvenil.

Tristes son como las tumbas

los albores matinales,
si los cerrados cristales
bañando con su fulgor;
Ahuyentan la amiga sombra
al cruzar la celosia;
entónces muere la orgia,
entónces muere el rumor.

Y el ánimo fatigado
encuentra enojoso hastio,
cuanto mira es triste y frio,
gime su perdido ayer.
Y con desden considera
de las compradas caricias
en las lúbricas delicias
cómo pudo hallar placer.

No muestres fingido gozo,
suspirando estás, Maria,
¿tal vez la amargura impia
devora tu juventud?
¡Oh! sí; tus ojos azules
no han perdido su dulzura,
y aun vibra tu voz tan pura
como templado laud.

Acariciando mi oido
es armonia lejana,
que me muestra en sombra vana
dichas que pasaron yá.
Quiero escuchar de tu boca
de dónde nace tu pena,

porqué la blanca azucena
mústia inclinándose vá.

Cómo la ilusion há muerto
á las puertas de la vida,
cómo del árbol herida
el ave incáuta cayó.
¡Tan niña! Tan infelice!
¿Porqué naciste tan bella?
Cuando se alzaba tu estrella
negra nube la eclipsó.

Es un vate quien te escucha,
que sabe sentir y siente,
sabe de amor y ama ardiente
y te puede comprender.
Él en tu pecho angustiado
que hora consuelo no alcanza,
infundirá la esperanza
calmando tu padecer.

Habla. Mas oye.....suspira
entre las rejas el viento,
la luna en el firmamento
trémula brillando está.
Con su arrullo y con su lumbre
el corazon se dilata,
leve arrullo, luz de plata,
que tu tristeza amará.

Dige: su lábio de rosa
un *ay* lanzó comprimido,

más doloroso gemido
ni en la tumba resonó.
Y habló de su vida entónces
la desgraciada Maria,
su mano puesta en la mia
y á su lado atento yo.

«El águila nació para los vientos,
«nacieron para el sol los resplandores,
«para el festin los mágicos acentos,
«y yo nací para llorar dolores.

«El llanto es mi destino: ¡cuántas veces
«me lamenté en la noche protectora,
«y aun nó agotadas del pesar las heces
«me halló gimiendo la naciente aurora!

«¡Oh! sí; mi vida amarga vá corriendo
«cual cenagoso arroyo en el estio:
«¿cuándo á otro mundo volaré muriendo,
«cuándo mi oprobio cesará, Dios mio?

«Contemplé de otros soles la belleza
«y oscurísimas sombras los nublaron,
«de aquellos tiempos, para más tristeza,
«los recuerdos tan solo me quedaron.

«Pura y feliz mi frente se elevaba,
«libre de afan mi corazon latia,
«y si al sueño los párpados cerraba,
«música blanda en derredor oia.

«Era mi encanto mi jardin florido,
«el ave que cuidaba con anhelo,
«mi porvenir el cláustro bendecido,
«mi amor, mi madre: mi esperanza, el cielo.

«Miraba así desparecer las horas,
«miraba así desparecer los dias,
«y otras claras, bellísimas auroras
«¡ay! renovaban las venturas mias!

«Mas mi madre sus últimos gemidos
«lanzó y huyeron mis ensueños de oro,
«y eternamente contemplé perdidos
«mi esperanza y mi amor y mi tesoro.

«Huérfana y sola, de la mar del mundo
«ví adelantarse la revuelta ola,
«creciendo entónces mi pesar profundo
«esclamé con terror: *huérfana y sola.*

«¡Ay! ¿qué podrá la mísera barquilla
«contra el furor del piélago violento?
«¿Resistirá tal vez la flor sencilla
«el ímpetu voráz del ronco viento?

«Ellas sucumben: plácida inocencia,
«antorcha de virtud, perdida calma,
«vosotras alhagásteis mi existencia:
«cuando os recuerdo se entristece el alma.

«Y débil lloro, y al secarse el llanto
«alzo los ojos al tranquilo cielo,

«miro la luz y templan mi quebranto
«suspirando las áuras en su vuelo.

«Que tienen para mí dulce sonido,
«lánguida voz y mística armonia:
«si exhalan al pasar leve gemido,
«es que diciendo ván: *¡pobre Maria!*

«Tú nò procures aliviar, poeta,
«con lábio amigo el sufrimiento mio;
«hollada y sin aroma la violeta
«¿qué espera yá del matinal rocio?

«Deja que llore; y si al cruzar el mundo
«desgracia vés cual la desgracia mia,
«recuerda entónces mi pesar profundo
«y con ternura dí: *¡pobre Maria!*

Sevilla—Junio—1857.



LA NOCHE.



El claro fanal del dia
con luz mis ojos no hiere;
por la alta region vacia
un rayo postrero envia,
y yá se oculta y yá muere.

De nuevo esplendor vestido
se levantará mañana
por el oriente encendido:
será el cielo enrogecido
ancho pabellon de grana.

En tanto, madre divina
del silencio y la tristeza,
muestra tu faz peregrina,
oye el áura vespertina
cuán dulce á llamarte empieza.

Entre bosques seculares
lenta vaga murmurando
melancólicos cantares,
blanda esencia de azahares
por do quiera derramando.

Que reina la primavera
y la flor abre su broche;
y se engalana la esfera;
yo te adoro, vén ligera,
desciende, callada noche.

Baja, noche encantadora,
y tiende el oscuro velo;
tú, del amor protectora,
viertes paz consoladora
sobre el adormido suelo.

Yá te contemplo: la luna
trémulo fulgor destella
sobre la tersa laguna:
es su lumbre cual ninguna
blanca, misteriosa y bella.

De astros mil el firmamento
se puebla: mudas las aves
suspenden su blando acento,
y alzan las aguas y el viento
tristes cánticos suaves.

Te bendigo, noche hermosa,
si brillas pura y serena:
te admiro, si impetuosa
ruge la mar espantosa
y el fiero aquilon resuena.

Por tí con niebla enlutada
la creacion se presenta;

así la vírgen velada
con la gasa delicada
más gracia y pudor ostenta.

Los céfiros voladores
suspiran lánguidamente:
con ecos murmuradores
música te dan de amores
el limpio arroyo y la fuente.

Tú viertes melancolia
y bálsamo de consuelo:
dime, noche, amada mia,
¿porqué la region vacia
no cubre siempre tu velo?

Cuando el sol su *adios* al mundo
dá tras la montaña verde
descendiendo al mar profundo,
y otro dia moribundo
en la eternidad se pierde;

Generoso el pensamiento
á los cielos se levanta,
sube en las alas del viento,
y al llegar al firmamento
himno de júbilo canta.

¡Oh luna! Tu disco frio
rodando vá por la es fera
con mudo paso tardio,
como gota de rocio

sobre hoja de palmera.

Sevilla! tu noche es clara
como dia de ventura;
siempre de belleza avara
mi vista no contemplára
otra tan serena y pura.

—«¿Porqué tus lábios suspiran?
Anciano extrangero, dime,
¿tal vez á tu alma inspiran
las áuras que ledas giran,
ó el alto cielo sublime?»

—«Hijo del Bétis, yo siento
que el entusiasmo me inflama
con desconocido aliento,
al mirar el firmamento
bañado en trémula llama.

Que es el orbe un templo ahora
y la ancha tierra su altar,
el viento su voz sonora,
su lámpara encantadora
la luna que vés brillar.

La natura se adormece
en un éxtasis profundo
cuando aquí la sombra crece;
en tu pátria un himno ofrece
la noche al Señor del mundo.

El dolor mi pecho inquieta,
mi lábio calla y suspira,
siento conmocion secreta:
¡oh Dios! ¿Porqué del poeta
no tengo la ardiente lira?»

. . . .
. . . .
. . . .

Mas yá á despuntar la aurora
empieza en el horizonte,
yá su lumbre se colora,
y la alzada frente dora
del más orgulloso monte.

Tú viertes melancolia
y bálsamo de consuelo:
dime, noche, amada mia,
¿porqué la region vacia
no cubre siempre tu velo?



LA AMISTAD.

Á LA SEÑORITA DOÑA ANTONIA DIAZ,

POETISA.

Y el tesoro
de su divino ingénio descubria,
que en cuerpo tan gallardo relucia,
como rico diamante en joya de oro.
Nicasio Gallego.

Más allá de las cóncavas regiones
do el rayo hierve y se fermenta el trueno,
donde la tempestad sus negras alas
rápida agita con fragor tremendo,
y los fulgentes astros, contenidos
por invisibles círculos eternos,
siguen su grave huella, poderoso,
velado en pompa y resplandor inmenso,
está el que un mundo arrebató á la nada
con sola una palabra de su aliento.
Jehová le nombran: su mirada es vida,
su ira la muerte, su promesa el cielo.
Junto á él un ángel de ideal belleza
alza una antorcha de encendido fuego,

y pronto á su mandato, el aire hiende
más velóz que la luz y el pensamiento:
atraviesa cien globos, vé cien soles,
y otros mil más allá: dirige el vuelo
á la triste mansion de los mortales
y de amistad la llama prende en ellos.
¡Feliz quien la miró brillar divina,
dulce esperanza del sensible pecho!
Mas ¡ay! así como la blanca rosa
busca para brotar fértil terreno,
de la amistad la flor sagrada y pura
crece tan solo en corazones tiernos!

¿Qué es amistad?... En vano lo diria:
aquellos miserables que sedientos
del oro vil como á su Dios le adoran,
los que arrastrados ván sin ley ni freno
de su ambicion por el velóz torrente,
los que jamás su vista al firmamento
elevaron con fé, clamáran todos:
«mientes, poeta, la amistad es sueño.»
....¡Oh almas hermosas, celestiales almas,
henchidas de piedad, de amor inmenso,
vosotras, que sentís los gratos himnos
de las aves, las aguas y los vientos,
y absortas escuchais de las esferas
en éxtasis sublime el gran concierto,
y en el ardiente sol mirais un ángel
vívida lumbre sin cesar vertiendo,
y veis la imágen del poder divino
si el mar se agita resonante y fiero,
vosotras, sí, la comprendeis, vosotras

su voz oís y respirais su aliento!
La blanca luna, las ligeras nubes
que la atmósfera cruzan en silencio,
la campana que suena tristemente,
la muda soledad, los altos cedros
que lentas mecen las sonantes copas,
las ondas claras, los lejanos ecos,
os hablan un lenguaje misterioso,
grande, espiritual, de encantos lleno:
lenguaje que no hiere los oidos;
que vibra solo en lo interior del pecho.

Dilo tú, poetisa, tú más bella
que de inocente amor el primer sueño,
hija feliz del génio y la dulzura,
cuyos sonoros, mágicos acentos
suspenden ledas las fugaces áuras
y nos recuerdan el perdido cielo,
¿de natura los cánticos no tienen
en tu sensible corazon un eco?
Tiénenlo, sí: de tu dorada lira
brotan himnos de plácido consuelo,
plegárias melancólicas y tiernas,
voces que imitan el fragor del trueno.
Cuando retratas, inspirada jóven,
de nuestra vida el postrimer momento,
parece que el espíritu yá libre
de sus prisiones elevarse vemos:
si ensalzas de tu Dios la providencia,
la inestinguible fé que arde en tu seno
brilla con resplandor sagrado y puro
cual solitaria lámpara en el templo:

tú con el triste Lamartine suspiras,
tú con Rioja lúgubres lamentos
lanzas, al ver escombros miserables
las obras que admirára el universo:
cantas la gloria de Colon insigne,
cantas el orbe y su Hacedor supremo.
¡Cuántos tesoros viertes de ternura,
cuánto entusiasmo en tus hermosos versos!
En tu pura, serena y alta frente,
en tus ojos que radian casto fuego,
la inspiracion, la vida y la armonia,
grabadas ván con indeleble sello.

Tal vez el fatigado peregrino
que errante cruza abrasador desierto,
si, rey de las estériles llanuras,
vé levantarse augusto monumento,
atónito se acerca y en la piedra
deja su nombre á los futuros tiempos.
No de otra suerte yo, que hora te miro
alzarte como fúlgido lucero,
¡oh Antonia! en la mitad de mi carrera
que desengaños mil entristecieron,
por tu virtud, por tu belleza y gloria,
mi tosca lira y mi amistad te ofrezco.

Sevilla—Octubre—1855.

Á MI AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA PILAR DIAZ,

PINTORA.

¡Cuán sublime es la mirada
Del artista y del poeta,
Si en ella relumbra inquieta
La luz de la inspiracion!
Rasga el manto de los siglos,
Sube de la tierra al cielo,
Y abarca en rápido vuelo
La anchurosa creacion.

Y si esa mirada brilla
Como la tuya, pintora,
Con modestia encantadora,
Con ternura virginal;
Parece allá en lontananza
Faro amigo en noche oscura,
Estrella serena y pura,
Alborada matinal.

Aspasia, Corina, Safo,

Aun fulgura vuestra gloria,
Aun vive vuestra memoria
De los tiempos á través.
Y repiten vuestros himnos
El Erimanto y Alfeo,
Y al romperse el mar Egeo
De las rocas á los piés.

Mas... ¿á qué rápida vuela
Mi ardorosa fantasia
Hendiendo la niebla umbria
De la edad que pasó yá;
Si el padre Bétis famoso
Los cánticos ideales
De sus hijas celestiales
Con orgullo ensalzará?

Artista, sigue sus huellas:
Contempla tu dulce hermana,
De su vida en la mañana
Luce con claro fulgor;
Y tú, Pilar, que ántes viste
La luz que en oriente arde,
Acaso verás más tarde
De la gloria el esplendor?

Mira en torno: la natura
Se viste de nueva gala,
Ricos perfumes exhala,
Brilla lozana do quier.
Y la sonrosada aurora
Vírgen se levanta y pura,

Y la paloma murmura
Cantos de amor y placer.

Yá murió la negra noche,
El viento es todo armonia,
El orbe todo poesia,
¡Hermosa, hermosa es la luz!
De las fugitivas sombras,
Como piélago encendido,
Salió el sol enrogecido,
El sol del cielo andaluz.

Y salió el ameno valle,
Y el cedro que el aire hiende,
Y la nube que se estiende
Cual purpúreo pabellon.
Se mostraron á los ojos
Suspensos con tal belleza,
La clara fuente que empieza
A bullir en blando son.

La adelfa que la acaricia,
El lirio, la mies dorada,
Y la flor de la granada,
Y entreabriéndose el rosal:
Y la vid que del rocio
Húmedas perlas gotea,
Cuando el céfiro la orea
Con susurro desigual.

El viejo monte ostentando
Allá en la atmósfera leve,

Diadema de blanca nieve
Cual del anciano la sien.
También salió de su seno
La roca de espuma llena,
Y el fiero mar que la atruena
En rudo, eterno vaiven.

Mil veces el avecilla,
Si de entusiasmo se inflama,
Allá en la flexible rama
Que se encorva y vuelve á alzar;
Admira y dice en sus himnos
La grandeza de natura,
Y la plácida hermosura
Que vé do quiera brillar.

Así tú, bella pintora,
Allá en la verde colina
Que el fértil campo domina
Donde reina siempre abril;
Admira tambien al verlo
Cuanto esplendor te circunda:
Bajará llama fecunda
A tu pecho juvenil.

De la inspiracion sagrada
Sentirás el gérmen puro,
Tu espíritu yá seguro
Atrevido volará;
Y sobre el lienzo que espera
Imágenes de hermosura,
Otra más grata natura

Tu pincel figurará.

Es grande el poder del arte
Que remeda peregrino
El manantial cristalino,
El piélago bramador.
Que en grata ilusion nos muestra
Ronca tempestad sombria,
Alegre y sereno dia,
Prados de ameno verdor:

Yerboso y mudo el castillo
Con la abandonada almena,
Do yá tan solo resuena
Desatado el huracan:
La gótica iglesia triste
Que no holló la edad impía,
Y severa desafia
A los siglos que vendrán:

La luna tranquila y clara,
La blanca y flotante nube,
Y el sol que radiante sube
Por el firmamento azul:
La pajiza, humilde choza,
El jardin de esmalte vario,
Y en el valle solitario
El sáuce y el abedul.

Los desiertos, las ciudades,
La montaña, la llanura,
Cuanto encierra la natura

Triunfante imita el pincel:
    Y del alma las pasiones
Que muestra el móvil semblante,
Triste, iracundo, radiante,
Alegre ó bañado en hiel.

    Tal es, tan alto y sublime
El arte que te enardece:
De término y fin carece;
Siempre vemos más allá.
    Anímate: no tu vida
Huya sin dejar memoria,
Fija tu vista en la gloria,
Que tu nombre vivirá.

    Y yá pintes la belleza,
Imágen de tu alma pura,
Yá el dolor y la tristura,
Dueños ahora de mí;
    Dulce amiga, el pecho mio
Ama tu genio de artista,
Y si alzo al cielo la vista
Digo: *tu patria es allí.*

Sevilla—Agosto—1856.

Á UNA NARIZ.

ODA.

Érase una nariz superlativa.
Quevedo.

Volúmen colosal, robusta trompa,
Cual bronce dura, cual montaña alzada,
Nariz desmesurada,
Que al hombre más valiente
Pavor infundes, si de frente á frente
Absorto mira tu espantosa punta;
Si diez narices juntas
Pensáran igualarte en corpulencia
Ó en aspecto arrogante,
Tú, abriendo en el instante
Tus cavernas profundas,
Trágico fin á la disputa dieras
Y de sepulcro á todas les sirvieras.

Si hubieses existido,
Nariz, cuando el romano valeroso
Sugetaba atrevido
Cien pueblos á su carro victorioso,

Transformada en ariete
Hubieras derribado
El muro tresdoblado,
Los castillos y fuertes torreones,
Paso abriendo á sus bélicas legiones.

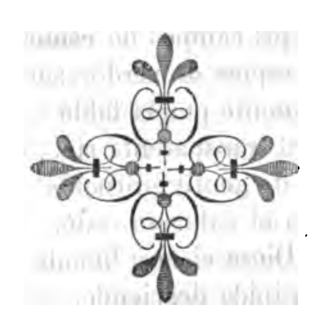
Mas ¡ay! que nó naciste
En tiempo tal, y con perfil severo
Solo sirves de adorno á un rostro fiero.
¿Solo de adorno? Dige mal: tú sirves
De espanto al orbe: cuando tú resuellas
Se asustan las doncellas,
Las viejas se estremecen,
Y aterrados los hombres palidecen.
Si por la calle vás, en dos hileras
Se divide la gente: todos claman:
«¡Qué atrocidad, qué pasmo, qué rareza!
¡Bendiga Dios tan estupenda pieza!»
Unos á otros se llaman:
Crece la bulla y grita en el instante,
Y todos te proclaman
Con el nombre de trompa de elefante.

Leon y el grande Herrera
Alcanzaron renombre duradero
É inmarcesible gloria:
Celebrará la historia
Llenando de su fama el orbe entero,
Del ínclito Guzman la escelsa hazaña.
A aquellos, prez de España,
Hicieron inmortales
Sus cantos armoniosos:

A este, sus valerosos
Hechos, envidia del mayor guerrero,
Su firme lealtad, su pecho fuerte,
Despreciador del riesgo y de la muerte.

Mas tú tan sola ¡oh gran nariz! tú sola
A tu dueño darás renombre y fama.
En tanto que su llama
Difunda el sol, mientras el mar profundo
El límite no rompa que le encierra
Dando pavor á la medrosa tierra,
Cada vez más luciente,
Portentosa nariz, nariz gigante,
Tu gloria volará de gente en gente.

Sevilla—Abril—1852.



FIESTA DE VÉNUS.

Poeta.—Coro de Jóvenes.—Coro de Doncellas.

POETA.

La mar arrulla con sonoro acento,
el sol sobre las aguas centellea,
áurea nube cruzando el firmamento
en lontananza vagarosa ondea:
en las orillas cariñoso el viento
con las trémulas ramas juguetea,
murmura en torno plácidos amores
y lánguido se aduerme entre las flores.

Allá á lo lejos campos de esmeralda
vénse y mil bosques de verdor sombrio,
del orgulloso monte por la falda
baja sonando el transparente rio:
la sien ceñida de gentil guirnalda
que no deshoja el caluroso estio,
bellísima una Diosa el aire hiende
y del Olimpo rápida desciende.

Húmedos brillan sus rasgados ojos,
su cuello es del color de la azucena,
vaga fugáz entre sus lábios rojos
sonrisa amante que el dolor serena:

ríndense á aquesta Diosa cual despojos
el alma ardiente de esperanzas llena,
y el corazon que férvido suspira
si su hermosura conmovido admira.

Es Vénus, que su trono y su morada
tiene en Páfos, do grata primavera
vive siempre de rosas coronada
y clara luz inunda la ancha esfera:
aquí, donde se aspira regalada
atmósfera de amor en la pradera,
donde claman amor con blando acento
la mar azul y el perfumado viento.

Amor, amor, á tu poder inclina
el orbe todo la orgullosa frente,
de celestial inspiracion divina
eres inmensa, inagotable fuente:
fúlgido sol de lumbre peregrina
que eterno brilla en el cenít ardiente,
íris que pinta alzado en lontananza
de oro y azul cuanto la vista alcanza.

Amor, ¡alma del mundo! ¡Misterioso
gérmen de vida, emanacion del cielo!
Tú dás su verde pompa al bosque umbroso,
ondas bullentes al florido suelo,
ecos dulces al céfiro oloroso
si lento vaga con callado vuelo,
conchas y espumas á la mar sonora,
tintas de nácar á la blanca aurora.

Mas...¿qué suave, mágica armonía
llega hasta mí? Por el espacio suena
lleno de encantadora poesía
el himno de cien liras, que enagena

en éxtasis profundo el alma mia
y del dolor la tempestad serena:
himno que tal vez plácido, alhagüeño,
creó la mente en delicioso sueño.
Y un templo allí la gigantesca frente
alza entre vagas nubes de colores,
magnífica mansion resplandeciente
de la Diosa feliz de los amores:
el perfume oriental presta al ambiente
balsámicos, suavísimos olores,
y cubren el umbral mirtos y rosas
de las praderas de Ladanto hermosas.
Ante el ara do brilla el sacro fuego
símbolo del ardor de las pasiones,
donde se postra delirante y ciego
quien sueña placenteras ilusiones,
dos juveniles coros dulce juego
formando con sus danzas y canciones,
miro, que así el ardor que los inspira
cantan al son de la templada lira.

CORO DE JÓVENES.

Dejad el templo santo
sin dioses protectores,
dejad la grata orilla
sin árboles ni olores,
la selva espesa y verde
sin voz de ruiseñores:
vereis la imágen triste
de vida sin amor;
que es páramo desierto,
marchita, mústia flor.

CORO DE DONCELLAS.

Si juntas con el rayo
de temblorosa luna,
sobre el espejo limpio
de plácida laguna,
la luz de tu lucero
hermosa cual ninguna,
¡oh Vénus! nos inflamas
con desusado ardor,
y en nuestro pecho enciendes
el fuego del amor.

CORO DE JÓVENES.

Cual corredor brioso
volando hácia la meta,
cual súbito relámpago,
cual rápida saeta,
huyendo ván las horas
de nuestra vida inquieta,
y tú calmas tan solo,
oh Diosa, nuestro afan.
A tí nuestros acentos
por siempre ensalzarán.

CORO DE DONCELLAS.

Ayer la jóven Mirtha
la pura frente alzaba,
su negra cabellera
magnífica ondeaba,

enamorado el céfiro
su rostro acariciaba;
mas... ¡mísera! yá nunca
sus cantos sonarán:
hoy los llorosos sáuces
sombra á su tumba dán.

CORO DE JÓVENES.

En tanto que los dias
os roba el tiempo aleve,
y los dorados rizos
se tornan blanca nieve,
mientras la danza siga
veloz la planta leve,
gozad, ninfas helenas,
gozad placeres mil;
que de la vida pasa,
mas no vuelve el abril.

CORO DE DONCELLAS.

Gocemos: nuestros himnos
escuche la ribera,
y el prado que engalana
fecunda primavera,
deslícese la vida
feliz y placentera,
alégrenos la danza
con su compás gentil,
y brillen nuestros ojos
con fuego juvenil.

CORO DE JÓVENES.

Su lumbre recogiendo
yá Febo se oscurece,
yá del alzado monte
la sombra baja y crece,
la noche se adelanta,
el aire se ennegrece:
dénos el bosque umbroso
riquísimo dosel,
venid; allí se enlazan
el mirto y el laurel.

CORO DE DONCELLAS.

Marchemos: tierna Diosa
la más bella del cielo,
sobre flotantes nubes
desciende en blando vuelo
y dá á los corazones
dulcísimo consuelo:
pusimos en tus aras
perfumes, vino y miel:
huyamos á la selva,
al mágico vergel.

POETA.

Y allá ván: allá ván, sueltos flotando
los rizos al ligero movimiento,
cual de aves mil el colorido bando
cruza veloz por la region del viento:

los ojos luz vivísima brotando,
tal como en azulado firmamento
lucen errantes, trémulas y bellas,
sin tormentosas nubes las estrellas.
Y allá ván, y sus plantas adornadas
de cintas y brillante pedreria,
las tímidas violetas aromadas
besan: calla la célica armonia
de aquellas liras por Amor templadas,
entran del bosque en la mansion umbria
y complacida Vénus alza el vuelo
al ver el culto que le rinde el suelo.



Á UN POETA.



SONETO.

¿Porqué ante un rey te miro prosternado
Envileciendo el canto peregrino?
Inflexible la mano del Destino
Con el polvo los cetros há formado.

Polvo son: el acento arrebatado
Ensalce el fuego de virtud divino;
Mas nunca el oro y el poder mezquino
Desnudo de valor, de astucia armado.

Mueven tus himnos, infeliz poeta,
A vergonzosa compasion ó ira
Al que el honor y la verdad respeta.

Digno es tan solo de pulsar la lira
El hombre libre, cuyo pecho fuerte
Huye la humillacion y nó la muerte.

Sevilla—Marzo—1857.

LA CASTIDAD.

¡Oh flor, que nó deshoja
del huracan indómito el aliento,
flor que rocio moja
del alto firmamento,
y alhaga siempre delicioso viento!

Por ángeles sembrada,
por la inocencia y la virtud nutrida,
creciste regalada,
de pureza vestida
en los valles amenos de la vida.

Tus plácidos olores
esparces en contínua primavera,
un sol con resplandores
eternos rebervera,
y nunca pierdes tu beldad primera.

Los ojos que te vieron,
de tí, celeste flor, nó se apartaron:

las almas que sintieron
tu aroma, suspiraron
y jamás ni en sus sueños lo olvidaron.

En torno te rodea
nube de claridad y de hermosura,
el céfiro te orea
que en el Eden murmura,
y te vé con amor la Vírgen pura.

La rosa más galana
que muestra al despuntar el nuevo dia
su púrpura lozana,
á tí se humillaria,
tu belleza sin par envidiaria.

¡Feliz el que cruzando
el triste suelo con ligera huella,
te vé lejos brillando
cual solitaria estrella
que su fulgor suavísimo destella!

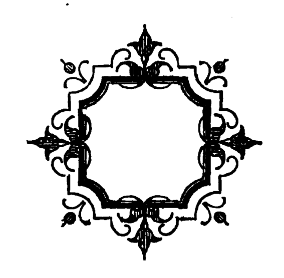
De la que adoro ciego,
con tierno corazon eres amada
y con divino fuego:
relumbra su mirada
por tí bajo sus párpados velada.

Y á su serena frente
prestas tu sombra y á su rostro hermoso
cual astro que en oriente
se eleva magestoso,

cual de ventura ensueño delicioso.

¡Oh flor! eterna brilla
con hojas de esmeralda y tierna poma,
nevada y sin mancilla
cual pecho de paloma,
y nunca ceses de esparcir tu aroma.

Sevilla 12—Abril—1856.



UNIV. OF CALIFORNIA

Á QUINTANA,

POETA,

EN SU CORONACION.



ODA.

Águila ardiente que con ráudo vuelo
tus alas bates junto al gran planeta
manantial de la luz, padre del dia,
inspirado poeta,
oye el acento de la lira mia;
que siempre amé tu fuego y valentia.

Un tiempo fué que la española musa
mezquina y torpemente aduladora,
al trono y al poder himnos alzando
prostituyó su voz encantadora;
mas siempre desdeñando
con noble audacia el tono lisongero,
solo ensalzaste tú los héroes libres,
honra inmortal del pabellon ibero.

Tú cantaste del piélago espantoso
la grandeza y furor: tú su rugido
que por las peñas cóncavas resuena,
cuando con son violento, repetido,
se estrella en el arena
y de asombro y terror el pecho llena.

El encumbrado monte
coronada de nubes la alta frente,
el sosegado rio
que terso muestra su cristal luciente,
el campo engalanado en el estio
con doradas espigas y con pomas,
el céfiro liviano
besando flores y vertiendo aromas,
y las virtudes, sin igual tesoro,
tambien cantaste en tu laud sonoro.

Ilustre vate, ¡cuántos sentimientos
en mi alma tus versos despertaron!
¡Qué nobles y sublimes pensamientos
mi mente conmovieron y agitaron!
Yo ante mis ojos las augustas sombras
miré de Tráfalgar: del occeáno
al combatir las playas de occidente,
mudos testigos de la hispana gloria,
escuché el melancólico gemido;
que hasta el mar entonaba tristemente
fúnebre canto á su inmortal memoria.

Tambien miré á Padilla
por la sagrada libertad lidiando

en los campos sangrientos de Castilla
contra el furor del ominoso bando:
y osado, altivo, fiero,
al contemplar su desgraciada suerte,
doblar el cuello al yugo de la muerte;
nó la rodilla al opresor ibero.

Con plácida dulzura,
depuesta yá del pecho conmovido
la saña y honda ira,
celebraste el poder de la hermosura,
que tierno encanto al corazon inspira:
el viento suspendido
oyó tus himnos férvidos de amores,
y revolando en giros presurosos,
amor, dijo á los árboles frondosos,
amor, amor, á las nacientes flores.

De tu natal el venturoso dia
te sonrió el Destino,
y entretegió para ceñir tu frente
una corona de laurel divino.
«Nazca el génio feliz de la armonia,
nazca el cantor de la nacion hispana,»
clamó de la alta cumbre
do se ostenta sereno.
Y naciste, Quintana,
y dió á tu mente inextinguible lumbre,
y á tu pujante voz el son del trueno.

¡Oh! cual cedro firmísimo y gigante
que del soberbio Líbano en la cima

inunda de esplendor el sol brillante
cuando en el éter vago se sublima,
y erguido muestra su hermosura y pompa
y desprecia el furor del rudo viento
y parece tocar el firmamento,
¡poeta! ante mis ojos te levantas,
si el tono vil y mísero esquivando,
tu poderosa voz súbito alzando,
el honor, la virtud, el pueblo cantas.

Cántalo, sí; que el generoso fuego
de libertad, virtud, y honor te enciende,
y la pátria te inspira amor profundo;
así tu acento que los aires hiende,
vuela llenando el anchuroso mundo.

Desde la márgen fértil
que el grande Bétis ameniza y riega
con profundo murmurio y claras ondas,
tus versos admiré; y enagenado
cuando la noche lóbrega despliega
sus negras alas, cuando el sol fulgente
colora el monte y prado
de roja y pura luz con un torrente,
los recuerdo: su mágica armonia,
su vigorosa entonacion, elevan
á otro mundo ideal el alma mia.

Teged coronas: sus cabellos blancos

orne el sacro laurel que nunca muere,
símbolo de la fama del poeta:
vuele su ilustre nombre,
vuele llevado por el áura inquieta
al más lejano clima en que se estrelle
bramando el mar con ímpetu sonoro,
desde el sereno rio,
desde el Tajo feliz de arenas de oro.

Sevilla.



Á ELLA.

Del claro sol la esplendorosa lumbre;
el altísimo cedro que sublima
su copa inmensa á la region del trueno,
el desprendido, rápido torrente
derrumbando sus aguas espumosas,
son menos gratos á mi dulce amada,
que el tibio rayo de la casta luna,
que las violetas púdicas del valle
abriéndose del áura á los suspiros,
y el placentero arroyo cuando muere
murmurando un *adios* para las flores.
Su alma de vírgen férvida se eleva
al oir de las aguas y los vientos
y de natura la armonia blanda:
melancólico el canto de las aves
comprende, al estinguirse entre las sombras
la opaca luz del moribundo dia,
oye cual vuelan por el vago ambiente
los misteriosos génios de la noche,
y contempla en la pálida azucena
de un puro corazon la imágen muda.
Cuando el suyo se agita, una mirada
tiernamente lo espresa de sus ojos;

bañólos Dios con su celeste fuego,
y del nardo el perfume dió á su boca,
que amor, amor y soledad suspira.
Él, al formarla un ángel, sobrehumano
espíritu infundióle, y de virtudes,
de encantadora, angelical belleza,
pródigo la colmó. ¡Ah! si los siglos
mirára yo pasar, y siempre firme
este mi jóven corazon ardiente
latiera con vigor, si semejante
á las del rudo tiempo vencedoras,
altísimas pirámides, que rojo
el africano sol con lumbre quema,
mi vida fuese.....Estrella de mi alma,
nó dudes, nó, que mi vibrante lira
celebrára mi amor y tu hermosura
eterna y blandamente resonando:
nó dudes, nó, que mi constante pecho
se agitára por tí, serena aurora,
que mis errantes pasos encaminas.

Vémos nacer por el rosado oriente
vívido un nuevo sol con rayos de oro,
y entre las densas nubes de la tarde
le miramos tambien perder su lumbre,
y trémulo morir doblando el monte.
Nace mi amor, y crece, y vive puro
cual clara luz de lámpara encendida
ante el ara del templo sacrosanto,
que ni vacila, ni su luz se estingue.

A tí vuela mi voz, muger ó ángel,
que inflamaste mi espíritu: las áuras
á tí la llevarán, y si tu nombre
no há resonado en mi cantar, tu pecho
que es el tuyo dulcísimo adivina.

Sevilla—Noviembre—1855.



LA ORACION. (1)



Ondula su cabellera
por la espalda desprendida,
surca lágrima encendida
su semblante virginal;
Y pálidos lleva y mústios
la mejilla y lábios rojos,
y anublada de sus ojos
la lumbrera celestial.

Como lánguida azucena
se inclina su frente pura,
tristes palabras murmura
que se pierden sin rumor.
¿Adónde la niña Elvira
dirige la leve huella?
¿Tan inocente y tan bella
puede afligirla el dolor?

Al pié de verde colina,

(1) Dedicada á mi amiga la Señorita Doña Eduarda Moreno Morales, poetisa.

ante el valle floreciente
que arrulla tranquila fuente
y baña dudosa luz;
    Bajo un sáuce, rico en sombra,
donde el ruiseñor anida,
sobre la tierra movida
sus brazos tiende una cruz.

    La cruz dice al caminante
que un alma há volado al cielo,
dice el removido suelo
que el polvo al polvo tornó:
    Y el llanto que lo humedece,
muy más preciado que el oro,
pues es de perlas tesoro,
que una hija lo vertió.

    Elvira al morir la tarde
aquí llega silenciosa,
yá la luna misteriosa
lanza ténue claridad.
    Yá el ave nocturna ensaya
su cántiga lastimera,
y dán pavor por do quiera
silencio y oscuridad.

Es ella: miradla ahora:
es suyo ese paso breve,
suya esa frente de nieve,
lirio que acaba de abrir.

A la tumba se adelanta
y al son del medroso viento,
empieza con blando acento
sus pesares á gemir.

«Héme aquí doliente, madre,
«mírame tú, madre mia,
«yo vengo sola y te hablo,
«no respondes á tu Elvira.
«Ni yá el beso de tu boca
«siento en mi frente abatida,
«ni tus manos con alhago
mis cabellos acarician.
«*Pasa un hora y otra hora,*
«*mi pecho siempre suspira;*
«*yo quisiera, dulce madre,*
«*quisiera darte mi vida.*

«Me responden, si te llamo,
«con una amarga sonrisa,
«y al firmamento señalan
«do los ángeles habitan.
«Vuela inquieta la paloma
«que me diste en mejor dia,
«y sobre mi hombro arrulla
«y te busca con la vista.
«*Pasa un hora y otra hora,*
«*mi pecho siempre suspira;*
«*yo quisiera, dulce madre,*
«*quisiera darte mi vida.*

«Dícenme que estás ausente:

«¿tal vez huyes de tu hija?
«yá no volveré á mirarte;
«lo presiente el alma mia.
«Un Dios piadoso te llama:
«¡el mismo Dios te bendiga!
«¡oh muerte! yo era dichosa;
«tu poder no conocia.
«*Pasa un hora y otra hora,*
«*mi pecho siempre suspira;*
«*yo quisiera, dulce madre,*
«*quisiera darte mi vida.*

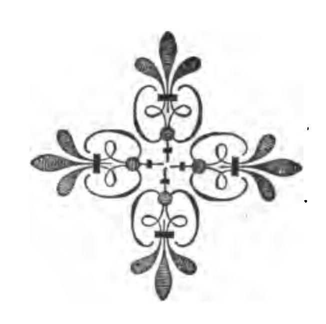
Dijo así: dobló su cuello
al terminar su plegária,
cual tórtola solitaria
que llora el perdido amor.
Y sus últimos acentos
las áuras arrebataron,
y á la altura los llevaron
á los piés del Hacedor.

De allí descendió brillante
como desprendida estrella
que deja lumbrosa huella,
espíritu celestial.
Cubrióla con blancas alas,
adurmióla blandamente,
y selló con beso ardiente
su mejilla virginal.

Y en este mar agitado,
el mar que llamamos vida,

fué su misteriosa egida
y siempre la defendió.
Que el espíritu celeste
descendido de la altura,
era el alma santa y pura
de su madre que la oyó.

Sevilla 14—Abril—1857.



TOMA DE GRANADA. (1)

I.

La noche yá con presuroso vuelo
á los remotos climas se alejaba,
y el sol ardiente desde el puro cielo
su viva lumbre al campo destellaba:
de verde alfombra engalanado el suelo
la estacion de las flores anunciaba,
cual estrella de amor, que precursora
la luz anuncia de la blanca aurora.

II.

Allá á lo lejos álzase opulenta
Granada, centro del imperio moro;
sus fuertes torres orgullosa ostenta
y las soberbias cúpulas de oro:
mientras el pecho á batallar alienta
en limpio acento el atabal sonoro,
y á su voz desnudando los aceros
la muralla coronan los guerreros.

(1) Esta composicion y el romance siguiente, los mandaron imprimir á su costa en Abril de 1853 mi digno profesor de 5.º año de Filosofia D. Francisco Rodriguez Zapata, y mis amables compañeros, correspondiendo á los buenos deseos con que les dediqué estos débiles ensayos de mi primera juventud.

III.

A la cercana lid con celo ardiente
se apresta todo: vénse las almenas
cubiertas de flecheros: impaciente
relincha el alazan, dobles cadenas
las puertas aseguran, y á la gente
el muro basta á contener apenas;
el corazon entusiasmado late
á la nueva del próximo combate.

IV.

En tanto al aire desplegada brilla
en el vecino campo la bandera,
con los rojos leones de Castilla
y la insignia de Cristo verdadera:
aquí sus escuadrones acaudilla,
honra de España, el inmortal Tavera,
caballero cabal, gentil soldado,
de noble cuna y ánimo esforzado.

V.

Aquí los Alvaredas, los Guzmanes,
y otros no menos ínclitos varones
en la paz y en los bélicos afanes,
altivos enarbolan sus pendones:
no son los que otro tiempo vió galanes
Toledo en amorosas distracciones;
sino los que conquistan por su gloria
una brillante página en la historia.

VI.

Míranse con bizarra gallardia,
en vistosas hileras ordenados
los tercios de Leon: su valentia
lleva la fama á climas apartados:
España en ellos su renombre fia;
muéstranse generosos, denodados,
cubiertos de fortísima armadura,
y el brazo pronto á la batalla dura.

VII.

No lejos, cual torrente detenido
que hierve con furor, pronosticando
estrago y muerte al valle conmovido
que combatir sus olas vé temblando,
un cuerpo de ginetes aguerrido
de sus potros el ímpetu enfrenando,
muéstrase, que amenaza en ráudo vuelo
acometer la tierra, el alto cielo.

VIII.

Deja entretanto su dorado asiento
la divina Isabel, luz de Castilla,
y sale al anchuroso campamento
que con las armas reluciente brilla:
embargado de júbilo el aliento
todos en tierra doblan la rodilla,
venerando á la reina santa y bella,
del puro cielo desprendida estrella.

IX.

Así al aparecer por el oriente
el nuevo sol en plácida mañana
tiñendo con su lumbre refulgente
las nubecillas de color de grana,
el del pérsico mar, pueblo inocente,
admira su influencia soberana,
y ciego ante su luz encantadora,
póstrase humilde, estático le adora.

X.

Yá con pujante voz el aire hiende
anunciando la lid bélica trompa,
y el castellano egército se estiende
en anchas filas con guerrera pompa:
fuego animoso el corazon enciende,
y el brazo incita á que atrevido rompa
las enemigas huestes, y los muros
en sus hondos cimientos mal seguros.

XI.

En un negro corcel, hijo del viento,
el ilustre Fernando se adelanta,
reprime su fogoso movimiento
y el brazo tiende que al alarbe espanta:
alza la vista al vasto firmamento,
vé á Granada que altiva se levanta,
y lleno el pecho de entusiasmo ardiente
con esforzada voz habla á su gente.

XII.

«Soldados, escuchad: lució yá el dia
«en que humillada la morisma fiera,
«vencida cáiga en la tenaz porfia
«y triunfe la católica bandera:
«murió un tiempo la goda monarquia
«del Guadalete en la infeliz ribera;
«mas hoy vuestro vàlor nuevos imperios
«dará á la España en ambos hemisferios.

XIII.

«Sí; que una voz profética, divina,
«suena en mi alma y dice al castellano,
«que verá pronto la total ruina
«del vacilante imperio mahometano:
«que en cuantas tierras vívido ilumina
«el sol fulgente, con segura mano
«fijará su pendon, y de su gloria
«vivirá siempre la inmortal memoria.»

XIV.

Dice y desnuda la valiente espada,
y tiembla el casco de diamante y oro,
y de la muchedumbre alborozada
sube á los cielos el clamor sonoro:
la vista todos fijan en Granada,
único resto del imperio moro;
mas una accion de súbito suspende
el pensamiento y el valor enciende.

XV.

Con espantoso estruendo rechinando
sus puertas abre la agarena gente,
muerte ó victoria con ardor clamando,
sale del muro cual voraz torrente:
la tierra pavorosa retemblando
gime bajo sus piés: el rayo ardiente
roba del sol la polvorosa nube,
que desde el campo al firmamento sube.

XVI.

Empéñase la lid: cunde la muerte:
de los furiosos golpes combatido
rómpese el yelmo, y el escudo fuerte
resuena ronco de la espada herido:
nó con tanto valor, nó de tal suerte
en el troyano campo, enrojecido
con la vertida sangre, peleaban
los griegos que venganza respiraban.

XVII.

Relumbra ardiendo la desnuda espada,
vuela en astillas mil pedazos hecha
la gruesa lanza, cruza disparada
como rayo veloz, silvante flecha:
roto el broquel, perdida la celada,
aquí al contrario un moribundo estrecha,
y en medio de la última agonía
por clavarle el puñal tenaz porfia.

XVIII.

El ronco estruendo de las armas crece:
crece tambien la cólera violenta:
el campo en torno tiembla y se estremece
con los furores de la lid sangrienta;
así la mar hinchada se embravece
y á las vecinas playas amedrenta,
cuando eleva sus ondas encrespadas
por el cierzo y el ábrego agitadas.

XIX.

Rápida la veloz caballeria
del árabe se lanza á la carrera,
y estrago y muerte al castellano envia
en cada golpe que descarga fiera:
con siniestro esplendor la luz del dia
en el bruñido alfange reverbera,
y de la lucha cubren los despojos
los anchos prados con la sangre rojos.

XX.

El cañon á lo lejos retumbando
el aire todo en derredor atruena;
óyelo el monte con pavor temblando
y por el valle cóncavo resuena:
devastacion mortífero sembrando
de espanto el alma consternada llena:
moribundos clamores doloridos
hieren el corazon y los oidos.

XXI.

Famoso por sus ínclitas acciones,
el gran Gonzalo en su bridon avanza
ligero hácia los moros escuadrones,
audaz blandiendo la robusta lanza:
él és de los cristianos pabellones
muro y defensa y faro de esperanza,
y á quien la Italia admirará temblando
atónita sus hechos presenciando.

XXII.

Hiende, rompe, deshace: los guerreros
que el Genil en sus márgenes floridas
vió un tiempo desnudando los aceros
pedir la guerra y despreciar las vidas,
caen al impulso de sus golpes fieros
como rocas del noto combatidas:
los petos y turbantes divididos
con la caliente sangre reteñidos.

XXIII.

El yelmo y el escudo tresdoblado
no resisten su furia destructora;
lleno de espanto el árabe soldado
ríndese ante su diestra vencedora.
Como lámpara inmensa levantado
el sol en el cenit las tierras dora,
y la sangrienta y obstinada lucha
absorto mira, consternado escucha.

XXIV.

Fuego lanzando de sus negros ojos,
pálido el rostro con la ardiente ira,
sus altivos gomeles yá despojos
del fuerte brazo de Gonzalo mira
el caudillo Gazul: fieros enojos,
saña voraz, desolacion respira,
y de venganza el corazon sediento
corre á encontrarlo en ímpetu violento.

XXV.

Terrible el choque fué: terrible herida
señaló de Gazul la torva frente,
y al suelo destrozada y abatida
descendió la cimera refulgente:
vaciló, fué á caer......mas nueva vida
dentro del pecho denodado siente,
al ver que su contrario yá le deja
y en busca de otra lid ráudo se aleja.

XXVI.

Tira lejos de sí la rota lanza,
y el mortífero alfange desnudando,
en rápida carrera se avalanza
cadáveres sin fin atropellando:
busca á Gonzalo, ansioso de venganza,
y le mira llegar desbaratando
á las árabes huestes, que vencidas
huyen delante de él despavoridas.

XXVII.

¿Quién vió un leon en la abrasada arena
acercarse frenético rugiendo,
atrás tendida la real melena
y por sus ojos lumbre despidiendo?
¿O el dique roto que la mar enfrena,
espumosa avanzar con ronco estruendo
á las míseras playas ocultando,
y estrago inmenso por do quier sembrando?

XXVIII.

No con saña inferior se precipita
sobre Gonzalo el musulman herido:
hondo rencor á batallar le incita,
hiérvele el pecho en cólera encendido:
el corvo alfange fulminando agita,
deshace en trozos el arnés bruñido
del cristiano, y un golpe y otros ciento
sobre él descarga con ardor violento.

XXIX.

Hasta que al fin en alto suspendiendo
la vencedora espada el castellano,
tiró veloz el aire dividiendo
un rudo golpe con certera mano:
golpe mortal, que en torno estremeciendo
el alto monte y estendido llano,
quitó á Gazul con furibunda herida
á un mismo tiempo el ánimo y la vida.

XXX.

La reina entonces que la lid miraba
desde su tienda, el pecho palpitando,
y al gran Gonzalo que el terror sembraba
entre las filas del opuesto bando,
VICTORIA, vá á clamar.....mas yá sonaba
fragoroso á lo lejos retumbando
el cañon, y de mil bravos guerreros
las voces y los vivas placenteros.

XXXI.

Vuelve la vista y entre el polvo oscuro
vé la ciudad, sus puertas derribadas,
y sobre el fuerte, levantado muro,
lucir los cascos, petos y celadas:
mira tambien con regocijo puro
al aire sus banderas desplegadas,
gemir vencido el árabe arrogante,
y la cristiana cruz brillar triunfante.



ROMANCE.



Niña Láura, triste y sola
el blanco pié deslizaba
por la apacible ribera
que el Bétis famoso baña.
Sobre este sereno rio,
luciente espejo de plata,
melancólica la luna
sus trémulos rayos lanza.
Aparecen á lo lejos
como estrellas solitarias,
algunas luces que brillan
en las humildes cabañas.
Reina un tan grande silencio,
una tan profunda calma,
que parece que natura
suspensa está, duerme ó calla.
Láura tambien silenciosa
mueve la insegura planta:
suelto en ondas el cabello
sirve de velo á su espalda.
Lleva una flor: distraida

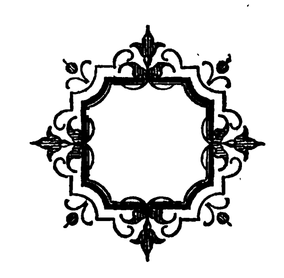
sus tiernas hojas arranca,
mientras vierte algunas tristes
lágrimas con que la baña.
No es mucho que ella deshoje
flor que otro tiempo sembrára;
que tambien sembró, y marchita
vé la flor de su esperanza.
Láura en un pastor los ojos
puso y con ellos su alma;
mas él ingrato y esquivo
huye de verla y hablarla.
Gallardo el mancebo es:
rubio cabello, tez blanca,
zagal ninguno del Bétis
en gentileza le iguala.
Afortunado en los juegos,
diestro en la música y danza,
hora duerme venturoso
en su rústica morada.
Su amante nó: dolorida
se queja al son de las aguas,
y del viento que murmura
blandamente entre las ramas.
El tallo de hojas desnudo
arroja con mano airada,
por que su amor le recuerda,
falto tambien de esperanza.
En el azul firmamento
los ojos brillantes clava,
y del pecho lastimado
así las quejas exala:

«¿Qué esperas, triste de tí,
«amante y menospreciada?
«¿Qué esperas, si yá tu dicha
«huyó como sombra vana,
«y publican tus dolores
«las lágrimas que derramas?
«¿Tanto amor, tanta ternura,
«Delio ingrato, así se paga?
«Huyes de mí presuroso,
«te ocultas á mis miradas,
«con tu enemigo, ¿qué harias,
«si esto haces con tu Láura?
«En todas partes te miro
«con los ojos de mi alma,
«ora esté en el verde prado,
«ora cruce la enramada.
«Al ruido que hace el viento
«al pasar entre las cañas,
«trémula vuelvo el semblante
«creyendo oir tus palabras.
«Presto conozco el engaño,
«crece en mi pecho la llama,
«¿amor, tanto te ofendí,
«que tan fiero me maltratas?
«Tú me heriste, tú en mis lábios
«pusiste quejas amargas,
«palidez en mis megillas,
«en mis ojos tristes lágrimas.
«Tal vez mi vida cual débil
«luz que temblando se apaga...

Dijo y calló: y un suspiro

céfiro llevó en sus alas.
Con lento paso se vuelve
por la senda solitaria,
para ocultar sus pesares
en la pajiza cabaña.

Sevilla—Noviembre—1853.



A MI AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA EDUARDA MORENO MORALES,

CUANDO PUBLICÓ SUS POESIAS.



Tiene Abril gallardas rosas,
la fuente rumor sonoro,
Granada ninfas hermosas
que pulsen el harpa de oro.

—

Tú, cual lucero que asoma,
Eduarda, amiga mia,
como cándida paloma
difundes luz y armonia.

—

Al oir en grato valle
donde brota la azucena,
do los sáuces forman calle
de frescura y sombra llena;

—

El susurro de los vientos
vagarosos y adormidos,
pienso escuchar tus acentos,
tan dulces á mis oidos.

Que cantas cual canta el ave
en la verde primavera,
himno plácido y suave
revolando en la pradera.

—

¡Ciudad de Boabdil galana,
orgullo de Andalucia,
donde es la flor más temprana
y más puro nace el dia!

—

Con tu transparente cielo,
libre de envidiosas nubes,
manto azul de terciopelo
que sostienen los querubes:

—

Con tus cármenes divinos,
y tus pardos torreones,
y tus cuentos peregrinos
de moriscas tradiciones:

—

Y tu ancha vega gloriosa,
y el Dáuro y Genil dorados,
y tu Alhambra deliciosa
con arabescos calados:

—

Y esa sierra, que es de plata,
digno adorno de tu frente,
adonde el sol se retrata
al hundirse en occidente;

—

La inspiracion infundiste
al alma de tu cantora,

el blando acento le diste
que al escucharlo enamora.

—

Sonó junto al grande rio
que con nombre ilustre brilla,
descendiendo al mar sombrio
por los campos de Sevilla.

—

Y los tiernos ruiseñores
que en las ramas anidaron,
sus trinos y ayes de amores
embebecidos callaron.

—

Contempla, amiga, tu estrella,
que hora se levanta y crece:
mira cuán serena y bella
en tu cielo resplandece.

—

Que nunca la eclipse impia
nube oscura y borrascosa;
de tu vida el fáusto dia
luzca de color de rosa.

—

De tu lira los sonidos
alhaguen los corazones,
por lánguidos y perdidos
cual lejanas ilusiones.

—

Mas....yo, que anhelára darte
los laureles de la gloria,
solo puedo consagrarte
un cantar, una memoria.

Sevilla.

Á SAFO.



Triste mi alma presurosa vuela
rápida hendiendo por el aire vano,
adonde brama el férvido occeáno
con ola turbia y funeral clamor.
Adonde el alto Léucade sombrio
al firmamento en su soberbia toca,
y siempre baten la desierta roca
el ígneo rayo, el viento asolador.

Desde su cumbre, enamorada Safo,
henchido de dolor el pecho fuerte,
impávida afrontaste dura muerte;
¡duro es tambien sin esperanza amar!
Al resplandor de solitaria luna,
que tras las nubes se levanta ahora,
miro tu sombra que su luz colora,
miro las aguas del revuelto mar.

Al estrellarse en las sonantes peñas,
tu nombre, oh Safo, con dolor murmura;
es que gime tu acerba desventura:
no la lloró Faon; fué más cruel.

¿Porqué cuando aparece inestinguible
en un pecho de amor la intensa llama,
y aromà y vida y juventud derrama,
encuentra solo desengaño y hiel?

Mi espíritu agitado busca el tuyo
entre las nieblas de la noche umbria:
hasta que asome refulgente el dia
quiero escucharte y contemplarte á tí.
Para entendernos el laud de oro
no busco, no, ni el sonoroso canto;
tus ojos anegados en el llanto
clávalos, Safo, con ternura en mí.

Comprenderé su lánguidà mirada,
admiraré su penetrante fuego,
ardiente como el cielo y el sol griego,
claro y hermoso como el mar azul.
Mi voz entonces alzará suave
melancólicos ecos desmayados,
cual los tímidos éuros perfumados
entre el sáuce y el trémulo abedul.

Hija tú de los áticos vergeles,
llena de génio y llena de armonia,
¿cómo la mano del Destino impia
tan fiera suerte para tí guardó?
Tú cual la inmensidad eras sublime,
cruzábasla con noble pensamiento:
rosa lozana, el huracan violento
tus hojas y tu tallo destrozó.

¿Pudo el desden acibarar tu vida?...
Era negro y flotante tu cabello,
bajaba en ondas por el blando cuello
á la sombra de mágico laurel.
Luz inmortal brotaba de tus ojos,
tu magnífica frente dominaba,
tu voz era una música que hablaba,
jamás tus gracias imitó el pincel.

En tí resplandecia la hermosura
como el ara en el templo resplandece,
cual la brillante aurora si aparece
entre nubes de púrpura y zafir.
Mas tus ayes sin eco se perdieron,
contra una roca se partió tu lira,
pediste un bien: el lábio que suspira
en el cielo leyó: *solo morir.*

¿Safo, Safo! Dulcísima cantora
del mal presente y el amor perdido,
Faon, dijo tu último gemido,
y cesó de latir tu corazon.
Al sepultarte en el abismo, cuando
las roncas olas sobre tí se unieron,
por la asombrada Grecia repitieron
los vientos y la mar: *Faon, Faon.*

¿Porqué engañosa la natura encubre
bajo cuerpo gentil innoble alma?
¿Porqué á la sombra de la esbelta palma
venenoso reptil suele anidar?
Yerta, insensible tumba revestida

de falsas joyas y oropel luciente
era Faon: su pecho ni su mente
nunca supieron comprender ni amar.

¡Oh! si hubieras su espíritu medido
con tu sublime espíritu, cantora,
no en el Erebo tenebroso ahora
te coronára lúgubre ciprés.
Ni tu doliente sombra lloraria
entre los sáuces de ramage triste,
la ilusion y la vida que perdiste,
la lira que sin voz yace á tus piés.

Blanca paloma consagrada á Vénus,
en el bosque de acácias olorosas
tiende las leves alas vagarosas
con blando vuelo y plácido rumor.
No hay arrullo tan tierno cual su arrullo,
ninguna canta como canta ella,
ninguna es tan amante ni tan bella,
ni ostenta su purísimo color.

Mas al volver con presuroso anhelo
al amigo ramage y dulce nido,
si desierto lo vé, lanza un gemido,
y mústia y sola se lamenta allí.
Y por sus hijos en su amarga pena
pregunta al áura: el áura no responde,
y al fin su cuello bajo el ala esconde,
y la muerte al llegar la encuentra así.

Tú eres, Safo, la cándida paloma:

libre, feliz y ufana sonreias,
lo porvenir en tu ilusion veias
fúlgido como aurora celestial.
Y al mirar que la flor de tu esperanza
desapiadada marchitó la suerte,
buscaste alivio en brazos de la muerte,
menos terrible que el desden fatal.

Los siglos yá con poderosa huella
uno tras otro rápidos pasaron,
cien ciudades en polvo se tornaron,
y tu nombre resuena por do quier:
Eterno es el dolor: tú lo cantaste:
eterna vivirás en la memoria;
regad con llanto el árbol de la gloria
y le vereis lozano florecer.

Melancólica sombra, en el oriente
la nueva aurora su esplendor envia,
alzan las aves plácida armonia,
la noche huyendo por el aire vá.
Elévate cual nube perfumada,
y cuando reine la tiniebla oscura,
ven, oh Safo, á llorar tu desventura,
mi acento con el tuyo gemirá.

Sevilla—Agosto—1856.



EL CAUTIVO.

CANCION. (1)

I.

Ciudad hermosa y grata,—riquísimo tesoro,
tu luna es blanca plata,—tu puro sol de oro,
tu transparente cielo—de espléndida belleza
se estiende como un velo—que adorna tu cabeza:
en lecho de jazmines—te aduerme murmurando
tus mágicos jardines—el Bétis retratando:
Sevilla encantadora,—floron de Andalucia,
mi corazon te adora,—tu luz es mi alegria.

¿Cuándo podran mis ojos
ansiosos contemplarte,
y latirá al mirarte
mi ardiente corazon?
Cautivo, triste, solo,
me anima esta ilusion.

(1) Música del M. Sanz.

II.

Yo exhalo mi gemido,—yo canto aquí mi pena
al lúgubre sonido—de la fatal cadena;
piadoso acaso el viento,—con ala voladora
llevando á tí mi acento,—el mal que me devora
sabrás, oh pátria mia,—eden de los amores,
mansion de la alegria,—vergel de gayas flores,
sabrás que yo cautivo,—de mil angustias lleno,
aquí llorando vivo—ausente de tu seno.

¿Cuándo podran mis ojos
ansiosos contemplarte,
y latirá al mirarte
mi ardiente corazon?
Cautivo, triste, solo,
me anima esta ilusion.

III.

Si el sol lanza su rayo—en la mitad del dia,
con trémulo desmayo—su luz es de agonia:
el ábrego furioso—las marchitadas flores
arrastra impetuoso—sin galas ni colores:
no miro aquí de nieve—la casta, pura frente,
ni veo la planta leve—que pisa dulcemente
de las mugeres bellas,—que en mi ciudad gentil
se ostentan cual estrellas—cual rosas del Abril.

¿Cuándo podré, Sevilla,
ansioso contemplarte.... &c.

DESCRIPCION DEL DILUVIO.

TRADUCIDA LIBREMENTE DE OVIDIO.

Protinus Æolis Aquilonem claudit in antris &c.

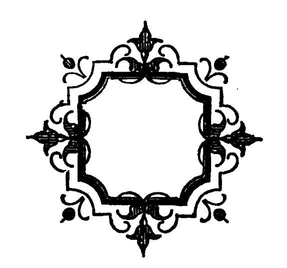
El poderoso Júpiter al punto
del dios Eolo en las profundas cuevas,
al aquilon y á los airados vientos
que disipan las nubes encarcela;
y suelta al noto, que húmedas sus alas
por el espacio al agitarlas suena.
Envuelven en redor su faz terrible
cual velo impenetrable las tinieblas,
mojan y empapan su copiosa barba
los cabellos de plata que gotean,
y pronto en su ceñuda, torva frente
las broncas tempestades se aglomeran.
Agua manan sus plumas y su pecho:
despues comprime con el ancha diestra
las negras nubes, se oye un estampido
y mil y mil torrentes se despeñan.
Con un manto de fúlgidos colores
aparece, de Juno mensagera,
la ninfa Iris en el alto cielo

y las exháustas nubes alimenta:
baja la lluvia, del fecundo campo
destroza las crecidas sementeras:
el labrador, perdidos sus afanes,
á la amargura y al dolor se entrega.
No el iracundo Júpiter su saña
depone al ver la desolada tierra;
sino que ayuda preste con sus ondas
á su hermano Neptuno manda y ruega.
Este convoca los soberbios rios:
pronto los mira en su morada inmensa,
y así les habla. «No conviene ahora
«largamente exhortaros: las barreras
«que os detienen romped: romped los diques,
«y nada vuestro ímpetu contenga»
Dijo: ellos vuelven á sus hondas grutas
y dando á sus raudales libre rienda,
los conocidos cáuces abandonan
encubriendo las fértiles riberas.
Neptuno, el mismo dios que el occeáno
con solo su mirar calma ó altera,
baja el tridente y en el suelo toca:
este al contacto estremecido tiembla
y descubre sus ricos manantiales,
que derramados cubren las modestas
rústicas chozas, los antiguos troncos,
y hasta en los templos rápidos penetran.
Si algun palacio en su cimiento firme
sufrió sin desplomarse la tormenta,
pronto despareció bajo las aguas;
tragó el abismo torres gigantescas.
Yá no distingue la agitada vista

el piélago sonante de la tierra;
todo, todo es el mar: ved aquí un hombre
refugiarse á una barca con presteza,
y manejar los remos por el sitio
donde ántes el arado condugera:
otro sobre las mieses, ó las casas
de la hundida ciudad, triste navega:
aquel echa las anclas en un prado,
y cruzan sobre verdes arboledas
algunas naves. Donde tierna grama
la cabrilla pacia, hora altanera
pone la foca su disforme cuerpo.
Admiradas, atónitas contemplan
ciudades sumergidas, templos, bosques,
y torres elevadas, las Nereidas:
y subiendo á las copas de los robles,
tocan sus agitadas cabelleras.
Nada el tigre feroz y carnicero
entre las mansas, tímidas ovejas,
á los rojos leones arrebatan
las olas encrespadas y violentas
con los tigres manchados, y no libra
al espantoso javalí su fuerza.
Ni al ciervo salvan de tan gran conflicto
su clara vista, su veloz carrera.
Yá fatigada, sin aliento el ave
un solo punto do posar no encuentra,
y plegando sus alas temblorosas
desciende al mar cual desprendida piedra.
Sin conocer el piélago algun dique
habia inundado todas sus riberas,
y yá las nuevas ondas asaltaban

de los montes las cúspides soberbias.
Al rigor de los fieros elementos
terminaron su mísera carrera
gran parte de los hombres, y si algunos
de las aguas libraron su existencia,
muy presto el hambre, el hambre asoladora
les señaló la funeraria huesa.

Sevilla—Agosto de 1853.



LA SÚPLICA.

CANCION. (1)

Huid, veloces áuras,
el prado abandonad,
y ante la bella Elvira
mi súplica llevad.
Decidla que no anhelo
mi dulce libertad;
sino en sus claros ojos
la luz del sol mirar.
Volad, áuras ligeras,
huid, huid, volad.

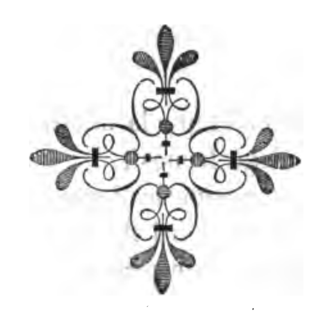
Decidla que la adoro
con ciego frenesí,
que mi pasion ardiente
conmigo tendrá fin.
Aqueste verde prado
dejad presto y partid,

(1) Música del M. Sanz.

no detengais el vuelo,
no reposeis aquí.
Huid, ligeras áuras,
volad, volad, huid.

Rogadla, sí, rogadla,
que vuelva á este lugar;
mi corazon amante
palpita inquieto yá.
Si mensageras fieles
mi doloroso afan
calmais, su dicha un triste,
su vida os deberá.
Volad, áuras ligeras,
huid, huid, volad.

Sevilla—Octubre—22—1855.



AL BÉTIS.

Rey de los otros, rio caudaloso,
. . . .
Góngora.

I.

El Bétis ved: al piélago estendido
sus raudales purísimos llevando,
el hispálico muro esclarecido
vá con murmurio plácido besando:
saliendo alegres del dichoso nido
salúdanle las aves gorgeando,
mientras que por gozar de la ribera
suspende y pára su triunfal carrera.

II.

Gentil corona el álamo le ofrece,
sus aguas riza cariñoso el viento,
en su espalda, si blando se adormece,
refleja el vivo azul del firmamento:

nunca su márgen fértil estremece
la ronca voz del huracan violento,
ni aprisionan su curso regalado
las crudas nieves del invierno helado.

III.

Allí su trono de lozanas flores
sonriendo fijó la primavera,
seguida del placer y los amores,
de tierno gozo y de amistad sincera:
el nuevo sol con fúlgidos colores
brilla en el monte, el valle y la prader
y aparece bellísima la aurora
dejando el lecho de la mar sonora.

IV.

Y al espirar el moribundo dia
la noche ostenta el estrellado velo,
favonio duerme en la arboleda umbria,
duerme tambien en paz el ancho suelo:
la luna empieza desmayada y fria
su carrera fantástica en el cielo,
y de pálida luz, de luz serena,
los campos baña y el espacio llena.

V.

Mas tú, gran Bétis, poderoso rio,
no al claro sol, ni á la risueña aurora,
que derrama balsámico rocio

cuando las nubes al nacer colora,
ni á la fecunda mies con que el estio
tu corva márgen pródigo decora,
el nombre debes y esplendor brillante
del ráudo vuelo de la edad triunfante.

VI.

Que al aire vagaroso desplegados
pendones mil en tus campiñas viste,
miraste los guerreros denodados
y de sus trompas el clamor oiste:
sangrientas armas, cuerpos destrozados
al mar entre tus ondas condujiste,
cuando el fragor de bélica porfia
el ossetano monte estremecia.

VII.

Tambien miraste en éxtasis profundo
el águila romana darse al viento,
y entre sus garras sugetando el mundo
cruzar altiva el vasto firmamento:
de Cartago el ejército iracundo
cubrir, de triunfos y poder sediento,
cual desbordado piélago la tierra,
que retumbaba ronca al son de guerra.

VIII.

Tú arrullaste con mágico ruido
los sueños infantiles de Adriano,

y el techo retrataste embebecido
que sombreó la cuna de Trajano:
tú combatiste el torreon erguido,
los muros firmes que labró el romano,
y hoy del tiempo voraz tristes despojos
fijos contemplan con dolor mis ojos.

IX.

Los potros ligerísimos y ardientes
que en los llanos del África nacieron,
de tus sagradas, plácidas corrientes,
las puras aguas en su sed bebieron:
Tarif, Caleb, intrépidos, valientes,
cerca de tí su triunfo consiguieron;
mientras tú, roncamente murmurando,
la derrota del godo ibas llorando.

X.

Con mezquitas y célicos vergeles
adornados de plantas tropicales,
do crecian las rosas y claveles
al soplo de las áuras matinales,
con sáuces, con acácias y laureles,
con soberbios alcázares reales,
tus campiñas los árabes cubrieron:
Guadalquivir por nombre te pusieron.

XI.

¡Guadalquivir! ¡Guadalquivir! ¡Gran rio!

¿porqué al oirme, trémulo te agitas,
lanzas un *¡ay!* que turba el pecho mio,
y férvido tus ondas precipitas?
¿Tanto la pompa, el fáusto, el poderio,
del árabe opulento necesitas,
que al recordarlos en mi canto ardiente,
gimes y escondes en el mar tu frente?

XII.

¡Ah! yo tambien al contemplar su gloria
que del tiempo á través brilla radiante,
una lágrima doy á la memoria
de ese vencido, colosal gigante;
que el pueblo aquel que celebró la historia
valiente, audaz, magnífico y triunfante,
aun postrado en el polvo nos admira,
y hondo respeto al corazon inspira..

XIII.

Mas la voz del Destino obedeciendo
fueron los siglos rápidos pasando,
y entre el clamor y belicoso estruendo
viste llegar al ínclito Fernando:
de sus naves el ímpetu tremendo
tu puente quebrantar, y desplegando
sus guerreros la enseña de Castilla,
batir los muros de la infiel Sevilla.

XIV.

Y al difundir el sol desde el oriente
su nueva luz y puros resplandores,

al ensayar las aves blandamente
sus acordados cánticos de amores,
cercado en torno de guerrera gente,
al son de los clarines y atambores,
viste á Axataf, al rey vencido moro,
de Sevilla rendir las llaves de oro.

XV.

La cruz oscureció á la media luna,
cayó postrado el árabe altanero,
y el astro se eclipsó de su fortuna
ante el brillo inmortal del sol ibero;
así cuando en la noche luce alguna
tímida estrella, ó pálido lucero,
se esconde y pierde entre la niebla fria
al difundir su lumbre el claro dia.

XVI.

De entonces, Bétis, por tu orilla amena
do el nardo crece con la blanca rosa,
y el áura melancólica resuena
en la espesura de la selva umbrosa,
no se escuchó la dulce cantilena,
no se escuchó la plática amorosa
de damas y gallardos musulmanes,
si en lid valientes, en la paz galanes.

XVII.

Oyóse solo el grito del vigia
sobre las fuertes torres almenadas,
de las guerreras trompas la armonia,

el crugir de las armas aceradas,
del pueblo triunfador la voceria
sonar como las ondas encrespadas
del mar azul, cuando con rabia suma
bate el escollo y cúbrelo de espuma.

XVIII.

Hasta que el tiempo en su veloz carrera
trajo otra edad: edad más venturosa,
en que la lira del sublime Herrera
detuvo tu corriente impetuosa:
edad en que llenando la ancha esfera
de tus hijos la fama victoriosa,
ufano y poderoso te mostrabas
y tu cabeza con orgullo alzabas.

XIX.

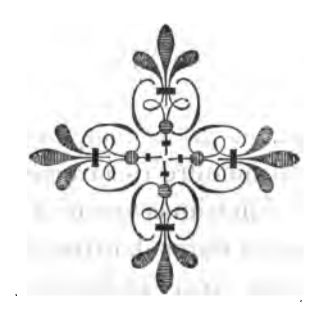
Y otros cien en tus márgenes cantaron
y tu glorioso nombre esclarecieron,
sus acentos dulcísimos sonaron
y á los fugaces éuros detuvieron:
los árboles sus copas inclinaron,
las aves en la selva enmudecieron,
tú suspendiste el murmurar sonoro
á los acordes de sus plectros de oro.

XX.

Bétis, desliza hacia la mar ondosa
tu sosegada, límpida corriente,

con el laurel de tu ribera hermosa
adorna y ciñe en derredor tu frente:
un áura eterna, dulce y vagarosa,
blanda agite tu linfa transparente,
y dure á par de tí, sagrado rio,
publicando tu gloria el verso mio.

Sevilla—Octubre—22—1855.



Á LA MUERTE DE QUINTANA,

POETA.



El polvo há vuelto al polvo; mas al cielo
radiante y libre se elevó su alma.
Yo le canté cuando el laurel sagrado
su venerable frente sombreaba:
le canto ahora que envidiosa muerte
lo envuelve y cubre con tiniebla opaca;
ofrenda justa á su virtud debida,
y que su génio espléndido reclama.
¡Anciano! tu deber sobre la tierra
cumpliste yá: la libertad, la pátria,
el saber, el honor, tu exelso númen
con entusiasmo universal aclaman.
Cumpliste tu deber: luego, espiraste;
así á la voz de plácida mañana
despierta el sol y su brillante carro
sobre las nubes de la noche lanza:
un piélago de lumbre son los vientos,
y al himno celestial de la alborada
sube triunfante en magestad vestido

al trono del zenit: su viva llama
fecunda el orbe, y descendiendo grave
el monte dobla y su fulgor acaba.

¡Oh, cuán dulce es morir, si sobre el lecho
la gloria tiende rutilantes alas!
Si en torno suenan en concierto amigo
bendiciones sin fin, tiernas plegárias!
Otros coronen de ciprés sus sienes,
sus liras ornen con adelfa amarga;
yo no te lloraré. ¿Ni cómo el llanto
al mirarte dichoso derramára.....?

Más allá de los límites del mundo
un alcázar sublime se levanta,
donde se encumbran al dejar la tierra
los vates dignos de pulsar el arpa.
Allí es eterna la diurna antorcha,
allí es eterno el suspirar del áura,
siempre feliz la primavera rie,
y el fruto encorva la fecunda rama.
Ecos armoniosos y perdidos
bajo techumbres ponderosas vagan,
gratos perfumes el ambiente lleva,
que mientras más se aspiran, más encantan:
no existen horas que la vida cuenten,
y en él su regio trono alzó la Fama.
Es la Fama un espíritu divino,
un ángel inmortal, un ser que abarca
con vuelo infatigable el universo,
y el generoso corazon inflama.
Ante él la sombra de la noche es dia,

las densas nieblas de los siglos rasga,
oye el suspiro de la tierna vírgen,
oye el clamor de funeral batalla;
cántalos luego con sonora trompa
y á la futura edad suspende y pasma.
Ensalzará este espíritu el ilustre
nombre tuyo, Poeta: en las nevadas
áridas cumbres de polares montes,
en el índico mar, en la abrasada
pátria del africano, donde alcancen
los ecos de la lengua castellana,
por siempre sonará; ¡siempre un recuerdo
á la virtud la humanidad consagra!

Alta es la gloria del sublime Dante,
del grande Herrera y Mílton y Petrarca,
de Píndaro y Maron y el padre Homero,
¡entre ellos brillas tú, noble Quintana!
¡Ah! no pongais en su sepulcro flores,
no en el mármol grabeis sus alabanzas;
sobre su tumba el álamo robusto
mueva las hojas de luciente plata:
su mismo nombre su alabanza sea;
¿qué podreis añadir?.... Su nombre basta.

Hermosura gentil de rosa y nieve,
valor insigne que al tirano espanta,
invenciones benéficas al hombre,
armonias que el ánimo arrebatan,
prodigios de natura.... enagenado
¿quién hora os pintará? Yace callada
su voz, su yerto pecho no respira,

vencedora la edad heló su llama.
Suyo era el cetro del Parnaso ibero,
¿quién hoy lo empuñará con diestra osada?
¡Jóvenes vates! cuando en otros dias
en la olímpica arena se lanzaba
al suspirado premio el ráudo atleta,
llevaba fija en él tenaz mirada,
sudor ardiente en los nerviosos miembros,
comprimido el aliento en la garganta:
anhelante, brioso, en pos del triunfo
cual huracan indómito volaba,
y tocando en el término, ceñia
de firme encina la silvestre rama.
¿Os detendreis vosotros? ¿Por ventura
asuntos dignos á la lira faltan....?

¡Oh Dios! ¡oh cielo! ¡oh mundos del espacio!
Vuestras grandezas desplegad: el alma
absorta, muda, arrebatada os mire,
y á regiones de luz tienda sus alas.
La inmensidad nos sigue y nos rodea,
la belleza do quier muestra sus gracias.
Hirviendo el mar al combatir la roca,
Dios, Dios, retumba la desierta playa,
y el mismo nombre trémulo murmura
débil insecto entre la humilde grama.
Los cielos ván girando silenciosos,
el hombre busca en ellos su morada;
que siempre por oculto movimiento
alza los ojos y en su azul los clava.
Esta creencia universal, eterna,
¿será tal vez quimérica esperanza?

Desde la cuna á la forzosa tumba
el agitado corazon la alhaga;
¡si incierta fuera, con afan perenne,
con frenético amor no la abrazára!
Y esos mil orbes que los aires pueblan,
quizá hollados serán de humanas plantas,
de hermanos nuestros que apartados viven
tambien gimiendo por su antigua pátria.
¡Oh creacion! unánime concierto
do todo nace de la misma llama,
y todo existe y envegece y muere,
¡y al mismo fin y término se lanza!
Si bellezas buscais, mirad en torno.
Es la noche: la brisa regalada
dejando el cáliz de las flores vuela
leve y sutil y rica de fragancia:
del sáuce bajo el lánguido ramage
duerme la ola cristalina y blanda,
y cerca al lago la ribera verde,
y sueña el pescador en su cabaña.
De ella una vírgen dolorida sale
sueltas las trenzas por la airosa espalda:
sencilla cruz allí sus brazos tiende
sobre peñas y conchas hacinadas:
la vírgen llora y póstrase abatida
suspirando una mística plegária.
La luna en tanto desde el alto sólio
con tibia claridad su frente baña.
Ó de la aurora las suaves tintas,
ó de la tarde la tristeza vaga,
ó la naciente primavera dulce,
ó del otoño las marchitas galas,

jóvenes vates, contemplad: la mente
busque de la verdad la lumbre clara:
seguid la senda que á la gloria lleva,
no degradeis la inspiracion sagrada,
y el que descuelle como cedro erguido
pulse la lira que pulsó Quintana.

Sevilla.



LA FUENTE.

Al pié de alzada colina
Corres tú, fuente serena;
No tu linfa cristalina
Vá sobre estéril arena.

Sino sobre juncia verde,
Sobre laurel y espadañas,
Y serpeando se pierde
Entre las flexibles cañas.

Eres argentada cinta
Enmedio el florido suelo,
O breve espejo que pinta
El vário color del cielo.

Con sus nubes vaporosas
Que pasan sin dejar huellas,
Y en las noches silenciosas
Con su luna y sus estrellas.

Me vé á tu márgen, oh fuente,
La tarde cuando declina;

Tiene entonces tu corriente
Blanda música divina.

Voz leve, lánguida y vaga,
Cual un recuerdo querido,
Que despertándose alhaga
El corazon dolorido.

Yo la escucho y me adormece;
Pienso que mi amiga es ella,
Que conmigo se entristece
Y conmigo se querella.

Ayer absorto gozaba
Su desmayada armonia,
La onda sonora pasaba
Y otra nueva la seguia.

Allá lejos las espera
El piélago, que es su muerte:
¡Fuente pura! en tu carrera
¡Quién lográra detenerte!

¡Quién tus raudales lográra
Adormir entre las flores,
Y que siempre te alhagára
La voz de los ruiseñores!

¡Que siempre te dieran sombra
Los árboles encorvados,
Las frescas yerbas alfombra,
Y el sol reflejos dorados!

Mas por oculto camino
Sigues tu huella escondida....
Yo tambien soy peregrino
En el valle de la vida.

Hoy vengo á tí, fuente bella,
Y yá siento tus rumores,
Que sale á escuchar la estrella,
La estrella de los amores.

Desmáyase el rey del dia
Y la luz se desvanece,
La noche avanza sombria,
Y yá se estiende y yá crece.

Vengo á tí porque mi alma
Busca en tí paz y consuelo,
Cual busca gigante palma
Otra atmósfera en el cielo.

Un espíritu ignorado
Hay en las selvas: él gira
Con el viento desatado,
Y yá canta, yá suspira.

Entre las aguas murmura
Tonos dulces y suaves,
Se querella en la espesura,
Trina cual trinan las aves:

Besa la espiga encorvada,
Alhaga el agreste pino,

Orna la flor delicada
Con esmalte purpurino:

Difunde do quier la vida,
En el césped se recrea,
Duerme en la gruta escondida
Y en el sáuce juguetea.

El espíritu armonioso
De aqueste bosque sombrio,
Ese génio misterioso,
Grato al pensamiento mio;

¿Sabes, fuente pura, dónde
Replega el ala dorada?
¿En qué apartamiento esconde
Solitario su morada?

Es en la peña musgosa
Donde brotas en raudales,
Es en tu corriente hermosa,
En tus húmedos corales.

Y dá verdes siempre vivas
A ese tu márgen ameno,
Brillo á tus ondas esquivas,
Fecundidad á tu seno.

Él te ama y yo te amo.
Te busco solo y doliente;
Si una lágrima derramo,
Acógela, dulce fuente.

¡Una lágrima! Serena
Temple el sufrimiento mio;
¿Qué sería la azucena
Sin el matinal rocio?

¡Oh! no en mis ojos hay llanto,
Aunque hay dolor en mi alma:
Sigues tú fluyendo en tanto,
Siguen tus ondas en calma.

Que dejas la humilde cuna
Y corres al mar hirviente:
Así dejé mi fortuna,
Tú eres mi retrato, fuente.

Suspende tu paso, espera;
No imites la humana vida,
Que al sepulcro vá ligera
Y allí queda confundida.

Mas por oculto camino
Avanzas con leve huella.....
Yo tambien soy peregrino.....
Como tu estrella es mi estrella.

Sevilla—9—Diciembre de 1857.



A LAURA.

EPÍSTOLA.

La fé, la religion, bálsamo suave
que vierte en el espíritu consue'o.
ESPRONCEDA.

Tú, casta niña, á quien natura bella
formó para admirar al torpe suelo,
á quien dieron los cisnes su blancura
y su aliento las áuras, si tus ojos
que con lumbre inmortal serenos brillan
en torno vuelves, no verás ¡ay triste!
cumplido el sueño que alhagó tu mente.
No es la tierra un Eden: la triple reja
y el negro velo de la pura vírgen
consagrada al altar, á un tiempo mismo
su pensamiento elevan y lo apartan
de la amarga verdad: siempre en el cláustro
donde entre nubes de aromoso incienso
suben envueltas las humildes preces
al trono de Jehová, miras absorta
subir el sol por la celeste cumbre,
tender la noche su callado manto,
miras lucir la solitaria luna,

y el soplo sientes del favonio leve
que juega con tus trémulos cabellos.
Tal vez un vago, indefinible impulso
te incita á abandonar ese retiro
para gozar mejor tantas bellezas.

No lo abandones, no; la reja misma
al rechinar sobre sus duros gonces,
te dará un triste *adios*, y tu ventura
huirá cual humo que disipa airado
el ábrego, terror del mar inmenso.
Sobre tu rostro, espejo de tu alma
cándida como espíritu celeste,
imprimirá el dolor profundas huellas,
tu labio animará yerta sonrisa
y alguna vez exhalará un suspiro.
El ángel bello que sus blancas alas
estiende sobre tí, su faz volviendo
turbada de dolor al cláustro santo,
lágrimas verterá por tu desdicha.
Sí; que es el mundo engañador escollo
donde tanta virtud llega y perece:
él cubre astuto de lozanas flores
la infáusta senda que á morir conduce.
Si alguna vez felicidad le brinda
al alma jóven de placer sedienta,
pronto le obliga del amargo cáliz
del pesar á beber: ¡ay! cuán terrible!
¡Ay, cuánta vírgen al buscarlo ciega
cubierta se miró de acerbo luto,
con lágrimas de sangre! De tu amiga
recuerda el infortunio, y un suspiro,

dulce Láura, consagra á su memoria.

Ella, nacida en opulenta cuna,
de una belleza angelical dotada,
creció cual rosa, del pensil orgullo,
que el sol colora y acaricia el viento.
Ella elevó las inocentes manos
ante el sagrado altar: su voz suave,
se oyó en el templo, y como tú vivia
en modesto retiro, en paz dichosa.
Mas ¡ay! su pensamiento en ráudo giro
volaba sin cesar, y un nuevo mundo,
mundo risueño de placeres lleno,
presentó ante sus ojos: ¡cuán sencilla
lanzóse á él felicidad buscando!
¡cuánto dolor halló!.... Faláz promesa
de amor eterno, de inmortal ventura,
pudo llevarla al espantoso borde
de un abismo sin fin, donde abatida,
víctima fué del desengaño impio.

Nó de otra suerte el avecilla incáuta
sale del nido por la vez primera,
y con trémulas alas dividiendo
el aire vá fugaz, dirige alegre
su ráudo vuelo al prado humedecido
que brilla con la luz, de rama en rama
ligera salta de sencillo gozo
latiendo el corazon, y su ventura
celebra en melodioso, acorde canto.
Hasta que envuelta en las ocultas redes
lanza un gemido, la postrer mirada

dirige al árbol que le dió su sombra,
y al contemplar su mísera fortuna,
calla, sus alas plega y luego espira.

¡Ángel caido! ¡Desgraciada jóven!
Duerme, reposa en paz: lúgubres sáuces
circundan tu sepulcro: una corona
le adorna de modesta siempreviva:
báñale el llanto, y de la tarde el viento
suena con melancólico gemido
al agitar sus árboles. Parece
que una triste oracion vá murmurando.
¡Ay, que cifraba en su ilusion su vida,
y al morir su ilusion, ella espiraba!

Tú, Láura, cual la púdica azucena
que dá su olor en solitario valle,
vive feliz en tu ignorado albergue
y no la suerte de tu amiga olvidés:
jamás tu pensamiento el sacro muro
pase de tu morada: yo entretanto,
que el bálsamo de paz vierta en tu pecho
pido al Señor del cielo y de la tierra.

Sevilla—Mayo—1853.



Á MIS AMIGAS

LAS SEÑORITAS DOÑA PILAR Y DOÑA ANTONIA DIAZ,

EN LA IMPREVISTA MUERTE DE SU MADRE.

ELEGIA.

¡Oh! sí, llorad: de los nublados ojos
Lágrimas broten cual la hiel amargas,
No comprimais los lastimeros ayes
Que á vuestros lábios pálidos acuden,
Ni la santa plegária fervorosa,
Hija del corazon, huésped del cielo.
¡Huérfanas! horas hay en nuestra vida,
Que dejan al pasar con dura planta,
Surcos precoces en la faz doliente,
En el alma dolor, y hondos recuerdos
De perdida ventura en la memoria.
Vosotras lo sabeis: el aire oscuro
Iba cruzando la menguante luna
Velada y encubierta en triste niebla,
Cual si huyese su luz á tal quebranto:
Silvaba el viento, y los cerrados vidrios
La monótona lluvia combatia:
Y era el instante en que su beso leve

Sobre los graves párpados dá el sueño,
Y gira lento y vaporoso y mudo
En torno de los míseros mortales.
Súbito hiere vuestro inquieto oido,
Cual si saliese de olvidada tumba,
Un *ay* supremo, y al fulgor dudoso
De moribunda y vacilante llama,
De la que el ser os diera el rostro dulce
Mirásteis animarse: estraño fuego
Sus ojos dilatar con cerco horrible
En las redondas órbitas clavados,
Su pecho alzarse y deprimirse ronco
En desigual intérvalo, cual suele
El piélago espantoso amenazante,
Si ruda lid al marinero anuncia.
Su palabra escuchásteis fatigosa,
Vísteis bañarse de sudor su cuerpo,
Alzar al cielo rígidos los brazos,
Luego espirar cuando espiró la noche.
¡Noche terrible! noche de agonia,
Que siempre acuerda el ánimo afligido!

Pálida despuntó la nueva aurora,
Sonó la voz del bronce consagrado,
Y yo al oir los ecos de la muerte,
De la víctima el nombre preguntaba.
¡Cómo ese nombre, ay Dios, hirió mi pecho!
Sorprendido, agitado, por do quiera
Los ojos anhelantes revolvia
De la tremenda realidad dudando.
Mas otra vez el lúgubre tañido
Habló á mi corazon: rápida entonces

Voló mi planta, y contemplé con pena
Aquella frente lánguida y tranquila
Reflejando las luces funerarias,
Sus párpados cerrados para siempre
Al rayo celestial del sol hermoso,
Muda la dulce voz, y helado el seno
Donde albergaba el maternal cariño.

En tanto, amigas, el dolor profundo
Con saña inexorable os oprimia.
En aposento retirado y triste
Le dábais rienda, y sin contar las horas
Que yá pasaron, sin alzar el velo
Que lo futuro nebuloso cubre,
Solas allí con la verdad presente,
Mirábais la verdad: ¡y era terrible!
Quien vió eclipsarse su mejor estrella,
Quién vió desvanecerse su esperanza,
Os acompañe en tan acerbo luto
Con las vuestras sus lágrimas juntando.

Mas hora vienen á la mente mia
De mi niñez las plácidas creencias.
En la infantil edad, natura grata
Me hablaba con acento más suave;
No tan solo ¡ay de mí! vano murmullo
Daba al vergel la bullidora fuente,
Al campo daba el cristalino arroyo;
Ellos me amaban, me adormian ellos,
Y en su lenguage misterioso y vago
Palabras me decian de ternura.
El avecilla entre las altas nubes

Se ocultaba fugaz: yo mensagera
Desde la tierra al cielo la creia:
Para el cielo tambien ricos aromas
Las florestas y bosques exhalaban;
Y si un lucero el azulado espacio
Ráudo cruzaba con lumbrosa estela,
Era á mis ojos la oracion del justo
Volando al sólio de la eterna vida.
Estas creencias me infundió mi madre.
¡Hermoso como el sol en el oriente,
Es de una madre el corazon sencillo!
Si una sagrada religion augusta
Con vívido esplendor no me alumbrára,
A la primera que llevó ese nombre
En mi puro entusiasmo adoraria.
Jóven hoy, ¿con sonrisa mofadora
La fé del niño hé de mirar? ¡Oh! nunca,
Todo en la tierra se dirige al cielo,
Lo que es mortal á lo inmortal se lanza,
Y está lo porvenir en lo infinito.

Ver me parece los dichosos valles
Del reino de Sion, donde su brazo
Jamás levanta la amarilla muerte,
Ni el tiempo existe: la sombria duda
No puede desplegar su velo oscuro,
Y siempre con raudal inagotable
Fluyendo están clarísimos los rios
Del ser y del saber: la vida y ciencia
Beben los justos en sus limpias aguas....
Y vuestra madre como acácia airosa,
Que yá pasado el huracan violento

Y el rayo impio y tormentosa lluvia,
Álzase leve con flexible tronco,
Y la sonante copa gallardea
Vertiendo en torno perlas cristalinas,
Erguirse miro allí con tersa frente,
Y derramar del plácido consuelo
El ansiado, dulcísimo rocio.

¿La divisais?... vestida está de lumbre,
Y «*no mi ausencia lamenteis*» os dice.

Sevilla.



Á UNA JÓVEN.

Blandamente se desliza
el arroyo murmurando,
y el valle ameno regando
con sus ondas de cristal.
El sol en él se refleja
rico de luz y colores,
en él retratan las flores
su belleza virginal.

—

De leve arena es su lecho,
grato céfiro le alhaga,
su música triste y vaga
cerca entona el ruiseñor.
Y sus aguas fugitivas
altos árboles sombrean,
los céspedes le rodean,
todo allí respira amor.

—

Yá sereno y manso corre
por el valle silencioso,
yá entre guijas presuroso
tuerce su limpio raudal.

Y sin temor de que nunca
se oscurezca su corriente,
vá dejando lentamente
en pos de sí el manantial.

—

Mas si torva, densa nube
cubre el sol en la ancha esfera,
y batiendo el ala fiera
silva ronco el aquilon;
Si el granizo en fuerte lluvia
furioso el ramage azota,
y baja la peña rota
del rayo al tremendo son;

—

Entúrbiase el onda clara,
cesa el murmurio suave,
el tierno canto del ave
apaga la tempestad:
Falta la luz de repente,
faltan los bellos colores,
y los árboles y flores
lleva airado el vendabal.

—

¡Ah! tu vida, dulce jóven,
corra cual puro arroyuelo,
para tí muéstrese el cielo
de púrpura y de zafir.
El céfiro te dé aromas,
espléndida lumbre el dia,
los pájaros su armonia,
sus galas el verde abril.

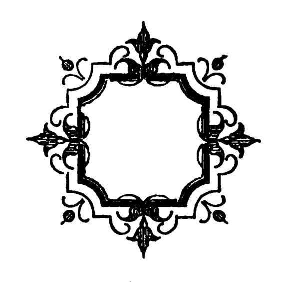
—

Y erguida la casta frente,
y libre de afan tu alma,
goces de ventura y calma,
goces ensueños de paz.
Así pasa la existencia
más apacible y suave,
que cruza veloz la nave
por el sosegado mar.

—

Mas nunca el sol de tu dicha
eclipse nube envidiosa,
nunca deshoje la rosa
con su aliento el huracan.
Nunca lágrimas amargas
viertan ¡ay! tus negros ojos,
ni lancen tus lábios rojos
un suspiro de pesar.

Madrid—5—Noviembre—1854.



LA SOLEDAD.



¡Ah! no estingais en nosotros estas vivas ilusiones: dejadnos nuestros sueños, aun los más sombrios; porque nos son màs agradables que nuestra existencia actual: nos hacen volver á aquella edad en que el rio de la vida reflejaba aún en sus puras ondas el hermoso azul del cielo.
Juan Pablo Ritcher.—El Sueño —

El corazon henchido de tristeza,
por tí suspira, soledad callada,
bálsamo dulce que del llanto acerbo
seca la fuente y los dolores calma:
¡feliz aquel que en tu regazo amigo
sueños forjó de dicha y de esperanza!

Hay en la márgen del undoso Bétis
un lugar ignorado: verde grama
allí cubre la tierra, grata sombra
le dan el sáuce y la fragante acácia.
El confuso murmullo de las olas
que unas tras otras rápidas se lanzan
hasta llegar al piélago do mueren,
imágen triste de la vida humana,
los cánticos suavísimos del ave
que revolando vá de rama en rama,
y el céfiro que lleno de perfumes

agita leve las veloces alas,
conviértenlo en Eden, donde suspira
y brota llanto de placer el alma.

Yo solo, melancólico, dirijo
mis pasos hacia él; que arrebatada
de entusiasmo mi mente y alto fuego,
necesita volar, ver las pasadas
generaciones, de la gran natura
los portentos sublimes, y exaltada
cantar con voz que los espacios llene,
cuanto ilumina el sol y el mar abarca.

Al difundir el astro de la noche
sus resplandores trémulos de plata
sobre el mundo que duerme, ¡cuántas sombras
de los hondos sepulcros se levantan!
Yo entonces conmovido las contemplo
con los ojos clarísimos del alma,
¡las miro, sí, pasar unas tras otras,
cual del tiempo á la voz los siglos pasan!
Ved á Pelayo: en su divino rostro
resplandece la fé, la ardiente espada
brilla en su diestra, y su mirar de fuego
de África enciende las desiertas playas.
Mas ¿porqué, sombra augusta, abandonando
del suelo astur las ásperas montañas
donde en silencio eterno y en reposo
gozas el sueño de la tumba helada,
vienes á contemplar del sacro Bétis
la márgen fértil y las ondas claras?
¿Acaso los recuerdos te lastiman

de la sangrienta, la fatal jornada,
en que cayó el imperio de los godos
y triunfó la bandera mahometana?
¡Oh, sí! que aun suenan por el aire vano
tristes lamentos, fúnebres plegárias:
el eco sordamente los repite
cual los rumores de la mar lejana.
El casto Alfonso, el virtuoso y noble
Fernando, honor de su naciente pátria,
don Pedro de Castilla, cuyo pecho
aun brota sangre de la abierta llaga,
la inmortal Isabel de claro nombre,
página ilustre de la ilustre España,
y otras augustas, venerables sombras,
lentas, severas, en silencio pasan,
y se disipan como leve niebla
ante el rayo del sol en la mañana.

¡Qué gratos pensamientos á la mente
inspiras, soledad! ¡Cómo la llama
del entusiasmo acreces! Yo en tu seno
en medio de la noche oir pensaba
del hombre justo que tranquilo muere
el último suspiro y la plegária,
el llanto triste de la casta esposa
que el yerto cuerpo del esposo baña,
el beso dado del amor en prenda
en el silencio de la noche grata,
y los tiernos cantares de la vírgen
que por primera vez amor inflama.
Amor, el universo te obedece:
cuanto existe respeta tu ley santa:

ama el leon en la desierta arena,
y el pez del mar en las sonantes aguas.
.........¿Y tú, mi corazon, tú no palpitas?
¿No sientes del amor la intensa llama?
¿En vano, en vano por mis venas corre
la sangre hirviendo como ardiente lava?
No: yo la vi suspenso, enagenado,
un ángel era, la adoró mi alma.
Sus ojos son dos lámparas brillantes,
sus megillas las tiñe viva grana,
su frente es del color con que en la noche
resplandece la luna solitaria,
su talle envidia la gentil palmera,
su pecho habita la virtud sagrada....
.......Este ángel de pureza que mi mente
á un cielo de ilusiones arrebata,
este ser misterioso cuya imágen
do quiera con placer miro grabada,
es la hermosa.....mas cesa, lira mia,
no dés, no dés á las ligeras áuras
su dulcísimo nombre: ellas acaso
publicándolo fuesen: mi esperanza
tal vez entonces ¡triste! moriría
cual flor antes de tiempo deshojada.

Sevilla.

Á MI BLANDA AMIGA.

Yo tengo una compañera
en mis horas de ventura,
en mis horas de amargura,
en invierno y primavera.

—

Vivo de temor ageno;
que es cariñosa y constante:
cuando la busqué anhelante,
jamás me negó su seno.

—

Es verdad que cual la palma
no cimbra su talle leve,
ni ostenta cuello de nieve,
ni ojos pue roban el alma.

—

Ni finos, rubios cabellos
que al contemplarlos la aurora,
su clara luz descolora
porque se avergüenza de ellos.

—

Ni tiene acento suave,
ni vaga por los vergeles

entre nardos y claveles,
como el céfiro y el ave.

—

Ni con melindres me aqueja
porque me há de mantener;
mas..... no vayais á creer
que es alguna horrible vieja.

—

Esta compañera mia
ni es pedestre, ni anda en coche:
con ella me vé la noche,
con ella me encuentra el dia.

—

Es tan discreta y callada,
cual hembra no hubo ninguna:
ni pidiendo me importuna,
ni jamás me há dado nada.

—

Yo le cuento mis apuros,
mis alegrias y afanes,
y le consulto mis planes
para los tiempos futuros.

—

A veces muy adornada
la tengo con gasa leve,
con paños de blanca nieve
de bella labor calada.

—

Otras, sufre mi descuido
envuelta en tela ordinaria,
descompuesta, estrafalaria,
con manto viejo y raido.

Si el ábrego airado zumba
allá por el alto cielo,
y atemorizando al suelo
el ronco trueno retumba;

—

Me cubro con mi capote
y el sombrero de ancha ala,
y más veloz que una bala
buscándola corro al trote.

—

Y es mi amor tan singular,
es tan profundo y tan fuerte,
que cuando venga la muerte
con ella me há de encontrar.

—

Niño, en mis puros albores
dulce calma me brindaba:
jóven, con ella soñaba,
y aun sueño ardientes amores.

—

Y cuando la diestra impia
del tiempo surque mi frente,
si la ancianidad doliente
enerva la fuerza mia;

—

Grato bálsamo á mis males
dará, y alivio y consuelo,
como el rocio del cielo
sobre vastos arenales.

—

Si nó, que lo diga ella;
porque á fé que está presente,

mientras sigue ráudamente
mi pluma su negra huella.

—

Y prueba su discrecion
el no haberme preguntado,
si nuestro afecto ignorado
vá á salir á colacion;

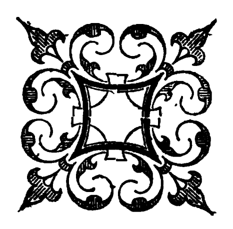
—

Ó si rompo estos renglones,
que deben por lo perversos,
en vez de llamarse versos,
dormir bajo los borrones.

—

Mas, si la amiga á quien ama
mi pécho, saber quereis,
yo os lo diré, y lo sabreis:
esta amiguita.....es mi cama.

Sevilla—Enero—2—1857.



EN LAS BODAS
DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES RODRIGUEZ ZAPATA
CON DON FRANCISCO ATANASIO ANTILLANO.

EPITALAMIO.

Yá de los cielos descender te miro,
oh primavera, sonrosada y bella,
rica de aromas y de libres vientos,
llena de gracias.

Viénes ligera adonde el claro Bétis
lleva sus aguas á los anchos mares,
¿qué buscas hora con inquietos ojos,
ángel querido?

Huéllan tus piés las vaporosas nubes,
brilla en tu diestra sin igual guirnalda,
fórmanla mirtos y violetas tiernas,
flores de amantes.

¿Qué sienes puras se verán ceñidas?
¿Quién lucirá tan peregrinas galas?
¿Cuál es la hermosa que en tu ráudo vuelo
mira su gloria?

¡Ah! si candor, si virginal belleza,
dones que en tí resplandecer admiro,
láuro merecen, para tí es el premio,
casta Dolores.

Sí, te contempla: de sus leves alas
oigo el rumor que se difunde grato,
yá te corona y con su voz suave
nombra á tu esposo.

Él se adelanta de placer henchido,
tú su agitado corazon enciendes;
es tu palabra cual la miel hiblea
dulce y sabrosa.

Crezca por siempre tan amante llama,
dándole aliento la virtud divina;
tal, fecundados por el sol de mayo,
crecen los lirios.

Plácidas huyan vuestras horas breves,
corran serenas vuestras vidas juntas:
limpios arroyos que á la mar unidos
ván entre rosas.



A LA INAUGURACION

DE LA IGLESIA DE S. FRANCISCO EN AYAMONTE,

RESTAURADA EN 1857.

SONETO.

Ved el sagrado templo que yacia
cubierto con la sombra del olvido,
desierta el ara, el muro derruido
al soplo infáusto de discordia impia.
En él la religion triste yacia
Clamando con acento dolorido:
«¿Á dó la fé y el entusiasmo han ido
Que se albergaban en la España un dia?"
Oye el pueblo su voz y se enardece,
Brilla de la piedad la llama pura,
Álzase el templo y la virtud florece.
Así suele tal vez de noche oscura
Una estrella rasgar el negro velo,
Y luego de fulgor vestirse el cielo.

Sevilla.—Julio 23—1857.

EL PRESAGIO.

CANCION. (1)

Un relámpago fúlgido el viento
con su cárdena luz encendió:
yo mi vista elevé al firmamento
y mi alma agitada tembló.

Bajó un rayo sonante, encendido,
ronco grito lanzó el huracan,
y quedó de mi huerto florido
leve polvo, ceniza no más.

Muerta, oh madre, mi tórtola hermosa
en su nido aun caliente miré,
era blanca, sencilla, amorosa.....
y arrullaba suavísima ayer.

Y mi rostro ¡ay de mí! palidece,
lo devora la llama de amor,
y se anubla y al fin languidece
como lirio abrasado del sol.

Yo doliente me aquejo y suspiro,
triste sueño ensangriéntase en mí,

(1) Música del M. Hernandez.

y despierta con ánsia deliro,
dulce madre, me siento morir:

Es la guerra cruel, despiadada,
no perdona su furia al valor,
roja en sangre relumbra la espada,
y mi amante la guerra buscó.

Mucho tarda: doró las espigas
por tres veces el sol con su luz;
¡ah!.... que al lejos caballos, lorigas,
yá contemplo y flotando la cruz.

Y escuchad cual retumba la trompa,
son guerreros..... mirad, madre, allí;
mas de fúnebre luto es su pompa.....
¿qué presagian, qué quieren así?

Yá se acercan, se acercan... ¿qué miro...?
há triunfado la muerte cruel:
le conozco ¡gran Dios! no deliro;
ese yerto cadáver es *él*.

Sevilla.—Julio 4—1856.

EN LA MUERTE DE DOLORES P...

ROMANCE,

PARA GRABARLO EN UN CUADRO, BAJO LAS TRENZAS DE SU CABELLO

I.

¿Qué son, qué son ante tí,
muerte ciega, inexorable,
las gracias y la hermosura,
las virtudes celestiales?
Son flores que un mismo dia
vé nacer y marchitarse,
ondas de incienso que suben
y el huracan las deshace.
Triste ejemplo, triste ejemplo
de su rigor implacable,
eres tú, bella Dolores,
ayer muger; mas hoy ángel.
Ni de tus plácidos ojos
el dulce mirar suave,
ni tu voz más melodiosa
que los cantos de las aves,
ni tu dorado cabello
sobre que mi llanto cae,
pudieron vencer su furia,
la vida pudieron darte.
Aurora pura y serena,

lirio cándido del valle,
fúlgida estrella eclipsada,
rara perla de los mares;
¡cuán amargos pensamientos,
Dolores, siento al nombrarte!
Mísero! si mis suspiros,
si mis quejas y mis ayes
á devolverte la vida
fueran ¡ah! fueran bastantes,
miráras la roja lumbre
del nuevo dia que nace,
y al soplo de primavera
las selvas engalanarse:
miráras el limpio cielo
de tu corazon imágen.
Mas no puedo; que tan solo
á mi lira cumple darte
el último *adios*, que tristes,
lanzan sus cuerdas al aire.

Sevilla.



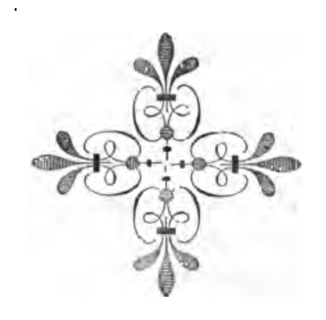
EL PRIMER AMOR.



Elvira, hermosa vírgen,
la perla de este suelo,
la más linda que há visto
Guadalquivir sereno,
la de los años quince,
la de los ojos negros,
hoy tristemente lanza
suspiros de su pecho.
Hoy llora: hoy en desórden
entrega al manso viento,
en abundosos rizos
el trémulo cabello.
Y las ligeras danzas,
los inocentes juegos
de que gustaba tanto
en más dichoso tiempo,
no la alegran, no escitan
en ella sino tédio.
¿Porqué, pues, de sus ojos
brillantes y serenos,
oscureció la lumbre

el llanto? ¿Porqué el bello
rostro se muestra ahora
de palidez cubierto?
¿Y quién de alegre en triste
la convirtió tan presto?
...... Amor, amor tirano,
que yá reina en su pecho.

Sevilla—14—Abril—1857.



EN LA SOLEMNE PROFESION
DE LA MADRE
SOR JOSEFA DE SANTA CLARA DELGADO,
EN EL MONASTERIO
DE SANTA CLARA DE SEVILLA,
EL DIA 3 DE JUNIO DE 1853.

I.

Órnense de Sion los altos muros
con tierno acanto y encendidas flores:
esparza sus fulgores
alzado el sol en la celeste cumbre,
mostrando nueva vida, nueva lumbre.

II.

El lozano clavel, gala del prado,
desplegue ufano sus fragantes hojas
cual la púrpura rojas:
el blando trino de las aves suene,
y de placer suave el pecho llene.

III.

Que un alma pura al trono sacrosanto
sube de Dios, en presuroso vuelo

dejando el triste suelo:
á celebrar sus nupcias vá gozosa,
del Señor de Israel cándida esposa.

IV.

¿No veis, no veis cual sube al firmamento?
¿Qué virginal fragancia el aire llena?
Allá en la altura suena
el gran concierto de las arpas de oro,
y el himno eterno del empíreo coro.

V.

¡Oh placer celestial, santa ventura!
¡Oh dicha por el oro no comprada!
Mirarse colocada
la esposa vírgen de su Dios al lado,
Dios que tiene por sombra al sol dorado.

VI.

¿Y habrá quien baje los impuros ojos
hácia la tierra vil y el mundo adore?
¿Habrá quien gima y llore
por fugitivas pompas, contemplando
la dicha de que el justo está gozando?

VII.

Tú más sábia emprendiste la árdua senda,
casta Josefa, que á la cumbre guia;

llegó yá el fáusto dia,
en que adornada de inmarchitas rosas
brilles entre las vírgenes esposas.

VIII.

Oye al santo Pastor: á tí dirige
la poderosa voz, que del profundo
sacó el inmenso mundo;
que formó las estrellas á millares,
y puso freno á los soberbios mares.

IX.

Y te dice: «si tú, blanca paloma,
«á mí, en divino amor toda encendida,
«consagraste tu vida,
«yo premiaré tu afan, tu sien serena
«ciñendo con la cándida azucena.

X.

«Yo te daré los regalados frutos
«que produce mi huerto delicioso:
«y como tierno esposo
«seré tu protector, seré tu egida
«en los amargos trances de la vida.

XI.

«No tus megillas regarás con llanto,
«ni enlutará tu pecho la tristeza,

«crecerá tu belleza
«como las palmas en el valle umbroso;
«verás correr el tiempo venturoso.

XII.

«¡Feliz mil veces tú que me elegiste!
«Tú lucirás cual astro refulgente;
«sobre tu pura frente
«verterá su balsámico rocio
«el ministro de paz, el ángel mio.»

XIII.

Dice, y estiende la pujante diestra
señalando á un querub, que á la divina
voz la cabeza inclina:
mueve sus alas, y en ligero vuelo
desciende á tu mansion, desciende al suelo.

XIV.

Él vela sobre tí: será la estrella
que te conduzca por segura via:
él vencerá la impia
maldad, que el lazo simulado tiende
con que al débil mortal astuta prende.

XV.

Él dió á Judit valor incontrastable,
gracia á Raquel, perdon á Magdalena,

y esperanza serena
á Susana, que tímida lloraba,
y en lastimeras voces esclamaba:

XVI.

«¿Será, Señor, que la mentira triunfe,
«y la verdad se mire así abatida?
«No, no siento la vida
«perder, aunque mi pecho está inocente!
«Siento que un vil borron manche mi frente!"

XVII.

«Tú no perecerás," le dijo el ángel,
y hendiendo el aire en vagarosos giros,
sus trémulos suspiros
llevó al Dios de Israel, al Dios del fuerte,
que libertó á su sierva de la muerte.

XVIII.

Y tú, que el corazon sencillo y puro
consagraste á tu esposo peregrino,
ardiendo en el divino
amor, que al alma religiosa eleva
y á las mansiones del placer la lleva:

XIX.

Vive feliz sin envidiar el fáusto,
que ostentan los palacios opulentos:

altivos monumentos
són de la vanidad: de allí volaron
la fé y virtud; los crímenes quedaron.

XX.

Huyeron, sí, al albergue venturoso
que tus virtudes ornarán ahora:
en él la paz implora
para los que miramos combatida
nuestra nave en los mares de la vida.



Á UN NIÑO.

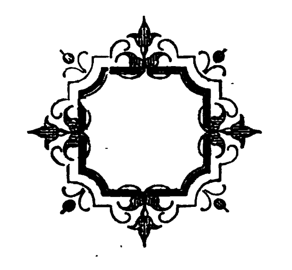


Fruto inocente del amor más puro,
vén; por tus lábios juega
y dilata tu faz sonrisa leve,
cual la azucena cándida despliega
sus tersas hojas de color de nieve:
y por tu lindo cuello
en mil doradas ondas
desciende tu finísimo cabello.
Vén á mis brazos, vén: embebecido
contemple yo tus azulados ojos,
contemple tu mejilla
do luce el más subido
carmin, este consuelo
dé á mis pesares compasivo el cielo.
¡Cuán feliz eres tú! ¡Qué edad tan bella
és la niñez! Gozoso
respira el corazon latiendo en calma,
tranquila siempre el alma
no sabe que hay dolor, que impetuoso

raudal de llanto acerbo traen los años
y duros desengaños;
mas ¡ay! que al fin las horas
huyendo voladoras,
le roban su ventura
y le brindan la hiel de la amargura.
En tu serena frente
un beso quiero dar....¿qué oculto encanto
hace que al abrazarte
bañe tu rostro mi abundoso llanto?
Ay! que han volado los alegres dias
de mi infancia: con ellos
desparecieron las venturas mias!
¡Y nunca volveran! Hondo suspiro
el corazon entristecido lanza,
y abandonado yá de la esperanza
correr el tiempo indiferente miro.
Pasará tu niñez: y cuando el pecho
sientas latir con entusiasmo y vida,
cuando de la florida
juventud las ardientes ilusiones
te presenten de dicha y fáusto y gloria
engañosas, fantásticas visiones,
no de vívido fuego
henchida el alma, despeñado y ciego
en pós te arrojes de sus vanas huellas;
que espinas tienen las gallardas rosas,
siniestra luz á veces las estrellas,
y los amores penas dolorosas.
Dígalo yo.....mas mira de tu madre
la plácida sonrisa,
oye su dulce voz que hasta nosotros

grata conduce la fragante brisa:
vé, disfruta en su seno
feliz reposo de caricias lleno.

Sevilla—Junio—1853.



Á MARÍA S.

TU NOMBRE.

Si brilla sin nubes la luna serena,
y céfiro suena huyendo fugaz,
y blando á las flores desciende el rocio,
y plácido el rio murmura al pasar,

Si bella, rosada, despunta la aurora,
y el ave canora saluda su luz,
si el sol aparece sus rayos lanzando,
de lumbre bañando del cielo el azul;

La noche callada, diáfana, hermosa,
su luz misteriosa de tibio fulgor,
la aurora naciente, sus tintas suaves,
alzando las aves sus cantos de amor;

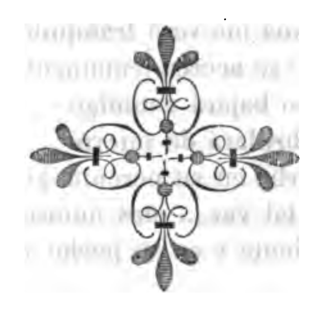
El astro del dia, magnífico, ardiente,
mostrando su frente saliendo del mar,
del mar anchuroso, do tiene su lecho
de nácares hecho, de rojo coral;

No me infunden tal pasion,
no inflaman la mente mia
en fuego de inspiracion,
como tu nombre, María,
nombre grato al corazon.

Nombre dulce y misterioso:
más tierno aún y suave,
que el céfiro vagaroso,
que los cánticos del aye
en medio del bosque umbroso.

Nombre de vírgen, de celeste encanto,
que solo amor y adoracion inspira,
que al vate alienta y en sonoro canto
hace vibrar su armoniosa lira:
nombre que lejos del mezquino suelo
los ángeles veneran en el cielo.

Sevilla—14—Abril—1853.



VERSOS ESCRITOS EN UNA ENFERMEDAD.

Déjame solo, madre. Ván calmando
Tu amor y el tiempo los dolores mios:
Venga el sueño á mis párpados ahora,
Y el sol mañana me verá tranquilo.

Yá se fué. ¡Triste madre! Yo en sus ojos
Adivinaba el llanto comprimido,
Yo adivinaba en su angustiado seno
Luchando por brotar hondo suspiro;
Y ella, infeliz, de su profunda pena
Me ocultaba el afan. Cifra en su hijo
Toda su dicha, su esperanza toda;
¡Sueños que mirará desvanecidos!
Dígela, oh Dios, por consolarla solo,
«El sol mañana me verá tranquilo:»
Y ese sol que se acerca lentamente,
Á su sepulcro bajará conmigo.
Él rutilante brillará de nuevo
Ciñendo el orbe en su perenne giro;
Yo olvidado tal vez.... mas nunca, nunca;
Mi madre aliente y en su pecho vivo.

¡Duro es morir cuando la vida empieza!
Aun no de cuatro lustros los floridos

Abriles contemplé: jóven y fuerte
Ahora el umbral de la existencia piso,
Y esta fiebre és tenaz y me devora,
¿Acabará con mi postrer latido...?

Débil la luz que ante la Vírgen arde
Perdiendo vá su macilento brillo,
Pinta la sombra en la pared frontera
Movibles grupos que en mi insonnio miro:
Yá es un monte con áridos peñascos,
Tórnase ahora en colosal castillo
Con ancho foso y desiguales torres
Hundidas bajo el peso de los siglos:
La llama tiembla y desparece todo,
Y anímase otra vez con fuego vivo,
Y nuevas formas lentas aparecen....
¿Es muger, ó es un ángel peregrino
La que contemplo absorto dibujarse
Con negras tocas y ondulantes rizos?
¡Siempre la misma! ¿Para qué me sigues?
¿Piensas tal vez que de tu amor me olvido?...
¡Oh! no, jamás; mi corazon, mi mente
Estan llenos de tí: ni en mi delirio,
Ni en mi reposo, ni en las yertas noches,
Ni cuando lanza en el quemado estio
El astro rey de su triunfante carro
Inmensa lumbre y resplandores vivos,
De mí te apartas; que conmigo existes,
Y al espirar, espirarás conmigo.
¿Y quién, quién eres tú? Del pensamiento
Hija querida, engendro de mí mismo,
Chispa del fuego que me abrasa ardiente,

Ser ideal que en mi entusiasmo finjo.
Vaga esperanza, encantador preságio
Quizá de amor futuro, ¿qué atractivo
Te anima y nutre, y cual si tú vivieras
Á par de tí con ilusion respiro?
Es un misterio que á esplicar no alcanzo;
¿Quién sondear su espíritu há podido?

Armonias sublimes tiene el viento
Y nadie aprisionó su errante giro:
Cual él tambien armoniosa y libre
Por espacios y mundos infinitos
Mi osada fantasia se remonta,
Y vuela, vuela con pujante brio.
Á ella me entrego; que mi amiga es ella:
Conciertos mil escucho embebecido,
Y luego canto, como canta el ave:
Los dos obedecemos al destino.

Mas.... hora el hueco bronce se estremece
Y vibra y lanza lúgubre sonido:
¡Triste es la media noche! Por do quiera
Silencio, soledad: cual mudo rio
Las fugitivas horas ván pasando
Á perderse del tiempo en el abismo,
Sin que tornen jamás. En tanto sueñan
Los mortales en plácidos delirios;
Nunca sueñan ¡oh Dios! que son mortales.
¡Oh loco y ciego, incomprensible olvido!
La frente impura que manchára el crímen
Nubla voraz remordimiento impío,
Los ángeles sus alas de oro tienden

En lento vuelo con rumor amigo,
Bálsamo dán al padecer del justo,
Mecen la cuna donde duerme el niño,
Y al cielo elevan cual perfumes gratos,
Místieas preces, fervorosos himnos.
Alguna vírgen en doliente lecho
Quizá suspire como yo suspiro,
Quizá cual yo de la cercana muerte
Sienta el amago. Así cándido lirio
Si la vecina tempestad retumba,
Humilla el cáliz ante el cierzo frio.
Tendrá el semblante pálido y hermoso,
El lánguido mirar entristecido,
Sin órden el cabello, mudo el lábio
Y puesta la esperanza en lo infinito.
Tal vez su estrella con la estrella mia
Eclipsada será: tal vez su brillo
Por nuestro cielo en dia más felice
Destellarán los dos á un tiempo mismo.
¡Albagüeña ilusion! Tú de mi alma
Fiel compañera, en vagaroso giro
Siempre me cercas, me acaricias siempre,
Y yo abro para tí mi seno amigo.

Ahora tu velo sonrosado ostenta,
Difunde ahora tu esplendor benigno,
La verde primavera yá renace,
El áura bulle en el pensil florido,
Y yá la mies en esperanza ondea
Bajo la copa del fecundo olivo,
Al par que salta trémula cascada
Al hondo valle desde el monte erguido.

¡Ilusion, ilusion! Tú eres la vida,
Y tú me inflamas con tu fuego activo.
¡Oh! no, no moriré; veo dilatarse
De mi existencia el horizonte limpio,
Huye la fiebre, acércase la aurora,
Levántase mi espíritu abatido;
Yo renazco tambien. Tiernos amores,
Madre del corazon, suelo nativo,
Yo os cantaré con sonorosa lira;
Que al fin pasaron los dolores mios:
Dulce sueño mis párpados alhague,
Y el sol mañana me verá tranquilo.

1854.



Á MI AMIGO D. JOSÉ BENAVIDES,

EN LA NOCHE DEL 9 DE ABRIL DE 1856,

QUE SE ESTRENÓ UN DRAMA SUYO.



De la escena con desdoro
miro las glorias marchitas:
¿dónde estan, dónde se ocultan
los hijos de la armonia?
¿El astro del entusiasmo
tal vez sin lumbre se eclipsa?
¡Qué! la inspiracion há muerto,
há muerto en la pátria mia?
Monstruosas creaciones
do quier se apláuden y brillan,
el genio plega sus alas
y de vergüenza suspira.
No lo olvido: ví en un sueño
las sombras esclarecidas
de cien vates: ví sus frentes,
que láuro inmortal ceñia,
y sus ojos desdeñosos
que de nuestra escena huian.
A un lado el sol de la gloria,

por otro nubes indignas,
que sus claros resplandores
con tiniebla oscurecian.
¿Será verdad este sueño?....
¿Será quimera y mentira?....
Hable el teatro, que llora
sus nobles galas perdidas.

Mas yá de otros nuevos vates
la pléyada ilustre brilla,
y las nieblas importunas
desvanecen y disipan.
Entre ellos, caro amigo,
eleva tu frente altiva:
y ¡ojalá que la circunde
la guirnalda apetecida!

Sevilla.



EL ÁRABE MORIBUNDO.

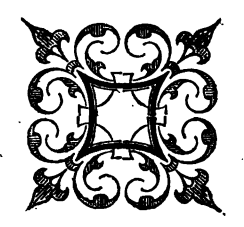
Si sopla rápido el viento
alzando montes de arena,
en los valles de la Siria
doblégase la palmera:
si la errante caravana
dulces cántigas eleva,
de la noche en el silencio
el corazon enagenan:
clara fuente murmurando
brota de cóncava peña,
la árida planta se inclina
y en su linfa se recrea:
como pálida sultana
que azulada alfombra huella,
por el alto y puro cielo
viene la luna serena:
canta el ave, canta ó llora
sus placeres ó sus penas,
blando su acento repite
el céfiro que lo lleva:
sale el sol: su trono es fuego,

es fuego su cabellera;
¿qué alumbra?... Tal vez se pára
contemplando lucha fiera,
do el hendido casco gime
y el alfange centellea,
el campo bebe la sangre,
ronco alarido resuena,
buitres voraces en torno
baten las alas y esperan.....
En la lid goza el valiente,
¡grande Aláh, la lid es bella!
O tal vez su luz derrama
sobre solitaria tienda,
que há labrado el beduino
en la llanura risueña,
á la márgen del arroyo,
á la sombra de la higuera.
Allí vive la ventura
y la paz nunca se aleja,
allí está su amante esposa
y sus hijos juguetean,
y esperando sus alhagos
relincha la ráuda yegua.

Bella es la noche y el dia,
y la gallarda palmera,
y el agua que dá la roca,
y el cántico que embelesa,
y el estruendo del combate,
y la soledad severa.....
¡Triste de tí, Abul-kasan,
ay, la esperanza es más bella!

Tú hás perdido la esperanza;
nada que perder te resta:
tú la esperanza perdiste;
murió yá la hermosa Haleva!
Ella era sol en tu dia,
en tu noche luna llena;
por eso vés tu horizonte
más triste que las tinieblas,
y á la lumbre y á la vida
los cansados ojos cierras,
y espiras doliente y solo
sóbre la desierta arena.

Sevilla—6—Noviembre—1856.



Á LA SEÑORITA
DOÑA MARIA DE LA CONCEPCION FERNANDEZ,
EN SUS BODAS.

SONETO.

Cuando ciñe tu sien, bella Maria,
La corona nupcial de desposada,
Y de tu boca en púrpura bañada
Brota el *sí* con aroma de ambrosia;

¿Qué cántico podrá la lira mia
Dar al áura que vuela sosegada,
Dulce como tu célica mirada,
Émula del fulgor de mediodia?

Mirtos y rosas á tu leve huella
Mi mano amiga desparcir procura;
Que emblemas són de plácidos amores.

No te los rendiré; brilla tu estrella
Ahora feliz, esplendorosa y pura,
Y donde tú respiras sobran flores.

Sevilla.

FRAGMENTO.

¿Vísteis tal vez en la callada noche
cruzar el cielo misteriosa estrella
pálida claridad tras sí dejando?
La vista entonces en su aéreo rumbo
la admira y sigue, y en su brillo incierto
se embelesa y la ama. El pecho siente
vago placer y paz indefinible,
cual si un recuerdo de la infancia pura
se levantase súbito en el alma,
para alhagarnos con felice sueño
de goces ¡ay! que rápidos volaron.
Luego se eclipsa entre el azul celage,
luego se borra su impalpable huella,
y esclamamos en éstasis dichoso:
«torna, torna otra vez, astro sereno."

«Torna, torna otra vez:" suspenso esclama
quien contempló la ninfa que en la márgen
del Bétis alza su divino canto.
¡Ah! que natura pródiga con ella
la colmó de sus dones. No el ingenio,
no la fecunda inspiracion sublime,
no el fuego de virtud sagrado y puro,
la enaltecen tan solo y la coronan.

Nativa magestad tiene su frente,
tienen sus ojos pudorosa lumbre;
sus ojos, que del velo de la noche
el negro esmalte y languidez tomaron,
y la mirada del naciente dia.
Muestra su tez de los lozanos trigos
que en las llanuras fértiles ondean,
el dorado reflejo: de su boca
breve, discreta y roja, brotar suelen
las gracias y el saber. Ojos hermosos,
lábios que vierten plácida armonia,
encantos que las rocas ablandáran,
feliz mil veces..... Atrevida pluma,
deten tu vuelo, y el carmin suave
de su megilla pinta, y los oscuros,
los envidiados rizos que la besan
perfumándola al par con dulce aroma.
Pinta el cuello sutil, el talle leve
como arbusto que entrega al blando soplo
de céfiro fugaz sus nuevas galas,
y en transparente lago se contempla:
el pié de niña, que del verde prado
no dobla el césped; vagarosa nube
solo merece sér su digna alfombra.

Mas ¡ay! yo mismo en el bosquejo débil
que mi inesperta mano dibujára,
la desconozco. ¿Por ventura puede
pincel alguno el resplandor inmenso
copiar del soberano rey del dia?

Sevilla—Enero—15—1857.

FRAGMENTO.



EL COMBATE.

No por vosotras, matizadas flores,
hijas de la apacible primavera,
orgullo y pompa del vergel ameno,
adorno de las béticas riberas;
ni tampoco por tí, céfiro leve,
que entre tus alas murmurando llevas
de un pecho enamorado los suspiros,
las blandas voces y dolientes quejas,
pulso de ardor y de entusiasmo lleno
hoy de mi lira las vibrantes cuerdas.
Pláceme lo ideal, lo que bañado
de ternura dulcísima se muestra;
mas lo sublime, lo terrible y grande,
mi espíritu levanta de la tierra
y lo conduce hasta el brillante sólio
do el mismo Dios su magestad ostenta.

—

Hay un pais en la abrasada zona
donde todo es magnífico y gigante:

un cielo esplendoroso le corona,
crece la palma erguida y arrogante.

En él la ronca voz de los torrentes.
los valles profundísimos atruena,
y á los rayos del sol resplandecientes
arde inflamada la desierta arena.

La amistad es amor: el amor ciego
es un delirio: inestinguible dura
el ódio allí, como perenne el fuego
de los volcanes en la sima oscura.

Són valientes, altivos, denodados
de este clima los rudos pobladores;
sus pechos á la lid acostumbrados,
sus sienes á los láuros vencedores.

En mitad del desierto, sin camino,
su denuedo tan solo es su esperanza:
siempre errantes, su guia es el destino:
donde su acero, su poder alcanza.

Mas yá se juntan á la voz de guerra,
yá sus rojos pendones dán al viento,
y se estremece con pavor la tierra,
y suena de la trompa el limpio acento.

Por sus venas la sangre corre hirviente,
ánsia de lid sus ánimos agita,
ninguno el corazon temblando siente;
su afrenta á la venganza los incita.

Que un enemigo audaz, rápido avanza
muerte ó esclavitud amenazando:
su derecho es la punta de su lanza,
desolacion do quiera vá sembrando.

Se juntan, sí: como en el ancho cielo
se agrupan los oscuros nubarrones,
antes que el rayo atemorice al suelo
y rujan los airados aquilones.

Gobiérnalos Kerib: con alma fiera
que nunca el vil espanto há conocido,
desprecia el riesgo, impávido lo espera;
no palidece ante el leon herido.

Yá, yá se acerca rápido el instante
de vencer ó morir: la luz del dia
se estingue moribunda y vacilante
entre las sombras de la noche fria.

Lánguido el sol al occidente huyendo,
dobla la cumbre del soberbio monte,
y triste y lenta y fúnebre envolviendo
la densa oscuridad vá el horizonte.

La tempestad que lejos resonaba,
llega sus negras alas agitando:
y el trueno que á la tierra amenazaba,
estalla fragoroso retumbando.

La lluvia en anchas y calientes gotas
empieza á descender: silvando el viento

las peñas robustísimas yá rotas
lleva y arrastra con furor violento.

¡Ábrego asolador! En tu carrera
el monte en sus raices estremeces,
tronchas el cedro y la gentil palmera,
¡el aliento de un dios, ráudo pareces!

El iracundo rostro del guerrero
relámpago fugaz súbito alumbra,
pása, y los ojos del corcel ligero
con cárdeno fulgor hiere y deslumbra.

¡Noche terrible! ¿Quién no se estremece,
qué endurecido corazon no late,
cuando el estruendo de las armas crece
y llega el punto del feroz combate?

Todos; mas no Kerib: él ama el trueno,
no conoció jamás torpe desmayo,
y fuerte, audaz, impávido, sereno,
oye el fragor del llameante rayo.

Como el tigre veloz, ante su gente
cruza y á batallar la vá animando;
es su voz como el eco del torrente
que al valle se despeña rebramando.

Una espantosa, inmensa voceria
álzase en tanto y por momentos crece,
el acero su luz trémula envia,
la tierra en torno gime y se estremece.

Tus enemigos són: llenos de saña
tremolan altaneros sus pendones:
contémplalos, Kerib; por la campaña
avanzan como turba de leones.

Más numerosos que del mar violento
las crespas olas cuando el noto ruje,
y levanta las peñas de su asiento
y el muro cede á su indomable empuje;

Vénlos llegar los ojos sorprendidos:
ellos en voces mil ufanos claman;
con su caudillo Hafén envanecidos,
el triunfo aun antes de lidiar proclaman.

Mas el hijo del árido desierto
nunca cede el laurel de la victoria,
hasta que yace su cadáver yerto
en el sangriento campo de la gloria.

Relincha el potro: el hierro furibundo
al comenzar la lid relampaguea,
triste gime el herido moribundo,
con la caliente sangre el suelo humea.

Si fuese entonces la mitad del dia
y el sol brillara en el cenit subido,
al estruendo, al clamor y griteria
temblado hubiera y su fulgor perdido.

Mas reinaba la noche: hondo desmayo
á los pechos más fuertes inspiraban,

la viva lumbre del sonante rayo,
los roncos huracanes que bramaban.

Cadáveres y armas cual despojos
del implacable genio de la guerra,
poniendo llanto al alma y á los ojos,
cubren de horror la desolada tierra.

Ni zumba el huracan, ni el trueno estalla,
ora el rayo los árboles no abate,
la tempestad avergonzada calla;
que es más grande la furia del combate.

Cegado por la niebla, el brazo fuerte
el amigo descarga en el amigo,
dá el hermano á su hermano cruda muerte,
pensando herir el pecho al enemigo.

Hafén, el rudo Hafén, de la matanza
no fatigado aún, corre agitando
con firme brazo la nudosa lanza,
cuerpos muertos do quier atropellando.

Nada resiste á su pujante acero,
tras él la muerte su pendon tremola,
y avanza audaz, amenazante y fiero
como del hondo mar hirviente ola.

Cuando en mitad de los estivos meses
ostenta el sol su resplandor divino,
en ancha calle las cortadas mieses
del segador indican el camino:

Así los combatientes derribados,
la sangre, el esterminio, los horrores,
los turbantes y escudos destrozados
dicen de Hafén los pasos destructores.

Parece que benigno le defiende
algun dios de los golpes de la espada;
sin tocarle, veloz el aire hiende
la flecha hacia su pecho disparada.

Mas no el triunfo, á que aspira su denuedo,
le alegrará, ni llorará vencido;
la muerte le señala con su dedo:
¿quién jamás su furor há contenido?

Llega Kerib, colérico el semblante,
torvos los ojos y encendido en ira:
en su diestra la espada centellante
con vívido fulgor arder se mira.

Llega y le reconoce por su manto,
por su alto cuerpo y singular pujanza,
por el estrago horrible y el espanto
que en torno siembra su robusta lanza.

Traban lucha mortal: roto el escudo
cae de Kerib: partida la cimera
vuela de Hafén; violento el choque rudo
un áspero peñasco deshiciera.

Kerib se irrita: un hombre le resiste,
solo un hombre atrevido le amenaza:

dá rienda á su alazan y ráudo embiste
blandiendo en alto la fornida maza.

Y descarga sobre él golpe certero:
Hafén postrado en la sangrienta arena,
lanza un gemido ronco y lastimero
que por los antros de los montes suena.

La encarnizada lid há terminado,
calmóse yá su fragoroso estruendo;
Hafén murió: su potro desbocado
corre de su señor el fin diciendo.

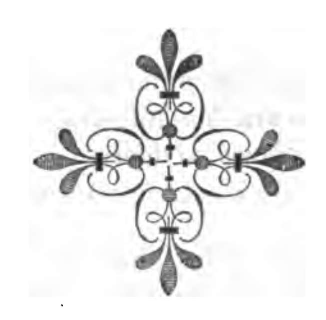
Hondo espanto y pavor los corazones
llena de los que el triunfo proclamaban,
de aquellos que sus bélicos pendones
al aire con orgullo tremolaban.

Sí; de Hafén los guerreros atrevidos
de altas hazañas, de ínclita memoria,
al bosque huyendo ván despavoridos,
llenos de confusion, faltos de gloria.

Todo acabó: cuando del mar sonoro
saliendo el sol iluminó la esfera,
y mil torrentes de encendida lumbre
de claridad bañaron la ancha tierra,
un monte de cadáveres, el buitre

cerniéndose voraz sobre su presa,
y los arroyos de vertida sangre
que humeaban aún sobre la arena,
á la atónita vista se mostraron,
despojos tristes de la infanda guerra.

Sevilla—Agosto—1853.



Á UN MÉDICO.

SONETO.

Al despuntar el sol por el oriente
Saludan sus fecundos resplandores,
Las aves con sus cánticos de amores
Y con grato rumor la clara fuente.

Si entonces ciega nube de su frente
Oscurecer procura los fulgores,
Disípanla sus rayos vividores
De roja y pura luz con un torrente.

Así, génio inmortal, digno de gloria,
Mostraste el sol de tu saber profundo
Y mancillar quisieron tu memoria.

Mas tu verás la envidia al polvo inmundo
Caer vencida, y la severa historia
Sábio aclamarte y bienhechor del mundo.

Sevilla.—20—Julio—1854.



AMOR SIN ESPERANZA.



«El áura que murmura
«entre las hojas del jardin florido,
«las quejas que la tórtola doliente
«exhala de su pecho entristecido,
«el onda que serena
«gime espirando en la menuda arena,
«no tienen la suavísima armonia,
«de tu mágica voz, Corelia mia.

«Eres lirio del valle
«que el sol colora con fulgente rayo,
«cuando sale á bañar de viva lumbre
«la verde pompa del fecundo mayo:
«humilde yo te adoro,
«amo tu corazon, tus trenzas de oro,
«y los que cubre el ondulante velo,
«rasgados ojos del color del cielo.

«Ojos claros, miradme;
«mas no con desden fiero; que mi alma
«se turba entonces y angustiada gime
«el mal presente y la perdida calma:
«miradme, sí, brillando
«con ese resplandor, con ese blando
«fuego que los pesares dulcifica,
«y el amoroso ardor del pecho indica.

«Sonríeme, Corelia,
«con tus lábios de roja, pura grana,
«que vencen al carmin de que la aurora
«las nubes pinta en la gentil mañana:
«no envidiaré yo entonces,
«el alcázar de mármoles y bronces,
«los timbres, los blasones, la riqueza,
«ni del mayor monarca la grandeza.

«Cual juvenil ensueño,
«angélica, bellísima y alada,
«celeste ninfa descendió á la tierra
«de resplandor divino circundada:
«por entre el bosque umbrio
«cruza, do estaba yo, y al lado mio
«se acerca, melancólica suspira,
«y de blanco marfil me dá una lira.

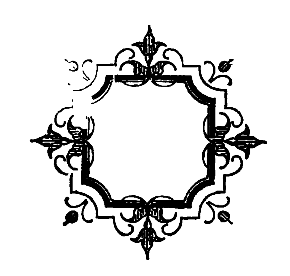
«Estático la pulso;
«una lira es emblema de la gloria,
«al tiempo vence, del sepulcro helado
«alza los héroes que olvidó la historia:
«las cuerdas de la mia,
«ora vibran con lánguida armonia,
«ora el fragor del combatir sangriento
«imitan, ó el silvar del ronco viento.

«Mas yá tan solamente
«celebrando la gracia y los amorès,
«sonarán cual arroyo cristalino
«que se desliza entre lozanas flores,
«si término dichoso
«pones á mi pasion: si con piadoso
«lábio, de mis dolores la amargura
«tornas en calma llena de ventura.»

Tal escribió Durvan, que arde en violenta
llama de amor. Tres veces el severo,
rudo aquilon las delicadas flores
deshojó del pensil, y por tres veces
la primavera cándida, seguida
de la belleza y el placer, el prado
ornó de nueva pompa y nuevas galas,
desde que el astro de Corelia luce
fúlgido ante sus ojos. Su sereno
pecho que nunca estremeció la muerte

en medio de la lid, hora vacila,
hora al mirar los caracteres tiembla
que su mano trazó..... ¿Porqué un suspiro
lanza del corazon enamorado,
y una lágrima surca su semblante?
¡Ay, que su dicha huyó con su esperanza
para nunca volver!.... Triste, sombrio,
el delgado papel rasga en mil trozos
que el áura revolante vá llevando,
cual llevó sus hermosas ilusiones
del desengaño el borrascoso viento.

Sevilla—Agosto—1853.



Á MI AMIGO Y MAESTRO DE GIMNÁSTICA,

MR. VICTOR VENITIEN,

por la invencion de su máquina electro-dinámica.

SONETO.

Los que la fuerza muscular creyeron
Indicio de mezquina inteligencia,
El fruto noble de tu vasta ciencia
Absortos hoy con entusiasmo vieron.

Las dudas yá desvanecìdas fueron,
Y alzóse poderosa la creencia,
Cuando á la clara luz de la esperiencia
Tu constancia y virtud resplandecieron.

De esa invencion la férvida esperanza
Por largos años albergó tu mente,
Que al fin el triunfo venturoso alcanza.

Tal del sublime cedro y eminente
Encierra el gérmen el fecundo suelo,
Y creciendo despues se encumbra al cielo.

Sevilla.



ROMANCE.

Como hay entre los hombres
opiniones tan várias,
tan diferentes gustos
en esto de muchachas,
no se sabe á cuál de ellos
la razon acompaña.
Unos al ver las rubias
de tez suave y blanca,
de azules, bellos ojos,
de boca sonrosada,
se agitan, se deshacen,
de gozo se embriagan.
Mas otros las detestan,
y dicen que la gracia,
el garbo y el meneo,
la apostura bizarra,
tan solo les cautivan,
tan solo les agradan.
Aquí furioso un majo
cuando disputa, esclama:
«donde hay una morena

«que al son de la guitarra
«se mueve, salta y brinca,
«cuando el jaleo baila,
«y no logra la tierra
«la huella de su planta:
«que se desliza leve
«con su flotante falda,
«y yá vuelve, yá huye,
«yá dobla la garganta,
«yá la cabeza inclina,
«yá lanza unas miradas...
«Jesus! yo me acaloro,
«se me derrite el alma.
«Que en el profundo infierno
«las echen á las blancas;
«mientras yo á mi morena
«le... digo dos palabras."
Aquel admira y quiere
á las mugeres altas;
otro les dá el risible
apodo de cucañas,
y defiende y porfia
por las mugeres bajas.
Hay quien las narigudas
como elefantes, ama:
y hombres tambien que locos
se vuelven por las chatas:
y quien corteja gordas,
y quien adora flacas.
Y todos de esta suerte
su parecer ensalzan;
sin que alguno entre ellos

conozca que se engaña.
Mas por no equivocarme,
por no dar una errada,
me entusiasman las niñas
muy rubias y muy blancas:
al ver á las morenas
ardientes y agraciadas,
las piernas se me doblan,
se me alborota el... alma.
Tambien son de mi gusto
las mugeronas altas,
aunque me late el pecho
al contemplar las bajas:
pues... ¿y las narigonas
quedarán desairadas?
No señor; ni tampoco
las pobrecitas chatas;
ni las que són muy gordas,
ni las que están muy flacas.
Y yo respondo siempre
que tratan de muchachas:
traed, traedlas todas,
toditas á mi casa.

Así en una taberna
un pillastron cantaba,
su voz acompañando
por no tener guitarra,
con el sonoro estruendo
de las batientes palmas.

Sevilla—12—Agosto—1854.

CARTA II.



¡Oh, tú, ventura y esperanza mia,
yá no te miro yo: ¿porqué te hás ido?
la estrella de mi amor y mi alegria
¿habrá por siempre su fulgor perdido?
¿qué otra voz de suavísima armonia
podrá alhagar mi corazon herido?
quien há gozado de la lumbre pura,
¿qué dicha encontrará en la noche oscura?

¡Ay! yo te adoro: ni tu talle leve,
ni el brillo de tus ojos deslumbrante,
ni el alto seno de apretada nieve,
émulo del clarísimo diamante,
ni esa boca gentil, purpúrea y breve
. . . .
. . . .
. . . .

Mi llama encienden; que te adoro ufano
por tí, solo por tí: si te ultrajara
la enfermedad con despiadada mano
borrando tu belleza, yo te amara:

si embravecido el férvido occeáno
hasta la eternidad nos separara,
siempre te llevaria ráudo el viento
un suspiro de amor, un pensamiento.

¡Y hablas de olvido! y la engañosa duda
en tí se esconde y mi cariño ofende!
Cuando tímida el ave al sol saluda
que su inflamada cabellera estiende,
cuando la sombra tenebrosa y muda
con lento vuelo fúnebre desciende,
¡ay de mí! en tus memorias sumergido,
vago agitado, solo, entristecido!

Recuerdo aquellas horas venturosas
que yá pasáron y que ardiente espero,
recuerdo aquellas pláticas sabrosas
donde el amor apareció primero:
y las noches serenas, deliciosas,
en que al morir el último lucero,
¡ay! *adios*, esforzándome decia,
marchaba.... y para verte me volvia.

Las fuentes y los álamos crecidos
que nos dieron frescura y grata sombra,
niegan su blando arrullo á mis oidos,
no me responden si mi voz te nombra:
del vergel los rosales más floridos
són de la tierra miserable alfombra:
ellos renacerán en hermosura;
¿renacerá tambien nuestra ventura....?

Ahora que estoy solo, frente á frente
con lo pasado y porvenir, ahora
como en sueños te muestras á mi mente,
fantástica, impalpable, encantadora;
así despues que cruza el rojo oriente
leda y fugaz la suspirada aurora,
aun piensa ver absorto el peregrino
su tibio rayo y su esplendor divino.

Sí, yo te miro, y oigo de tu acento
el suavísimo timbre y me enagena:
llega hasta mí tu perfumado aliento
que difunde el olor de la azucena;
mas súbito en mi alma el desaliento
vierte angustioso afan y amarga pena,
se desvanece la ilusion que amo,
y *ella está lejos*, suspirando esclamo.

Me parece que es este aquel instante
en que á otras playas con dolor partiste:
dormido estaba el céfiro volante,
el sol estaba amarillento y triste:
al alzarla crugia resonante
el áncora que al piélago resiste,
lanzaba el buque su vapor impuro
con que tornaba el aire y cielo oscuro.

Lentamente tu planta caminaba,
tu lábio entonces iba enmudecido,
y tu semblante lánguido mostraba
el purpúreo carmin descolorido:
yo reprimiendo mi pesar callaba,

no exhalé una palabra ni un gemido;
mas cuando á tí los ojos dirigia,
sangre, no llanto, el corazon vertia.

Te apartaste de mí: la ráuda nave
abrió las aguas con hendiente prora,
cual surca el viento presurosa el ave
volando á las regiones de la aurora:
contigo mi esperanza más suave,
contigo fué mi paz consoladora,
ocultóse el bajel, y en torno mio
hallé tan solo indiferente hastio.

Sobre la diestra la ardorosa frente,
los ojos enclavados en el suelo,
en lo pasado el corazon doliente,
presa infeliz de congojoso anhelo,
contemplo triste mi dolor presente,
páso las horas en mortal desvelo,
y muriera ¡ay de mí! si en lontananza
no se alzara piadosa la esperanza.

¡Oh! sí; yo espero, encanto de mi vida,
que tornes á la márgen de este rio,
do la paloma cándida se anida
junto á las aguas en el rojo estio:
que tu mirada tierna, humedecida,
baje á alumbrar mi corazon sombrio,
y que tu acento armonioso suene
y mi angustiado espíritu serene.

Yo espero ansioso y delirante y ciego
nuevas horas de plácida ventura,
una muger templada con mi fuego,
un ángel bello henchido de ternura:
á esta ilusion dulcísima me entrego;
ella templa el rigor de mi amargura,
mostrándome entre vívidos albores
futuros tiempos de placer y amores.

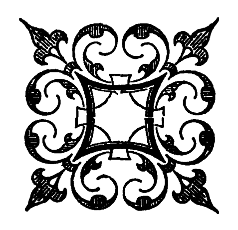
Vendrá tu nave con sonora quilla,
con ímpetu veloz y amigo viento
del ancho Bétis á la verde orilla,
vencido yá el furor del mar violento:
cantará alborozada el avecilla,
se ostentará radiante el firmamento,
y..... ¡oh ilusion! de mi mente compañera,
no burles nunca al que adorando espera!

¿Qué es la vida fugaz, si no la dora
el esplendente sol de los amores?
Turbio torrente que á la mar sonora
arrastra sus raudales bramadores,
nebulosa mañana sin aurora,
astro eclipsado, valle sin olores,
y monótono y árido camino
que huella fatigado el peregrino.

Vuelve, sí; yá el otoño se adelanta,
estacion de nosotros tan querida,

yá entre los bosques lastimera canta
su larga ausencia el ave dolorida:
mira que el tiempo con severa planta
encorva al fin la juventud erguida;
goza la flor que más perfume ofrezca
antes que se marchite y desparezca.

Sevilla.



NOTA DEL AUTOR DEL PRESENTE TOMO.



La Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Granada, publicó un programa invitando á los poetas españoles á tomar parte en los Juegos Florales, *que habia de celebrar á fines de Octubre último. El certámen se verificó: y el fallo del Tribunal de censura, que adjudicó los premios, há llamado la atencion de todos.*

Varios periódicos hablaron de la conducta observada por el referido Tribunal de censura; los de Madrid hán estado unánimes en reprobarla; solo un diario granadino há tenido á bien defenderla.

Yo ni haré lo uno, ni lo otro: sin añadir una palabra sobre sus bellezas ó defectos, me limito, yá que ambas lo han sido en diversas partes, á imprimir juntas la Oda premiada y la mia. El público, lea; el inteligente, juzgue.

LA ESPERANZA.



ODA

DE DON JOSE SALVADOR DE SALVADOR,

PREMIADA CON LA FLOR DE ORO.

Felix, qui non habuit animi sui tristitiam, et non excidit á spe sua.
(ECCLESIASTICI, CAP. XIV, V. 2.)

Feliz, el que no tuvo tristeza de su ánimo, ni decayó de su esperanza.

¡Áura del cielo! ¡mágica Esperanza!
¡íris de paz, divino!
¡faro brillante! ¡signo de bonanza,
que asoma en lontananza,
tras el deshecho temporal marino!
Yo seré tu cantor, Tú mi destino.
¡Qué hermosa eres! Celestial promesa
que la paz afianzas;
¡cómo tu nombre al ánimo embelesa!
¡oh dicha que no cesa!
¡oh manantial de eternas bienandanzas!
¡oh Esperanza de dulces esperanzas!
Á Tí elevo mi canto, y en Tí espero.
Desde el cielo al profundo
llegar puede tu luz, divo lucero;
estrella del viajero,

abre tu disco espléndido y fecundo:
manda tu luz al desmayado mundo!
Tu luz, tu blanca luz serena y pura,
clara y resplandeciente,
inunde el seno de la tierra impura
presa de honda amargura,
que los seres te esperan nuevamente:
¡Sol de la humanidad, ven al Oriente!
Alumbra nuestras noches tenebrosas
de angustias y dolores;
puéblalas de ligeras mariposas,
de brisas armoniosas,
de aves sencillas y lozanas flores;
llénalas de ternísimos amores!
Brota, Esperanza, cual la clara fuente,
que surte los aduares,
de las arenas del desierto ardiente;
como el sol esplendente
brota en los climas gélidos polares
del ampo terso de los níveos mares.
¡Ah! miradla; ella es; es la Esperanza!
mensajera celeste;
de cielo y tierra mística alianza,
que Dios al mundo lanza!
¡ved cómo ondea en el brillante leste
la fimbria hermosa de su blanca veste!
¡Oh! no es tan bello el luminar del dia
al nacer de la aurora,
madre de la belleza y la alegría;
como la imágen pia,
como la sacra faz encantadora
de la Esperanza que el mortal adora.

Vedla: desde su cándida cabeza
hasta sus leves plantas,
irradia su mirífica belleza.
¡Qué tintas de pureza
su rostro animan; y sus labios, cuántas
sonrisas vierten y delicias santas!
Coronada de rosas y de encina
trae la noble frente;
en la mórbida diestra peregrina
el áncora divina,
y la siniestra, en actitud ferviente,
al cielo señalando reverente.
Centellean sus ojos con sagrado
fuego, entre opacas brumas,
como el rayo en las nubes inflamado;
y el éter azulado
bate y convierte en fúlgidas espumas
de sus rizadas alas con las plumas.
¡Vedla! flota su clámide ligera
al viento desplegada:
la túnica ceñida con austera
castidad, su hechicera
forma muestra á la rápida mirada
del alma que la busca atribulada.
¡Ay! si el ardor que enciende el alma mia
inflamara mi acento;
yo, Esperanza, tus triunfos cantaria,
y al mundo asombraria
el himno que en mi mente surgir siento,
si cantase mi voz mi pensamiento.
¿Quién eres tú, Esperanza? ¿por qué vienes
con las benditas manos

llenas de inmensos y anhelados bienes?
¿qué excelsa mision tienes
que cumplir, por decretos soberanos,
entre nosotros, míseros humanos?
Háblanos Tú, Esperanza bienhechora;
dínos cuál es el nombre
del que te envia, en tan solemne hora,
á este valle en que mora
débil y peregrino y triste el hombre.
¡Habla, y tu voz al universo asombre!
¡Oid, oid su acento, que es mas grato
que el son del arroyuelo
el melodioso son de su relato!
eco de amor innato;
música que destierra el desconsuelo;
idioma dulcísimo del cielo!
—»Yo soy la alta virtud que de Dios nace,
y en el Empíreo crece,
y desciende á la tierra, y satisface
las promesas que hace
Dios al mortal, si humilde le obedece
y sus dolores íntimos le ofrece.»
«Yo soy la alta virtud que, entre el divino
seno de Dios y el seno
del hombre, abriendo mágico camino,
muestra al hombre el destino
que le está reservado en el sereno
Paraiso inmortal, de glorias lleno.»
«Yo soy aquella luz que clara ardia
en la triste conciencia
del pecador Adan, el primer dia
que humillado caia,

llorando su fatal desobediencia,
ante la augusta y sacra Omnipotencia.»
«Yo soy la que alumbró los sacrificios,
el ara y el santuario
de la Mosáica grey: ciertos indicios
de que, contra los vicios,
consumarse debia el sanguinario
último sacrificio del Calvario.»
«Mi rayo se mezcló con los albores
que, en los primeros dias
de la creacion, trajeron los fulgores
del Cristo de dolores
que anunciaron las sábias profecías
de Abraham, de David y de Isaías.
«Y cuando el Cristo Redentor, clavado
en la Cruz, espiraba;
Yo bajé hasta su pecho acongojado
y recogí el sagrado
final suspiro en que la vida daba,
y en que la Ley de gracia se fundaba.»
«¡Oh! desde aquel momento tremebundo
en que al linaje humano
regeneró aquel bálsamo fecundo
del Salvador del mundo,
Yo mitigo el enojo soberano
y reino en el espíritu cristiano.»
«Sí: reino con la Fe, que alumbra y guia
al que en la duda llora:
con la gran Caridad, hermana mia;
y en tan santa armonía
moramos en el justo, que él ignora
á cuál de las virtudes mas adora.»

«Por eso cuando el universo gime
en hondas amarguras,
y la cadena de Luzbel le oprime;
la voluntad sublime
de su Libertador, á las criaturas
me ordena consolar con mis dulzuras.»
«Astro soy yo del Testamento nuevo:
virtud del Cristianismo:
maga que lucha con el rudo erebo:
mi vida será un evo,
y mi poder, por gracia de Dios mismo,
gloria del cielo, espanto del abismo!»
«Así, cumpliendo la mision sagrada
que tengo recibida
de El que sacó los orbes de la nada,
siempre estoy preparada
á remediar los males de la vida,
y al hombre doy mi cariñosa egida.»
«Yo le visito cuando arrastra aislado
la ferrada cadena:
cuando en playa extranjera desterrado,
por el hogar amado,
por sus padres, sus hijos y su buena
esposa fiel, devórase de pena.»
«Yo á esos hijos y padres y á esa esposa
tambien busco y visito,
y mitigo su pena dolorosa;
y vuelo cuidadosa
de una á otra playa, y de su amor bendito
caricias cambio, y lágrimas evito.»
«Rugen del mar las olas; zozobrando
tiembla rota la nave;

el huracan la empuja rebramando,
y el náufrago llorando
acude á Dios en el peligro grave!...
Yo entonces soy el céfiro suave.»

«En la siniestra y lúgubre capilla
yace exánime el reo:
su mirada suspensa ya no brilla:
su pálida mejilla
secó la fiebre: ofúscale el mareo:
ni el odio le reanima ni el deseo...»

«¡No vive!... es arrastrado hasta la cumbre
del sitial afrentoso
entre la impía y loca muchedumbre...
Yo, entonces, de mi lumbre
enciendo en él un rayo poderoso,
y á Dios llevo su espíritu animoso!»

«Todos, todos los seres racionales
me deben patrocinio:
mi presencia es la ausencia de los males;
y, por causas iguales,
la ausencia de mi célico dominio,
la desesperacion y el exterminio.»

«Mirad, si nó, cuando mi ayuda invoca
el hombre que me ama,
cómo las iras de Satan provoca,
y firme, cual la roca,
ante el infierno que irritado brama,
de Dios recibe honor, del mundo fama.»

«Ved los héroes gigantes de la tierra;
los genios creadores;
los invencibles brazos de la guerra
que á la maldad soterra;

los artistas, de Dios ejecutores;
los poetas, del cielo escaladores!»
«Ved los humildes, santos misioneros,
que dejan sus hogares,
y el Océano cruzan los primeros,
para elevar austeros
en otros climas, tras los anchos mares,
al verdadero Dios templos y altares!»
«Ved, en fin, á los mártires; su aliento
soy Yo, viva Esperanza
en medio de la muerte y del tormento:
Yo, la que les presento
la corona beatífica que alcanza
el mártir en la bienaventuranza!»
«Y ved tambien á los que Yo abandono
porque locos me niegan,
si su rebelde obstinacion no abono:
víctimas de su encono,
con presuncion desesperada ciegan,
y vida y alma á Satanás entregan.»
«Cain! Judas!... mas ¡oh! córrase el velo
de los desesperados!
Yo, que soy la Esperanza y el consuelo,
la enviada del cielo,
no vengo á recordar los ya juzgados
tristes seres que expian sus pecados.»
«Venid á mí, mortales, yo soy rio
de plácidas corrientes,
y es vuestra vida un dia del estío:
bebed el cristal mio;
templad en mí la sed, y vuestras frentes
refrescad con mis linfas trasparentes!»

«Venid, y abridme el alma solitaria,
enferma y dolorida,
como la misteriosa pasionaria!
¡Escuchad mi plegaria,
y estaré con vosotros reunida
hasta en los limbos de la eterna vida!—»
Así dice; y tal es la virtud bella
que yo en mis versos canto:
quizás la melancólica querella
que levanté hasta ella,
no será digna de su auspicio santo:
que poco soy para aspirar á tanto.
Mas, si á tamaña altura, temblorosa
mi voz débil no alcanza,
la de la humanidad es poderosa;
y fuerte y clamorosa
á los cielos con ímpetu se lanza;
y bajará en su auxilio la Esperanza!

A LA ESPERANZA.

ODA NO PREMIADA.

.... Ella sola es el escudo
en que su filo agudo
la adversidad embota; ella convierte
en deleite el dolor, la ruina en gloria.
QUINTANA.

¿Quién eres tú? Con misterioso velo
cubres el universo que te adora,
eres hermosa como el puro cielo,
fugaz como la aurora,
más vaga que los vientos voladores,
más dulce que el recuerdo del amante,
invisible, impalpable como el alma,
y yá en la tempestad, yá en muelle calma,
antorcha que el mortal busca anhelante.

¿Quién eres tú, que al resonar tu nombre,
el dolor y la muerte despreciando,
late sereno el corazon del hombre?
Obra tu influjo blando
como el rayo del sol obra en la tierra:
sobre la cuna envias tu mirada,
vive por tí la juventud ardiente,

y acompañando á la vejez doliente
no la abandonas ni en la tumba helada.

¡Ser eterno, y fantástico y divino,
inagotable manantial de vida
donde bebe el cansado peregrino,
Esperanza querida!
Oye mi voz, la voz de tu poeta,
que hasta tu sólio refulgente sube:
¡ay! yo quisiera contemplar en tanto
tu faz, tu gloria, tu celeste manto
y la que huellas ondeante nube!

Si yo te viera, si mi altiva frente
brillase con tu luz, para mi lira
no envidiara el murmullo de la fuente
que tímida suspira:
ni del sañudo mar el ronco grito,
ni del viento la música sonora
encorvando los cedros á millares
en los inmensos bosques seculares
al despuntar espléndida la aurora.

¡Esperanza! sé tú mi compañera,
acaricia cual madre el sueño mio
mientras la noche cubra la alta esfera
de su color sombrio:
sea tu lumbre la lumbre de mis ojos
cuando radiante me despierte el dia,
y tu grata influencia derramando,
llega feliz, mi corazon bañando,
como plácida lluvia de ambrosia.

¿Quién no te ama?... Del naciente mundo
iluminaste la dorada cuna,
muestras amigo el piélago profundo
y amiga la fortuna:
fuiste del hombre la primera idea,
serás tambien su báculo postrero
al sentir sobre sí la mano fuerte
de la cercana, inexorable muerte,
y admirar tu fulgor, claro lucero!

Por tí los valerosos dominaron
el orbe todo y le impusieron leyes,
y del pueblo los hijos escalaron
el trono de los reyes:
por tí los sabios en su Dios creyeron,
y los poetas su cantar sonoro
le tributaron de entusiasmo henchidos,
y oyeron cielo y tierra enmudecidos,
Ser Creador y Eterno, yo te adoro.

Por tu encanto suspira la doncella
en sueño tierno y lánguido y suave,
por él ausente y triste se querella
en la espesura el ave:
sale el marino de su hogar seguro,
atrás dejando la nativa playa,
y guiado de estrella vacilante,
lánzase audaz á la region distante
do el sol en otras ondas se desmaya.

Tú eres la roca dura convertida
solo al tocarla en abundosa fuente,

tú eres la nube que á Israel convida
con tierra del oriente:
la salvadora nave del Diluvio,
el Iris bello, prenda de bonanza,
disipando el furor de la tormenta,
y de ese Dios que las edades cuenta,
mensagera suavísima, Esperanza!

¡Desgraciado mortal mil y mil veces
el que te hubiera, mísero, perdido!
La copa del pesar hasta las heces
bebiera dolorido:
ni un instante gozara de ventura,
viera su cielo en lobreguez cubierto,
la muerte en vano ansioso imploraria,
y siempre indiferente viviria
cual solitario arbusto del desierto.

A un espacio infinito arrebatarme
suele tal vez mi mente en su amargura,
y una noche sin término mostrarme
vestida en niebla impura:
desalentado desfallezco entonces
del horror á la grave pesadumbre,
y en angustioso afan lanzo un suspiro;
que en esa noche interminable miro
la imágen fiel del que cegó á tu lumbre!

Ella piadosa á Séneca alentaba
al derramar su sangre enrojecida,
cuando el último *adios* tranquilo daba
al mundo y á la vida:

sostuvo de Colon el pensamiento,
del gran Colon, que en éstasis ardiente
vió de otros climas los remotos lares,
y traspasando impávido los mares
rompió la inmensa valla de occidente.

¡Héroes y genios! El laurel sagrado,
de vuestras sienes inmortal decoro,
¿con qué riego creció? ¿Por qué agitado
vibró el laud de oro?
¿Por qué triunfante relumbró la espada
en el revuelto campo de pelea
y se alzaron y fueron las naciones?
¿Por qué natura reveló sus dones
y el hombre como Dios inventa y crea?

Por ella. De la santa Cruz divina
brotó en largo raudal: ¡feliz quien pudo
beber en su corriente cristalina,
tomarla por escudo!
Ved cual mueren los mártires: la arena
con su caliente sangre está empapada,
rendir intentan su constancia en vano;
que aun bajo el hacha del feroz tirano
al cielo envian su postrer mirada.

Ved un mezquino lecho de agonia:
no le vela el amor, su encanto es ido;
no la amistad, que á la desgracia impia
mudable há sucumbido:
solo allí poderoso, omnipotente,
reina el dolor, y yá como señora

la desesperacion llega bramando;
¿qué aguarda el justo exánime espirando?
¿quién le sostiene en tan tremenda hora?

¡Oh Esperanza, que todo lo fecundas!
Tú los salvas y endulzas su tormento,
¡astro inmortal, que de fulgor inundas
la tierra, el firmamento!
Te invoca el alma en el helado polo,
te invoca en los desiertos arenales,
en la mansion dorada y altanera,
en la cabaña humilde, y la ribera
que cubre el mar de perlas y corales.

Vibra tambien tu música en mi oido,
tambien me alhagas con arrullo blando,
y agrandarse mi espíritu hé sentido
tu aliento respirando.
¿Quieres verme feliz?.... Dáme una lira
capaz de dilatar mi pensamiento;
que como el áura fugitiva suene,
y cual la voz de la tormenta truene
cuando desata su furor violento.

Tú me escuchas, deidad: tú nunca fuiste
sorda á mis ruegos, y me muestras hora
en lontananza cuanto bello existe
del ocaso á la aurora:
¡oh! yo espero mirar el verde oasis
do las palmas altísimas sombrean,
queridas del errante beduino,
y el corvo sáuce y el agreste pino
que en las montañas de Salén ondean.

Y contemplar despues el ponto yerto,
y la terrible luz de los volcanes,
y oir cruzar silvando en campo abierto
los ráudos huracanes:
y ver los climas que florida cubre
con su pompa y verdor la primavera,
la dulce Italia... ¡Italia! ¡qué armonia
encierras! ¡qué tesoros de poesia!
¡quién de tu sueño despertar te hiciera!

Y entonces ¡ay! poder alzar el canto
de inspiracion sublime enardecido:
pintar la creacion, el gozo, el llanto,
lo que és y lo que há sido.
Tal vez mi pátria con amor me escuche,
la inteligencia y corazon del hombre
tal vez respondan al acento mio,
y el fértil en laurel, bético rio,
entre sus vates líricos me nombre.

Sevilla—Octubre—1857.



EL TROVADOR.



BALADA.

I.

Retumba el trueno ronco,
el rayo centellea,
si sobre el monte cae
la altiva cumbre humea:
silvando arranca el viento
las peñas de su asiento;
terrible es su furor.
¡Trovador!
Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

Escucha: el fuerte roble
se troncha con ruido,
huyendo ván las fieras,
resuena su rugido:
derrúmbase el torrente
sañudo, ráudo, hirviente,
dá espanto, dá terror.
¡Trovador!

Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

Su faz la blanca luna
cubrió con denso velo,
y oculta vá cruzando
el triste, oscuro cielo:
espléndidas y bellas
no brillan las estrellas
con mágico fulgor.
¡Trovador!
Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

Parece que una mano,
que un brazo poderoso
tornó de nuevo el mundo
al caos tenebroso;
el pecho se contrista,
do quier halla la vista
profundo, mudo horror.
¡Trovador!
Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

La puerta está cerrada
del gótico castillo,
sus torres el relámpago
alumbra con su brillo:
ó gime triste ahora,
ó reza tu señora
temblando de pavor.

¡Trovador!
Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

Mil sombras misteriosas
por medio el vago viento,
se agitan y se quejan
con fúnebre lamento:
yá débil suena un canto,
yá se oyen con espanto
rugidos de furor.
¡Trovador!
Deja, deja esta noche
tus cantos y tu amor.

—

De acero el pecho tuyo,
de acero duro y fuerte,
será, pues no te asombra
el riesgo de la muerte;
mas ¿quién tiembla, si inflama
de amor la viva llama
el alma con su ardor?
¡Trovador!
Vuela, vuela, y que espresen
tus cánticos tu amor.

II.

El Trovador no teme:
su indómito alazan
hendiendo vá las nieblas
hendiendo el aire vá,

cual centellante rayo,
cual ráudo vendabal.
En medio de la densa
terrible oscuridad,
parece acaso el genio
que al lúgubre sonar
de sus batientes alas
predice tempestad;
y vuela y fiero agita
las ondas de la mar.
Los árboles, los montes,
los valles deja atrás,
un ímpetu le lleva,
un ímpetu fatal,
no cesa el son violento
del rudo galopar,
de un invisible espíritu
arrebatado vá.
Peñasco desprendido
al soplo de huracan,
desde la enhiesta cumbre
al valle bajará,
con resonante estruendo
con ronco retumbar.
Y avanza... ¿cuándo, cuándo
su curso há de cesar?
¿Quién su carrera intrépida
osado enfrenará?....
Dejadle, sí; que ninguno
contener pudo jamás,
el vuelo del aquilon,
las olas del ancho mar.

III.

De esplendorosa lumbre vistióse el claro oriente,
el puro sol naciénte la tierra iluminó,
un cántico entonaron las aguas y las aves,
con músicas suaves la selva resonó.

———

Gallardo vése un jóven, gallardo y placentero,
su potro es más ligero que el áura del abril,
amor, amor anima su pálido semblante;
acércase radiante con ademan gentil.

———

Las plumas azuladas de su cimera ondean,
sus armas centellean heridas por la luz,
y en la flotante veste con oro recamada,
osténtase bordada de Alcántara la cruz.

———

¿Quién es ese guerrero? ¿Por qué brilla su frente
cual astro en el oriente con vívido fulgor?
¿Por qué en sus ojos arde la inestinguible llama
del fuego que lo inflama? ¿Quién es?... El Trovador.

———

Es él; que del castillo do habita su señora
salió cuando la aurora con puro rosicler,
serena iluminaba la faz del ancho cielo
tornando al mústio suelo las risas y el placer.

———

Es él; que recordando los plácidos favores,
los célicos amores de su beldad gentil,
adorador y amado sonrie venturoso;
su corazon gozoso se anega en dichas mil.

———

¡Con qué placer inmenso entre los dulces lazos
que en sus hermosos brazos su amante le tegió,
el fulgoroso rayo y el estallar del trueno
de vil temor ageno impávido escuchó!

Y el ruido de la lluvia las hojas azotando,
y el ábrego silvando con ímpetu fatal,
tan solamente fueron arrullo á sus caricias,
tan solo á sus delicias concierto celestial.

Dijérale la bella que al espirar el dia
su suerte seguiria do quiera fuese él:
dijérale tuviese junto al jardin cercado
dispuesto y enjaezado su más veloz corcel.

Que en tierras favoritas del áura y de las flores
sobre ellos los amores su manto seductor,
ufanos tenderian; por eso el jóven mira
al sol claro y suspira y esclama con dolor.

«¡Cuánto dura,
«oh luz, de tu llama pura,
«por mi mal,
«en medio el cielo azulado,
«de vivo esplendor cercado
«el refulgente fanal!

«Por la esfera
«apresura tu carrera,
«¡huye, oh sol!
«Huye y que toque tu frente

«los términos de occidente
«do se apagué tu arrebol.

—

«¡Ay! mi acento,
«parece tu curso lento
«retardar!
«Vuela, vuela, de tu cumbre
«desciende y lleva tu lumbre
«á las ondas de la mar.

—

«Denso velo,
«noche, empieza por el cielo
«á estender:
«las sombras són mi alegria,
«las espera el alma mia
«como nuncios de placer.

—

«Tu belleza
«calme, oh luna, mi tristeza,
«mi dolor:
«asoma, por Dios, asoma,
«tras de la empinada loma
«luz de pàlido color.

—

«Luna, calma,
«el fuego en que arde mi alma:
«estinguir
«puedes el que me devora
«fiero ardor, así la aurora
«nunca eclipse tu lucir.»

—

IV.

¡Cuán impaciente el corazon aguarda
de la ventura el perezoso instante,
y palpitando trémulo, del tiempo
quisiera apresurar el paso grave!
Yá la noche tendió su negro manto,
densa tiniebla oscureció los aires,
el céfiro plegó sus leves alas
y se aduerme en las copas de los sáuces,
no suenan en el bosque blandamente
los murmullos del agua y de las aves;
que todo en torno del castillo ahora
en honda paz y en el silencio yace.
Mas velas tú, divina castellana,
alma inocente, corazon suave,
que en tu bella y lozana primavera
amar tan solo con delirio sabes:
tuyo es el blanco velo que hora flota
del recio muro sobre el alto adarve,
tuyos los ojos són que en vano anhelan
las sombras penetrar por ver tu amante,
y es tuyo, hermosa, el perfumado aliento
que hora retienes por si acaso el aire
en sus alas veloces algun canto
del Trovador á tus oidos trae.
¡Ah! véle allí; pasó la negra nube,
lanzó la luna un rayo vacilante,
y la bruñida, espléndida armadura
brilló como relámpago. Al escape
corriendo llega su corcel. ¿Qué aguardas?
Desciende al punto: de tu lábio manen

tiernas palabras, que en su pecho ardiente
con el fuego de amor hondas se graben.
¡Oh! yá bájas.... ¡cuán bella! por tus hombros
la negra cabellera en ondas cae,
tiñe el placer tu cándida mejilla,
tus ojos lanzan resplandor suave,
y el seno de paloma blanco y puro
palpita inquieto y conmovido late.
¿Vísteis acaso en delicioso sueño
leve vision angélica y radiante,
rápida, envuelta en vaporosa nube,
llegar, pasar, perderse por los aires?
Así cruzando vá; tal aparece
y se oculta veloz, del homenage
la alta torre dejando. Yá atraviesa
las anchas galerias, yá anhelante
al pátio llega, yá pisa las flores,
las hojas del vergel... ¡Áuras fugaces,
sus cabellos besad, traedle aromas:
vuestros himnos alzad, canoras aves.
Yá en deleitosos, regalados lazos
estrecha el cuello de su fiel amante,
yá del noble corcel la espalda oprime,
mira el castillo y suspirando parte.

V.

Volad; hay otras tierras,
mansiones de alegria,
do siempre ostenta el dia
sus tintas de arrebol.
Do siempre de esmeralda

la yerba el suelo alfombra,
y dán las palmas sombra,
y brilla más el sol.

—

Allí la mar en calma,
tranquila y placentera
se aduerme en su ribera,
y reina el grato abril.
Allí el sonoro viento
murmura solo amores,
y no mueren las flores,
ornato del pensil.

—

Todo es placer sabroso
y gloria y armonia,
encanto y poesia
en tan feliz region.
Volad, volad, y oh nunca
lanceis triste gemido,
el gozo al ver perdido,
perdida la ilusion.

Sevilla.



Á LA PRIMAVERA.

Solvitur acris hiems grata vice veris, et favoni,
. . . .
Ac neque jam stabulis gaudet pecus, aut arator igni;
Nec prata canis albicant pruinis:
HORAT.

Yá por tus fértiles campos
se estiende absorta mi vista,
y mi corazon alhaga
la vagarosa armonia
que alzan con blando murmurio
tus arroyos y tus brisas.
¡Primavera! yá te veo:
tú eres vírgen, tú eres rica;
jamás te miré tan pura,
ni de tal pompa vestida.
¡Qué transparencia en el aire
bañado de luz divina!
Púrpura y ámbar parecen
las nubes que tú iluminas,
montes de verdor los bosques,
la tierra Eden de delicias.
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira,
contigo en belleza y gala

compite la Andalucia;
el Bétis al claro Pó
ni al Tíber soberbio envidia.

Altos y oscuros laureles
se retratan en las linfas,
viste el naranjo azahar,
viste grama la colina,
canta el pardo ruiseñor
allá en la selva escondida,
y vuela á su amante nido
sin temor la tortolilla.
La yedra se enlaza al olmo,
la jóven de amor suspira,
y un afan inquieto y vago
su pecho inocente agita.
Que la gran Naturaleza
do quiera espléndida brilla,
y ardiente baja la noche
y ardiente despunta el dia.
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira, &c.

¿Quién no há soñado en el cielo
creyendo gozar sus dichas,
si há mirado el sol poniente
desde la oriental Sevilla?
Píntanse las rojas nubes
en las aguas cristalinas,
los árboles y las aves
entonan sus armonias,
despierta el nocturno viento,
leves sombras se avecinan,

la religiosa campana
suena lejos en la hermita,
y tras celages azules
se alza la luna dormida.
¡Hora llena de misterios,
de paz y melancolia!
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira, &c.

—

¿Quién te mostró, Primavera,
como vírgen fugitiva,
que pása esparciendo rosas
por las fértiles campiñas?
Yo sobre trono de flores
cual deidad te pintaria;
aquí tienes tu morada,
y si un punto te retiras,
no pierde su pompa el bosque
aguardando tu venida.
Sí; que apenas el follaje
lejos de tí se marchita,
otras hojas más lozanas
cubren las ramas erguidas,
dando á las aves albergue,
voz al áura, al campo vida.
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira, &c.

—

Las doncellas sevillanas
yá celebran tu venida,
ornan sus negros cabellos
jazmines y clavellinas,

como el manto de la noche
blancas estrellas matizan.
Hermosas són; su mirada
es rayo de lumbre viva,
como la entreabierta rosa
es su boca peregrina,
y cual cuello de paloma
flexible el talle de ninfa.
¿Porqué suspirais tan tristes,
mugeres de estraños climas?
Ausentes vuestros esposos,
vuestros amores olvidan?
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira, &c.

—

Lejos de su ardiente arena
el africano suspira,
recuerda su sol de fuego,
el leon, la palma altiva,
y la caravana errante
que solitaria camina.
El hijo del yerto polo
ama su aterido clima,
y su cielo oscuro en donde
la ronca tormenta gira.
Rápidos volad, mis versos,
cantando la pátria mia,
la del cielo más dorado,
la más esplendida y rica,
la que dió á la madre España
más tesoros de poesia.
Italia, jardin del mundo,

madre del canto y la lira, &c.

—

Tu rico manto de oro
tiende, Primavera amiga,
madre hermosa de las flores,
del amor y la armonia.
Eres juventud del mundo
y pura fuente de vida.
Tus anchos bosques frondosos,
tu áura blanda fugitiva,
tus arroyos y tus nubes
que mil colores matizan,
te saludan: oye el himno
que suena en valle y colinas.
«Amor á tí, Primavera,
«gloria á tí, deidad querida,
«por quien se engalana el prado,
«por quien resplandece el dia.»
Italia, jardin del mundo,
madre del canto y la lira,
contigo en belleza y gala
compite la Andalucia;
el Bétis al claro Pó,
ni al Tíber soberbio envidia.

Sevilla.

AL VERANO. (1)

Bajo el follage de robusta encina
por la segur y el tiempo respetado,
asilo fiel del ave peregrina
y verde pompa del feraz collado,
miro cuán lento el sol y grave inclina
el ancho disco y resplandor sagrado,
y solo yo con la natura en calma,
melancólica paz siento en mi alma.

Yá vienes tú, consuelo y compañera
en el sendero de mi triste vida,
tú, que engalanas la verdad severa
y formas dás á la ilusion querida,
y nueva luz á la celeste esfera,
y aromas á la selva florecida,
inspiracion, inspiracion ardiente,
con tu llama inmortal tóca mi frente.

Del astro rey al moribundo rayo
enagenado admire en torno mio,
el sáuce mústio en lánguido desmayo
besando el haz del transparente rio:

(1) Dedicada á mi amigo Justo Joaquin Sanchez.

el prado que gentil ornara mayo
y enciende ahora el caloroso estio,
donde la rubia mies trémula ondea
cuando el céfiro plácido la orea.

¡Oh! cómo á nuestros ojos apareces
de magestad vestida y hermosura,
y cuán grata y fecunda resplandeces
en el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
rinden el monte, el valle y la llanura,
y bajo el techo de la humilde choza
el labrador al contemplarlos goza.

Goza, sí; de sudor con larga vena
bañó los surcos fértiles que abria
su reja corva en rústica faena
desde la aurora hasta morir el dia:
la espiga yá creció: muestra serena
el antiguo olivar su lozania,
y el fresco y ancho y delicioso huerto
está de flores y verdor cubierto.

Mas no el olivo ni la mies dorada
órnan tan solo mi natal ribera;
que su lujo y su pompa más preciada
naturaleza pródiga le diera:
acaricia purpúrea la granada
el tronco de la altísima palmera,
y sus hojas el plátano sonante
ufano mueve con el áura errante.

El naranjo do quier su copa estiende
llena de olores y de pomas de oro,
que el meridiano sol vívido enciende
de su luz al espléndido tesoro:

parece que la rama se desprende
hacia el arroyo de cristal sonoro,
y que el arroyo murmurante pára
viendo en sus ondas su belleza rara.
Morados lirios hay, rojos claveles,
y entre la grama blancas azucenas,
simple tomillo, plácidos laureles,
y madreselvas de fragancia llenas:
de donde liba sus sabrosas mieles
la abeja en las auroras más serenas,
con eco ronco y en copioso bando
de floresta en floresta revolando.
Y para más belleza, no con ira
bramadores torrentes se desatan,
ni la tormenta por los aires gira,
ni el ganado las fieras arrebatan;
solo en la linfa que fugaz suspira
los árboles y flores se retratan,
y purísimo azul ostenta el cielo,
y trisca la cordera sin recelo.
No aquí se arrastran por hirviente arena
cual en las playas del desierto Nilo,
hórrida sierpe de ponzoña llena,
ni acerado y sangriento cocodrilo;
no aquí la madre escucha de la hiena
el tremendo rugir, y en pobre asilo
al niño débil con abrazo estrecho
quiere ocultar en el turbado pecho.
No se levanta entre la verde alfombra
de fresca yerba pródiga de olores,
árbol que engañe con nociva sombra
y frutos tan lozanos cual traidores:

no el astro rey velado nos asombra
en negras nubes y húmedos vapores,
ni espira solitario en su camino
abrasado y sediento el peregrino.
Todo es paz y ventura: coronada
de fruto y flor la bella Andalucia,
se alza risueña de esplendor bañada,
cual suele alzarse en el oriente el dia;
que yá sobre la vega dilatada
benigno el sol y generoso envia
inmensos dones en su rayo cano:
dones que ostenta plácido el verano.
Tiempo es ahora que el vellon de nieve
rinda al pastor la cándida cordera,
que el perezoso buey mugiendo lleve
la mies nutrida á la redonda era:
de donde esparza murmurando leve
la seca paja el áura más ligera,
cuando con duro y resonante callo
huella la espiga el volador caballo.
Tiempo es ahora en baño delicioso,
si dormido en sus grutas yace el viento,
y de las selvas el ramage umbroso
no se agita con ténue movimiento,
de gozar el arroyo rumoroso
que sobre guijas desmayado y lento,
entre amargas adelfas encamina
la tarda huella y onda cristalina.
Aquí Nísida bella se bañaba,
aquí su rubia cabellera de oro
sobre la espalda y pecho derramaba,
avara de esconder tanto tesoro:

aquí su voz suavísima entonaba
himnos que el eco repitió sonoro,
y que las aves modularon cuando
por el limpio raudal iba nadando.

Aquí en un tronco que en la márgen crece
de una vid trepadora revestido,
donde el ganado errante se guarece
y tiene el dulce colorin su nido,
un juramento fiel que amor le ofrece,
en la verde corteza halló esculpido:
la letra dice: «Nísida, primero
que olvidarme de tí, la muerte quiero.»

Y enrogeció su púdico semblante,
que yá por el amor estaba herida:
y vió á lo lejos á su tierno amante
con faz inquieta y la color perdida:
contempla del zagal la fé constante,
acúsase de ingrata, y conmovida,
la secreta pasion con que batalla
dicen los ojos, si el acento calla.

Mas hora miro que despliega el cielo
su magnífica pompa y hermosura:
la vista absorta con ansioso vuelo
sube y se pierde en la sublime altura:
nubes purpúreas ondeante velo
estienden al brillar la noche pura,
y sobre ellas la noche se adelanta,
y al orbe todo misteriosa encanta.

¡La noche! De mi pátria en el estio
su blanca luna es sol resplandeciente,
penetra por el bosque más sombrio,
tiembla en las aguas de la clara fuente.

¡Astro de amor! El pensamiento mio
á tí se alzó con entusiasmo ardiente,
y esclamé al eclipsarte: «espera, espera,
no escondas, no, tu celestial lumbrera.»
Que tiene para mí fulgor suave,
indecible y feliz melancolia,
cuando en el alto nido muda el ave
no gime ó canta en la arboleda umbria:
cuando el reposo y el silencio grave
llenan el suelo y la region vacia,
y exhala con rumor vago y profundo
sones inciertos adormido el mundo.
Hora llena de encantos, luna bella,
sombras queridas del que triste llora,
pronto su luz la matinal estrella
difundirá seguida de la aurora:
de su cuna oriental con noble huella
saldrá el planeta que los orbes dora,
y tierra y viento y mar en su alegria
himnos sin fin tributarán al dia.
En tanto luce desmayada y pura,
rica de aromas, languidez y amores,
dando á los cielos mística hermosura,
y gotas de ámbar á las mústias flores,
noche serena: tú con la dulzura
de tus sueños disipas los dolores,
tú derramas la paz con franca mano,
¿quién más galas que tú rinde al verano?

Sevilla—Marzo—1858.

EL OTOÑO. (1)

Yá con su roja lumbre
el sol no quema los tendidos campos,
ni del soberbio monte la alta cumbre:
yá la dorada espiga
el céfiro no mueve,
ni alhaga blando en los amenos valles
vírgenes lirios de color de nieve;
reina el Otoño. Gigantescas nubes
cual funerario velo,
cubren de parda sombra
la tierra toda y el brillante cielo:
el pié discurre por la vasta alfombra
de las marchitas hojas que arrancaron
del aquilon furioso los embates
cuando los firmes árboles doblaron.
El canto dolorido
que tórtola cuitada
ensaya triste en solitario nido,
la fuente que murmura
de la selva frondosa en la espesura,
suenan, y á su armonia
baña el alma feliz melancolia.

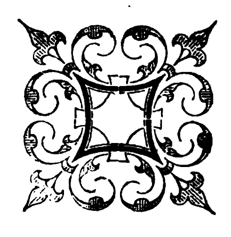
(1) Dedicada á mi amigo Francisco de P. Cacharron.

Llanto de amor el corazon derrama
que sus pesares templa;
como la lluvia sobre el mar cayendo,
sus ondas calma y sonoroso estruendo.
Tristes aun más que los antiguos sáuces
que en torno cercan las marmóreas tumbas,
son los oscuros dias en que Otoño
su faz magestuosa
velada ostenta en niebla pavorosa.
...... Mas si fúlgido el sol lanza un torrente
de clara luz por la region vacía,
si luce del ocaso hasta el oriente
puro, sereno, esplendoroso el dia,
si cual flotante pabellon las nubes
mecidas por el viento
ondulan en el limpio firmamento,
¡oh! con cuánto placer miran los ojos
la divina belleza
que ostenta la feraz naturaleza!
Pámpanos y claveles de colores
guirnaldas són para el fecundo otero,
sobre la fresca yerba los arroyos
deslizan sus raudales bullidores,
óyese placentero
el ruiseñor trinando,
al par que se desprende la cascada
de peña en peña rápida saltando.
Avara esconde las humildes chozas
trepadora, silvestre madreselva,
brilla cual esmeralda
del corvo cerro la florida espalda,
dispersos los ganados y gozosos

sin redes ni pastores,
rumian la grama en prados abundosos:
y el erguido naranjo
que el áura leve orea,
su verde y ancha copa gallardea.
¡Gala fugaz, del hombre y de sus glorias
imágen fiel, retrato verdadero!
Llega la dicha y huye y desparece
cual vívido relámpago lijero.

Y tú, fértil llanura,
que ahora sin temores
apareces vestida de hermosura,
pronto, muy pronto del invierno airado
sufrirás el granizo y los rigores;
pronto te cubrirá la escarcha fria,
y en vez de oir de las pintadas aves
el dulce acento y plácida armonia,
oirás en vil desmayo
el ronco trueno y llameante rayo.

Sevilla—Agosto—1853.



AL INVIERNO.

Vén con tus nieves y copiosas lluvias,
Con tus pardos celages y tus vientos,
Invierno cano, y de la escarcha fria
Mire cubierta yo tu espesa barba.
Sí, vén; te espero con afan: que ruja
Por los aires el trueno resonando,
Desplómese abatido el alto muro,
Y el fulgor del relámpago ilumine
Inmensas nubes de color sombrio.
¡Oh, cuán fuerte eres tú! Del yerto polo
Te elevas cual coloso amenazante;
Tiendes las alas, se estremece el mundo,
Y la natura amedrentada gime.
Ábrete paso el huracan violento,
Cércate en torno la tiniebla oscura,
Bajo tu planta el rayo centellea;
Són tu acento las roncas tempestádes
Y te acompaña la inflexible muerte.
No cubres tú de grama el fértil prado,
No te coronan delicadas flores,
No los claros arroyos que murmuran
Te aduermen con su música suave,
Ni el áura leve en revolante giro
Tus sienes blanda y vagarosa orea.

Mas sí la tierra moribunda cubres
Con velo funeral de blanca nieve,
Y tu ruda guirnalda són los cedros
Y los robles durísimos del monte
Que hirió implacable el espantoso rayo.
Te deleitan los férvidos torrentes
Que de las cumbres rebramando lanzan
Sus turbias ondas, y aquilon sonoro
Revuelve con furor tu cabellera.
    Trémulo otoño, presuroso huye
Ante tu ceño y magestad terrible,
Los yá marchitos pámpanos agitas
Con soplo impetuoso en la llanura,
Y los troncos, desnudos de sus hojas:
Ellos gimen en voz triste y doliente
Tu asoladora saña: muda queda
La fuente de cristal: las tiernas aves
Se apiñan temblorosas en su nido;
Mientras audaz el águila su vuelo
Levanta por los aires, y la vista
Clava en el sol encapotado y turbio
Que entre nubes se esconde y palidece,
Mira á sus plantas la profunda tierra
Vagar perdida en el espacio inmenso,
Oye el trueno bramar, contempla en torno
Del rayo ardiente la fogosa lumbre,
Y el desdeñoso párpado cerrando,
Tranquila al son de la tormenta duerme.
    Cálmase al fin: el alto firmamento
Sereno queda yá, y el sol espira:
Pronto, muy pronto en la templada zona
Su fulgor verterá radiante y puro;

¿Mas de sombra cercado el yerto polo,
Aguardará que vuelva en tardo giro?
No; que del seno de la torva nube
Relámpago fugaz súbito brota,
Y pása, y gira, y rápidos le siguen
Relámpagos sin fin.... huyendo inflaman
El aire por do hienden: vése el cielo
Encendido brillar cual ancha hoguera,
Cual inmenso volcan, que en luz inunda
La vasta creacion.... Tú de sus noches
Eres la antorcha, boreal aurora,
Tú tan luciente como el claro dia:
¡Oh! con qué frenesí te mira alzarte
El velloso lapon y te saluda
Ante tu pompa y tu belleza absorto!
En tanto rica en magestad difundes
Tus vívidos destellos: iluminas
Por entre abetos y gigantes pinos,
La solitaria tumba misteriosa
Del cantor de las rocas y torrentes,
Del sublime Osian. Su lira yace
Despedazada allí; mas resonando
La bronca tempestad, su sueño arrulla:
Y el águila altanera, menos libre
Que su espíritu audaz, el corvo pico
Afila al par de la sangrienta garra
Contra las peñas que sus restos cubren.
¡Árido Invierno! Si agitado el noto
Silva y el monte en sus raices tiembla,
Si las nublosas pléyadas se inclinan
Y abundante desplómase la lluvia
Cual derramado occéano, y los truenos

Roncamente retumban estallando,
Dios, Dios, Inmensidad, suena en mi oido.
A esta gran voz mi espíritu se eleva
Más fuerte que los ráudos aquilones,
Se eleva en alas de su fé y te admira,
Soberano Hacedor. Fuego es tu trono,
Tu palabra desciende cual rocio
A cuantos orbes tu poder sustenta.
No indignado les niegues tu mirada;
Que entonces de ellos triunfará la muerte.
Invierno asolador, tus huracanes
Templen las cuerdas de mi arpa, y vibren
Con estruendosa y férvida armonia
Cual piélago que agita la tormenta.
Flores.... ¿por qué cantar siempre las flores?
¿No hay quien resista yá los grandes tonos
De la voz del profeta? ¿Ningun pecho
Palpita yá con sus ardientes himnos?
¿O es que sin brio y lánguida la lira
Solo quejidos flébiles modula
Cual aire blando que entre lirios vaga?....
No: retumbad magníficos, sonoros,
Conciertos de las ondas espumantes,
Estampidos del rayo que destroza
Las duras peñas y en el mar las hunde,
Cual se hundirá la creacion deshecha
En los abismos de la *nada* un dia.
La tierra es un gigante moribundo
Que en su agonia se revuelve y gime,
La voz espera que le diga: *muere!....*
Y en su postrera edad, no la suave
Cítara debe murmurar amores

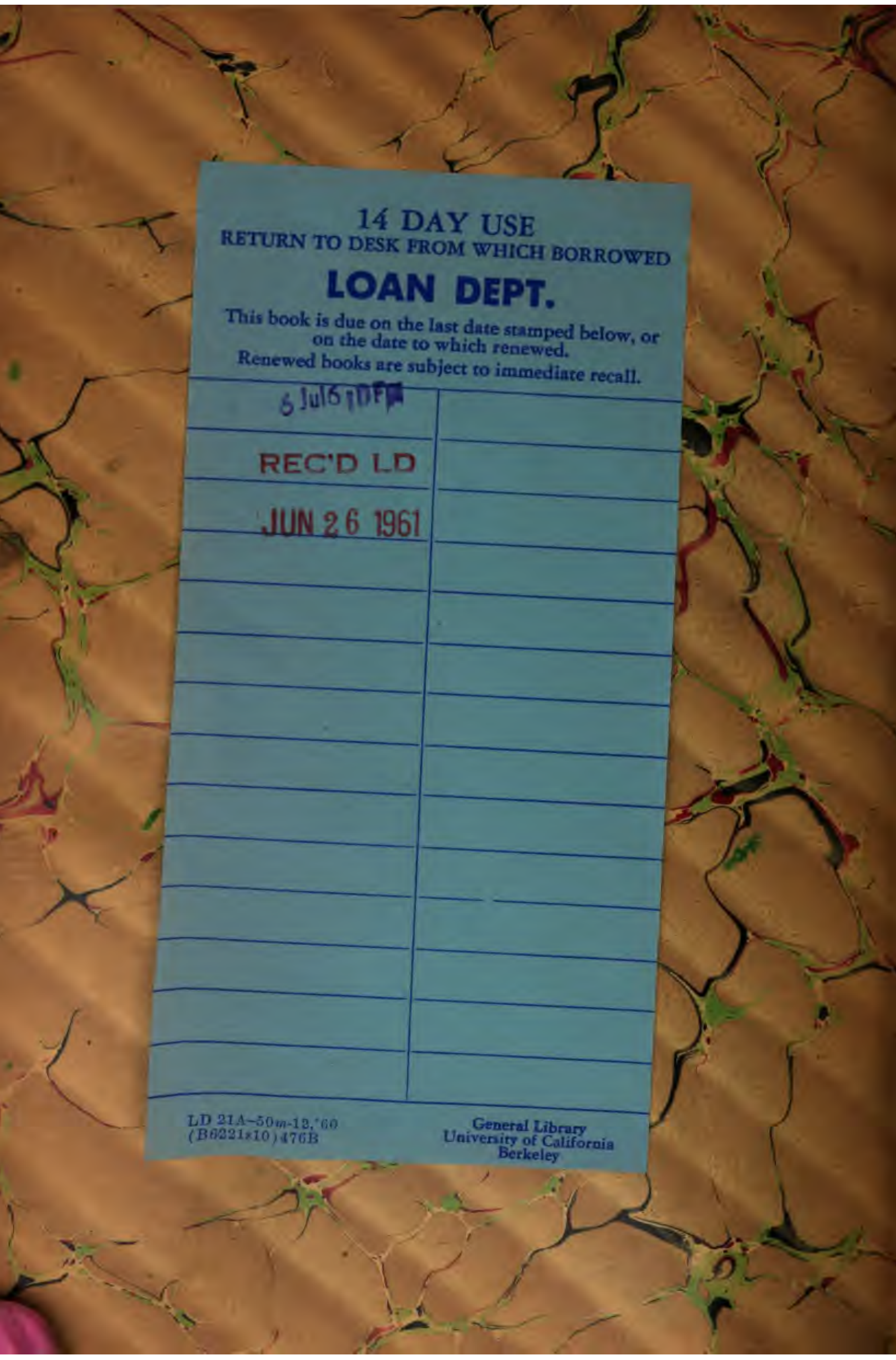
Al rumor de las áuras adormida;
Es un acento atronador, valiente,
El que há de resonar de polo á polo
Y estinguirse y morir cuando ella muera.
Siempre á mis ojos triste se levanta
Junto al invierno la sañuda muerte;
Veo la natura despojada y fria
Sin pomposo verdor, sin luz ni aroma,
Melancólica y mústia como vírgen
Que llora al pié de silenciosa tumba.
¡Oh campos! ¡Oh dolor! Miro á lo lejos
Árido y yermo el delicioso valle
Do tantas veces se elevó mi mente
Sobre tus alas, entusiasmo puro:
Los plateados álamos, los olmos
Que sombra le prestaban, macilentos,
Ateridos están: vedlos cualalnza
Al firmamento los desnudos brazos,
Como implorando juventud y vida;
Mientras sus hojas en revueltos giros
Errantes vágan..... Ilusiones bellas,
¿Tal vez del desengaño el rudo viento
Podrá arrancaros de mi ardiente alma?
De mi existencia en el invierno triste
¿Sereis vosotras las marchitas hojas?

Sevilla—Agosto—1856.



ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES DEL PRESENTE TOMO.


14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

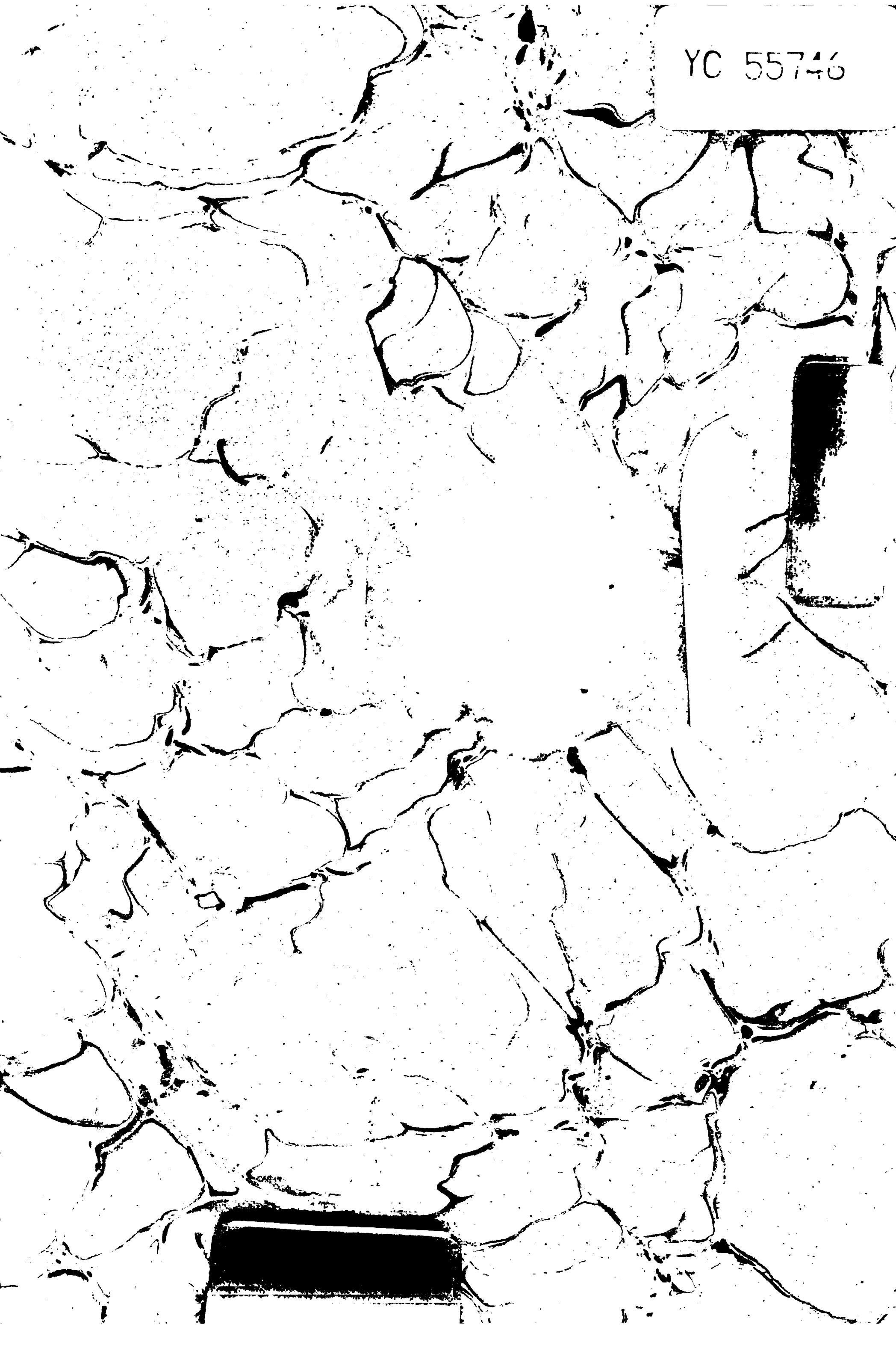
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

6 Jul'61DF	
REC'D LD	
JUN 26 1961	

LD 21A-50m-12,'60
(B6221s10)476B

General Library
University of California
Berkeley


YC 55746